

---

# SAN IGNACIO DE LOYOLA

Y EL

# ABSOLUTISMO ESPAÑOL<sup>(1)</sup>

---

## I.

La negativa de los franciscanos á retener la persona de Ignacio en su convento y guardarlo para la oración y para la penitencia en Tierra Santa, cambió sus destinos y contribuyó á otra mayor obra. Engañábase á la sazón el penitente acerca de sus facultades y aptitudes si creía que con su natural concordaba la estancia en una especie de Iglesia inmensa, donde sólo había espacio á las contemplaciones místicas y á las penitencias individuales. No estaba, no, en su carácter psicológico y en su complexión material esta inmovilidad. Había nacido para todos los empeños de la eficaz acción material, y necesitaba emplear la vida en estos ejercicios. Militante desde su cuna, es decir, soldado, necesitaba la vida militar aun bajo las apariencias monásticas. En Jerusalem la consiguiera también, pero fugazmente, porque, á los primeros pasos de su carrera vertiginosa, combatiera con los poseedores del Santo Sepulcro y encontrara la palma del martirio. Creedlo; él hubiera intentado en aquel peligroso sitio cualquier hazaña sugerida por su hirviente sangre y sus agitados nervios, que le llevara prontamente á la muerte. Comprendiéndolo así los encargados de velar por la seguridad general del catolicismo y de los católicos en Jerusalem, arrojáronlo de allí y torcieron á otras direcciones el curso tempestuoso de su vida.

---

(1) Debemos á la amabilidad del Sr. Castelar, que á su vez lo ha obtenido de sus deferentes editores barceloneses, el permiso de insertar en nuestras columnas este brillante capítulo, inédito, de su importante obra *La Revolución religiosa*.

Entrado de nuevo en Barcelona, comprendió que, á su edad y en sus achaques, solamente podía soñar con guerras y combates de todo en todo espirituales, donde sólo esgrimiera como armas las ideas. El Renacimiento estaba saturado de ciencia, y él no tenía ninguna clase de saber. La Reforma suscitaba todos los problemas teológicos, y él no sabía jota de la Suma; por no tener conocimientos de ningún género, ignoraba, en su triste desnudez intelectual, hasta la lengua del mundo eclesiástico, á que deseaba pertenecer, hasta la lengua latina. Y tenía ya entonces, por 1524, cuando le asaltaron estos pensamientos y fijó su vocación, tenía treinta y tres años. Empresa difícil aprender á tal edad los primeros y más sencillos rudimentos de la ilustración y de la cultura, los diptongos, las declinaciones, la lengua del misal y del breviario, para combatir con aquellos titanes de la Reforma, criados en las grandes Universidades de Alemania, Francia é Italia, instruídos en las ciencias divinas y humanas, sabedores del griego y del hebreo, maestros en el arte de hablar y escribir latín, comentaristas del Evangelio y de la Biblia, teólogos de primera magnitud, pensadores extraordinarios, los cuales habían removido desde los abismos del cielo hasta los abismos del pensamiento, y llevado sobre sus vastas frentes las ciencias divinas y humanas de sus sabios tiempos como lenguas de divino fuego. Luchar el hidalgo de gotera, soldado de vocación, capitán de imperiales tercios, apenas leído en alguna que otra vida, más ó menos falsa, de santos litúrgicos y de caballeros andantes; luchar con Lutero, criado en sabio monasterio y catedrático de recién fundada Universidad; con Melancthou, la teología hecha hombre; con Erasmo, el representante de las humanas letras; con Calvino, el comentador de las letras divinas, ¡cuán desvariado propósito! Y sin embargo, se puso á la mitad de su vida Ignacio en el aprendizaje de las primeras letras y procedió como si tuviera la edad y el carácter de un niño.

Tomó por maestro de gramática á uno muy respetado en la ciudad, conocido por el congnómen de la Ardebal. Una dama principal, llamada D.<sup>a</sup> Isabel Rosel, acogió al asceta en su casa, procurándole así el vestido como el alimento necesarios para cursar y seguir sus largos y difícilísimos estudios. Apenas puede comprenderse tal intento, cuya dificultad muestra cómo la virtud culminante de Ignacio era la fuerza y firmeza de ánimo. ¡Cuántos años necesita el hombre para obtener y allegar los rudimentos primeros de las letras! ¡Cómo, allá, en la infancia, aprende indeliberadamente, sin vo

luntad, sin conciencia, por el instinto y por la intuición, aquellas nociones difíciles de razonar, y que por los oídos entran y sin dificultad se articulan, á manera del cántico por las avecillas en sus nidos entonado, remedando los arpegios y gorjeos de sus madres! Pero aprended toda esa cantidad de ideas primeras, múltiples y difíciles como el lenguaje, pero alcanzadas como se alcanza en la niñez el lenguaje mismo, por instinto; aprended todo eso cuando la intuición se deprime, y la inteligencia se madura, y de cada hecho queremos saber el motivo, y de cada idea el fundamento, y de cada sistema la explicación ó la serie; y decidme si las primeras letras propinadas en los maduros años, no se parecen al pecho de la nodriza y á la leche de la niñez, repugnantes al estómago cuando ha digerido más fuertes y sustanciosos alimentos.

Para la voluntad de Ignacio no había obstáculos. Ni lo desabrido del trabajo, ni lo inexplicable de las primeras nociones, ni el enmarañamiento de múltiples reglas, ni la necesidad de aprender como de coro y de recitar como de corrido tantas cosas inútiles y baladíes, fueron parte á detener su voluntad y contrastar sus propósitos. Nada podía espantarle á quien se arriesgaba resueltamente á todo. Pero la Naturaleza, difícil de contrariar, hacía plenamente su oficio, y le llevaba con frecuencia lejos, muy lejos del diccionario y de la gramática. Él, que había estudiado en su razón, de toda ciencia y de toda cultura y de todo saber apartado, la naturaleza humana y sus inclinaciones fundamentales, llevándola en alas de su inspiración á meditar sobre los mayores misterios y á poner de bulto y relieve las más abstrusas ideas, ¿cómo podía caer entonces en el trabajo imposible de contar diptongos, conjugar verbos, adherir terminación á las declinaciones y pasar la vida en tantas futilidades de todo en todo contrarias á sus altísimos y soberanos pensamientos?

Hablando en verdad, no realizó esta empresa inverosímil sin grandes y repetidos esfuerzos, que bien pudiéramos llamar heroicos y milagrosos combates. Apenas replegaba las amplias alas de sus ideas para reducirlas á cosa tan estrecha como los problemas gramáticos, surgía de suyo cualquier meditación, que le transportaba transfigurado á las más altas cimas de lo ideal, muy lejos, por ende muy lejos, de sus prosaicos estudios. Tales asaltos traían por necesidad á sus trabajos varios géneros de males, igualmente dañosos, impidiéndole así el aprender cosas nuevas como el conservar las aprendidas con tantas dificultades. Poníase, por ejemplo, á deletrear la primera declinación; y cuando la tenía en labios y entre dientes,

apareciánsele ó bien los problemas relativos á la gracia ó bien los problemas relativos á la divinidad, divirtiéndole de aquellas cosas menores y deslumbrándole con su excesivo resplandor. Así no podía ejercitar ni la atención para aprender lo no sabido ni la memoria para guardar y conservar lo sabido. La misma grandeza de sus ideas ahuyentaba el pobre polvillo de ciencia, que deseaba recoger y guardar en sus tenues alas, para subir con mayor facilidad á más altas y más serenas cimas. Ignacio no estaba, no, á mal con aquellos pensamientos; lo estaba con su inoportunidad. Acostumbrado de antiguo á ver en todo, por razón de su maniqueísmo profundo, la constante lucha del bien y del mal, tenía los asaltos mismos de aquellos divinos pensamientos y de aquellas abstrusas impalpables ideas por sugerencias y obras del demonio. Una reflexión pone Rivadeneira en su mente, que sirve para mostrar sus cavilidades y la gran variedad y confusión de sus numerosísimos escrúpulos. Cuando iba el santo al rezo, y cogía su rosario ó escuchaba el divino sacrificio de la misa; en los ejercicios de la confesión y de la penitencia, tan saludables á su ánimo; en el Sacramento mismo de la Eucaristía que derrama la sangre de Cristo por las venas del hombre; así al pie de la sagrada mesa como ante la hostia del angélico pan; en ceremonias de suyo divinas y sobrenaturales, no sentía, no, aquellas visitas del Espíritu; no experimentaba, no, aquellas delicias del deliquio; no veía, no, la gloria materialmente; y cuando trataba de hacerse niño para convertirse mañana en verdadero hombre, y dejar á Dios por Dios mismo, importunábanle sus altos pensamientos y le distraían y apartaban de su saludable ocupación. No es mucho, pues, que hallándose con frecuencia en tal estado, exclamara como dice su biógrafo en las siguientes frases: «Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo; éstos son tus ardides y engaños, que traen apariencias de luz resplandeciente y son oscuridad y tinieblas. Pues espera, yo te dejaré burlado.»

Como siempre que le asaltaban grandes enfermedades del alma, ocurriánsele remedios bien extraños. En esta clase de angustias engendradas por el combate tristísimo empeñado entre las últimas y más altas ideas de la mente, y las primeras y más humildes letras del alfabeto, sugirióle su exaltada imaginación, metida en tantos aprietos, un bien extraño recurso, que prueba por igual así la fecundia de su inventiva como la originalidad de sus procedimientos. Llamó á su maestro para tratar de todo aquello á la iglesia de Santa María, tan conocida y frecuentada en Barcelona. Y como si fue-

ra un confesor suyo, echósele Ignacio á los pies y contóle con frases entrecortadas por congojas y sollozos todas sus angustias. En su sentir, el demonio iba urdiendo alrededor suyo sigilosa tela para cogerlo y captarlo como pudiera coger y captar una mosca. El demonio le ponía delante de los ojos toda suerte de sombras, á fin de que no leyese las conjugaciones y no se industriase de ningún modo en la lengua eclesiástica. El demonio le impedía ir á las lecciones y le llamaba con repetidos reclamos á pensamientos altísimos, sugestión de su redomada perfidia y de su terrible malicia. Á virtud de tal convicción prometíale no descansar en dos años hasta saber perfectamente su latín. Y conjurábale, á su vez, para que no le perdonase falta ni hiciese la vista gorda sobre alguno de sus defectos, teniéndole por niño pequeño necesitado, no solamente de lecciones, sino también de azotes, y le pedía que no diera de mano á las palmetas, á las disciplinas, á los cepos, á todos los castigos, antes los empleara en él con rigor á fin de corregirlo y escarmentarlo, como pudiera corregir y escarmentar al más pequeño y al más principiante de todos sus discípulos. Y en cuanto dijo estas cosas, pasáronsele todas las dudas y huyéronsele todos los escrúpulos.

Pero estaba visto que no había nacido Ignacio para las humanas letras. Aquel natural ardiente se revelaba contra la paciencia indispensable á los trabajos literarios. Como algunos sabios le aconsejaban que leyera las obras del erudito Erasmo, dióse á su lectura. Ningún temperamento más contradictorio con el temperamento de Loyola. Erasmo era la duda y Loyola era la fe; Erasmo la crítica y la creencia Loyola; Erasmo la finura y Loyola todo lo contrario, la brusquedad; Erasmo el tipo de la sabiduría humana y Loyola el tipo de la ignorancia militar é hidalga; Erasmo el ingenio agudo y Loyola el valor y la fuerza de voluntad; Erasmo la glacial indiferencia por las ideas y Loyola el fanatismo y la superstición; de consiguiente, no podían, no, entenderse aquellos dos hombres, de los cuales el uno había iniciado una revolución radical, en la que luego quiso tener parte, y el otro una reacción violenta y firme y tenaz, á la que consagró toda su existencia, su voluntad, su pensamiento, sus fuerzas, los sentidos de su cuerpo, las potencias de su alma, creyéndose una especie de capitán valeroso en las legiones de Cristo, congregadas para ir á pelear, en una cruzada sin término y sin tregua, con todas las potestades y con todas las fuerzas del infierno. Ignacio notó, como gran médico y cirujano que siempre había sido de sí mismo, el efecto en su ánimo de aquellas pérfidas y cautelosísi-

mas obras. La duda se deslizaba entre sus frases clásicas, como la serpiente se deslizó tentadora entre las flores edénicas. Aquel brebaje literario, gustoso al paladar por lo dulce, hacía los más terribles estragos en cuanto penetraba en los senos de la conciencia y se difundía por los poros del alma. Ignacio experimentaba leyéndole un frío mortal, como si tuviera su cuerpo la reacción de una fiebre cuartana, ó se hallara su pecho en la irrespirable atmósfera de un altísimo y elevado monte. Aquel amor de todos sus afectos, aquella exaltación de todas sus pasiones, el colorido de sus ideas, el fuego de las llamas en que se abrasaba todo su sér, lo que constituía verdaderamente su vida y su alma, extinguíanse á los soplos del escéptico ingenio que representaba el comienzo de la crítica moderna, y que por lo mismo debía ser asunto de horror y piedra de escándalo en la sociedad fundada para traer al mundo moderno la reacción pontificia y el retroceso universal. Nunca jamás acertó Ignacio á curarse de aquella horrorosa enemiga que contrajo en la primera lectura del sabio Erasmo. Ni siquiera llegó á concluir el libro. De criterio filosófico bien escaso para comprenderlo en toda su trascendencia, de capacidad literaria bien menguada para seguirlo en todos sus repliegues, de carácter sobrado fuerte para estimar aquel aticismo y aquella finura verdaderamente invencible, arrojó lejos de sí el sabio volumen sin acabar de leerlo, y cobró contra el autor tan grande aborrecimiento y le tuvo tan tenaz ojeriza, que no volvió á leer ninguna obra suya ni consintió jamás que ninguno de los suyos las leyese, sino con el propósito de combatirlas, tomando antes toda suerte de cautelas y haciendo después de haberlas leído, en desagravio á Dios, toda suerte de sacrificios y de holocaustos. No; las ciencias humanas y literarias no podían entrar en aquella vasta cabeza organizada para otros pensamientos. Él necesitaba nutrirse de la bazofia monástica, especie de rancho espiritual para ejercer su oficio de soldado, que no se da punto de reposo en esgrimir sus armas, y que por lo mismo no tiene á su arbitrio ni tiempo ni espacio para leer las grandes obras del humano entendimiento. Dejadle que despliegue sus fuerzas y oiga su vocación y cumpla su ministerio y llegue á su fin y destino, ciñéndose las armas espirituales de la fe más primitiva y más ciega, para combatir en los albores de la edad moderna con la emancipación del pensamiento y fundar la reacción pontificia.

Por los tiempos verdaderamente guerreros de la Edad Media, escribíanse libros devotos muy parecidos á los libros caballerescos,

en lo de aislar al hombre del mundo social y empeñarlo en aventuras imposibles. El primero, el más hermoso y profundo entre todos estos libros, el que mayormente merece de antiguo su renombre y fama es aquel inmortal conocido con la popular enseña de *Indación de Jesucristo*. Escrito en el incorrecto latín monacal, posee una virtualidad literaria tan grande, merced á lo sublime de sus ideas, que llega en muchas ocasiones á los efectos de la verdadera elocuencia. Naturalmente, la imaginación, que ha escrito ese libro acongojada por los espectáculos del mundo, se propone ir de un vuelo al espíritu, como si no existiese la tierra. Nada en sus páginas de nuestras relaciones con la Naturaleza; nada del carácter social que revisten por fuerza y por necesidad todas las obras del hombre; nada tampoco de la vida de este cuerpo nuestro, en cuyos filamentos y órganos se encarna y revela el espíritu; nada, finalmente, de consagrar la razón á las verdades humanas y menos la voluntad á los humanos empeños; cada hombre decidido á imitar á Cristo, debe hacer de la vida individual una pasión cruenta, como la pasión del Calvario, muriendo en las llamas del sacrificio, para resucitar y revivir en los senos de la gloria. Hé ahí, pues, la verdadera lectura para el espíritu y ánimo de Ignacio. La triste anarquía social de la Edad Media poblaba de solitarios los desiertos, poblando además el alma, solitaria también, de tales penitentes con supersticiones y ensueños. Endiablado el Universo á sus ojos, decaída y corrupta la materia, reinante la divinidad del mal en la persona del demonio, inhabitable para las almas tiernas y sencillas aquella férrea sociedad de castillos feudales y de combates continuos, producíanse naturalmente dos géneros de obras literarias correspondientes á dos facultades fundamentales del espíritu, las obras caballerescas y las obras místicas y ascéticas. El idealismo de las teorías, conteníase por ley material en estas segundas obras; y el idealismo de la acción, á su vez, conteníase todo entero en las primeras. Las almas tiernas y sensibles protestaban de la sociedad refugiándose á una en el éxtasis; las almas valerosas y fuertes protestaban también refugiándose á su vez en la caballería. Unos y otros libros, así los ascetas como los caballerescos, representaban las cimas ideales alzadas sobre los diluvios de lágrimas y sangre caídos sobre una sociedad desventuradísima, sociedad del siervo y del castillo, con una horca en la cima y una cadena en la base.

Mas no era ésta la sociedad á cuyo nacimiento asistía San Ignacio. En los días del gran penitente los Estados modernos se funda-

ban, la conciencia humana se redimía, el pensamiento científico encontraba sus naturales derechos, el arte volvía de nuevo á reconciliarse con la Naturaleza, doblábase por las invenciones de los sabios la Historia y por las invenciones de los descubridores la tierra con América y con el Renacimiento, el feudalismo espiraba herido á los pies de los nuevos Estados; entreveíanse ya las revelaciones de la astronomía moderna y las revelaciones del espíritu moderno; por tanto, los libros ascetas y los libros caballerescos habían perdido toda su antigua razón de ser y todo su natural fundamento, pasando á los museos arqueológicos de la historia. Y en tal tiempo, en ocasión tan extraordinaria, cuando un alma nueva descendía del cielo y una nueva sociedad se cuajaba en el mundo, Ignacio recogía y sumaba las dos grandes reacciones literarias del tiempo, la reacción ascética y la reacción caballeresca.

Así fué de castigado. Toda obra reaccionaria es una obra maldita. No prevalece, no, jamás en el agradecimiento de la humanidad aquel que intenta volver el mundo hacia atrás, cuando ha conseguido y allegado cualquiera de sus grandes progresos. Mirad la filosofía platónica en Atenas, cuán luminosa y cuán grande, porque prepara el Cristianismo, y la filosofía platónica en Alejandría, cuán fútil é hinchada, porque se opone al Cristianismo. Mirad el nombre de aquel protervo Emperador llamado Constantino, cuán bendecido, porque se une á la libertad del culto cristiano, y mirad el nombre de aquel Emperador Juliano, cuán maldecido, porque se une al esfuerzo inútil de la reacción pagana. Ignacio quiso, por servir la reacción caballeresca, fundar una orden semejante á la Orden de los Templarios, y le resultó esta Compañía, donde la espontaneidad nativa del espíritu y los resortes naturales del humano albedrío se deprimen y destruyen hasta convertir al hombre en una especie de figura mecánica, tan á merced y arbitrio de fuerzas superiores que lo anulan como personalidad y lo enajenan de sí mismo. Y en punto á la vida del místico y del asceta, Ignacio podrá él personalmente imitar á Cristo hasta el extremo de convertir la tierra en un Calvario y la vida en una Cruz, pero sus discípulos han resultado en la Historia los ascetas de corte y de salón. Aparte los varios misioneros que han mandado por todo el mundo en natural interés de su apostolado, cual hacen todos los ascetas; aparte tal propaganda, cuyo mérito no discutimos ahora y cuyas consecuencias examinaremos más tarde, ¡ah! el ascetismo jesuítico se halló durante dos centurias en todas las intrigas cortesanas. Y no podía resultar otra cosa natural y lógica-

mente. El mundo social se parece mucho al mundo físico en sus fuerzas de acción y de reacción. La lógica tiene un carácter tan objetivo y una eficacia tan necesaria como el carácter y la eficacia de las leyes reales. Toda reacción vuelve á una idea perdida ó á una sociedad acabada; y estas retrogradaciones resultan estériles cuando no resultan dañosas. Ignacio no tenía ideas que oponer á las ideas en progreso, y opuso fuerzas; Ignacio no tenía de dónde sacar fuerzas, y las sacó de una organización militar, autoritaria, tristísimo remedo de las fortalezas territoriales donde había estado y de los campamentos y de los tercios á que había pertenecido. ¡Cuán ciego desconocimiento del poder de las ideas! Acababan de hacer saltar en pedazos con su explosiva pólvora el castillo y el convento de la Edad Media, y quería Ignacio detenerlas con una organización artificiosa. Hombre de guerra, sólo supo apelar á la fuerza contra las ideas, la fuerza, débil siempre en comparación del espíritu. Cuando advirtió que necesitaba oponer ideas á ideas, ya era tarde, y yendo á Universidades en las que sólo reinaban la tradición y el escolasticismo, aumentó sus naturales supersticiones y ahincó en su reaccionaria y tristísima obra.

Dos años residió en Barcelona; y en estos dos años aprendió las letras latinas, indispensables para cursar después filosofía. Contaba, pues, treinta y cinco al comenzar aquella clase de materias y estudios correspondientes á las materias y estudios de nuestra segunda enseñanza. Fuése por tal sazón á la Universidad de Alcalá en los comienzos del curso que debía durar del 1526 al 1527, llevando el poco latín aprendido en aula, donde no podía tener la diligencia de verdadero discípulo, poseído como estaba por sus ejercicios espirituales, además de aquejado por un crónico dolor al estómago. Llegado á la ciudad de Alcalá, dió con el joven Martín de Olave, estudiantico á la vez, cual dice Rivadeneira, quien socorrió la miseria del santo con su limosna y la soledad del santo con su afecto. Pero pobre, como buen estudiante, no podía ocurrir á todas las necesidades del amigo ni procurarle otro alivio que el inútil de su consejo y su cariño. No tuvo más remedio Ignacio que ir al hospital, y desde aquel hospital pasar de puerta en puerta por todas las calles y plazas en requerimiento y busca del precario socorro indispensable á su miserísima existencia. Tan desnudo andaba, tan triste y hambriento, que le hacían burla, y aun le baldonaban los corrillos de la ciudad, convirtiendo en asunto de befa, mofa y escarnio sus exageradísimas virtudes. Hasta gárrulo sacerdote le insultó públicamente un día;

y no se sabe cómo lo pasara con sus penitencias, con sus arrebatos, con sus deliquios, de no haberle socorrido á tiempo el prioste del hospital de Antesana, y llevádosele consigo para darle habitación que, por lo menos, pudiese sustraerle de las inclemencias del aire, y para darle alimento que, por lo menos, pudiera sustentarlo en el mundo.

Con mayores comodidades ya, y muy á sus anchas, pudo el santo consagrarse de lleno al estudio de la filosofía, sin tener para qué pensar, ni en alimento, ni en vestido, ni en casa. Pero, como, á la continua, le poseía y embargaba el deseo vehementísimo de la acción, cuando no pedía limosna para sí, la pedía para los demás. En las Universidades, en aquellos cuerpos colectivos, donde la vida se amplía y se extiende tanto por virtud de las asociaciones fundamentales, comprendió Ignacio la necesidad en que se hallaba de asociar gente á su obra, si quería verla prevalecer y durar. Hasta entonces habíase absorbido en la soledad más completa. Solo salió de Azpeitia, despidiendo á los dos escuderos expedidos con él por su familia; solo veló sus armas en el monasterio de Monserrat y se dió los espaldarazos necesarios para su andante caballería; solo vivió en la cueva de Manresa; solo fué de las costas catalanas á las costas itálicas; solo discurrió por las calles de Ferrara y de Venecia; solo peregrinó á Tierra Santa; solo pasó por Jerusalem; solo tornó á España; y acaso de aquella soledad no hubiera jamás el gran penitente salido, á no verse forzado por las exigencias de su grande obra y por los empeños de su continuo trabajo á presentarse ante las Universidades y ver y tocar allí la fuerza incontrastable de una bien meditada organización.

Comenzó Ignacio su apostolado humildísimo con tres camaradas de cátedra. Él imitaba la vida de Cristo según su saber y entender, y los compañeros le imitaban á él. Murióseles á los pocos días un estudiante de nación francesa, y formaron entre los cinco ya el primero y más sencillo germen de la que luego sería omnipotente asociación, brazo de la Iglesia, terror de la herejía, milicia del Pontificado, agencia universal de todos los retrocesos modernos, base de cuantas operaciones han querido ahogar el espíritu y detener el pensamiento. Cada vez que vemos los humildes orígenes de instituciones tan excelsas, advertimos cómo las leyes de la Historia se parecen á las leyes de la Naturaleza. Estas como aquéllas no exceptúan á ningún átomo de obedecer á la gravedad cósmica, á la sideral atracción y á otras fuerzas igualmente reales y verdaderas y eficaces. El

comienzo de las ideas es uno mismo. Germinan sometiéndose á procedimientos análogos á los que tiene la germinación usual de las plantas. Brotan en una sola inteligencia, que siente vocaciones irresistibles al apostolado. Atraen alrededor suyo, bien pronto, nuevas inteligencias, unidas por la misma fe, que componen, al fin y al cabo, una secta. Crecen á su vez en fuerza y en carácter militante hasta formar un partido. Y concluyen por ser, ó bien un Estado, ó bien una Iglesia organizada, influyendo en la vida real y formando costumbres primero y luego tradiciones.

De igual suerte se instituyó la sociedad conocida con el célebre nombre de la Compañía de Jesús. Los cinco camaradas congregados en Alcalá no sólo pensaron lo mismo, sino que vistieron de igual suerte. Burdos sayales en guisa de antiguas togas, caíanles de los hombros á las plantas. La uniformidad de sus creencias y de sus sentimientos identificábanse con la uniformidad de sus trajes. Al verlos así uniformados, tanto en cosas elevadas como en cosas usuales, cual vestimenta é ideas, empezó á creer el mundo que aquellos hombres guardaban algo en sus respectivas conciencias y depositaban algo en el seno de nuestra sociedad. Oposición de juicio, natural resultado de la oposición de caracteres y temperamentos, surgió ante aquella extraña, incomprensible asociación. Burlábanse muchos de tal sociedad y la hacían materia de sus bromas. Como acostumbraban á ir vestidos uniformemente y de tan pobre modo, conocíanlos con el mote de los estudiantes del sayal. Ignacio, llevado del desprecio á la opinión y á las gentes, que constituía como la base fundamental de su doctrina, predicaba por calles y plazas con ardor tanto, que no le dejaba tiempo, ni aun criterio, para fijarse de algún modo en las burlas y hasta en las sospechas suscitadas por su original proceder.

Bien pronto iba el infeliz á ser víctima de aquel exagerado principio de autoridad, propio de las monarquías absolutas, y sólo comparable, por sus serviles efectos, al principio de ciega obediencia propio del jesuitismo y de los jesuitas. Una sociedad libremente organizada, que se vestía, bajo aquellas leyes, á su antojo; que tomaba, como principal ocupación, el predicar según sus particulares creencias; que rompía con las monotonas unidades de la Iglesia y del Estado; que mostraba espontaneidad, peligrosísima para tiempos de obediencia y silencio, debía suscitar naturales recelos en los encargados de sostener la monstruosa y absorbente autoridad de tales y tan extraños siglos. Llegó la fama de todo lo sucedido en Alcalá

bien pronto á noticia de los inquisidores de Toledo; y los inquisidores de Toledo se apercebieron y arreglaron para celar de cerca y con sigilo aquel peligrosísimo acto de la voluntad individual. Los esbirros comenzaron á moverse allá en la ciudad arzobispal, y los espías á moverse también aquí en la ciudad universitaria. El negocio tomó harta monta para llegar al extremo de reunir una parte del Santo Oficio en Alcalá. Indagaron la vida de Ignacio y la tuvieron por buena. Escucharon sus predicaciones, y las creyeron ajustadas al patrón y norma de la doctrina católica sin discrepancia ni variedad. Pero temerosos de ver á la libertad individual, siquiera estuviese muy conforme con los principios tradicionales, alzándose á mayores en esto de predicar por las calles y de reunir muchedumbres á su antojo, encargaron al ilustre Figueroa, vicario en Alcalá del Arzobispo, que anduviese sobre aviso con aquellos predicadores y les mirase de continuo á las manos. El vicario se dió todas las trazas propias de su autoridad para dominar aquellas gentes, y divertir su atención de las predicaciones y su voluntad del funesto empeño de fundar sociedades é institutos, difíciles de meter y encajar en la organización soberbia y formidable de tan fuertes y poderosos Estados, como los Estados de entonces. Para sostener la iniciativa individual, para pensar sin miedo á impedimentos ni á censuras, para estatuir asociaciones voluntarias, para tener derecho á un disentiimiento cualquiera con la doctrina del Estado, para ejercitar las facultades propias del pensador y del escritor, necesitase vivir en el seno de un pueblo soberano de sus destinos y capaz del ejercicio de todas sus facultades esenciales y de todas sus aptitudes históricas. Ignacio tropezó desde los comienzos de su sociedad y desde los albores de su doctrina con los obstáculos opuestos por todos los despotismos á todas las novedades. Nacido, á pesar de todo esto, con vocación verdaderamente invencible á la servidumbre intelectual, sostuvo la triste y absorbente autoridad de arriba lo mismo que la servil obediencia de abajo, como para demostrar que nada enseña la realidad más viva y más incontrastable al ciego fanatismo.

Llamado en presencia de su vicario Figueroa, tuvo que pasar por mil apuros y que recibir mil advertencias. Su doctrina, tocada en las piedras de la Inquisición, resultaba ortodoxa; sus discursos, oídos con orejas de esbirro y con aprensiones de verdadero espía, resultaban católicos; pero aquella vida común arreglada por la voluntad arbitraria de los congregados, aquel vestir uniforme parecido al de las organizaciones oficiales y al de los cuerpos colegiados y públi-

cos, dañaba la omnipotente autoridad de un Estado incapaz de consentir, en la soberbia de su omnipotencia imperial, tantas libertades. Para obligarles á conocer su autoridad prohibió que anduviesen vestidos con un mismo hábito y traje. Parecíale gran desacato llevar los pies descalzos, en guisa de santas efigies; y se los calzó poniéndoles zapatos que los igualaran y confundieran con el resto de los mortales. En el asunto de las vestiduras no hubo piedad. Obligáronle á teñir de negro su sayal blanco, mientras imponían al francés el deber de vestir las ropas usuales en su Nación, y encargaban á los demás que anduviesen por fuerza vestidos de leonado. Obedecieron, como no podían menos; pero no se salvaron de inquisiciones y pesquisas. Aun no habían pasado meses de las primeras investigaciones, cuando ya los llamaban á nuevas comparencias, preguntas, careos, sin respeto alguno á la santidad de su vida ni á la pureza de su doctrina. Contemplemos lo que sería una sociedad de tal índole que no dejaba pensar como ella pensaba, que no dejaba creer como ella creía, que no dejaba sentir como ella sentía, porque no habían demandado el superior permiso á sus indiscutibles poderes. ¡Qué fuera una secta enemiga del Estado y de la Iglesia! Donde no hay la facultad de engañarse, no hay la facultad de pensar. El error es una levadura del pensamiento humano, como el mal es una levadura del humano sér. La verdad no existe para nuestra inteligencia si ella misma no sabe aprenderla y apropiársela. Solamente los espíritus angélicos y divinos pueden alcanzar la verdad por una intuición milagrosa ó por una serie de inspiraciones sobrehumanas. El hombre, frágil y enferma criatura, no allega una idea sino por un camino erizado de punzantes abrojos. La duda, el error, la incertidumbre le sirven á veces tanto como los mayores aciertos. No hay, no, verdaderas ideas, sino las adquiridas por el ejercicio de nuestro criterio y en la plena y entera libertad de nuestro raciocinio. La verdad humana se adquiere y allega humanamente; propia de la humanidad y de su contingencia es la contradicción.

Por consiguiente, los obstáculos puestos á una idea tan falsa y errónea como la idea jesuítica, nos mueven á todos cuantos amamos la libertad de pensar á dolernos de las trabas artificiosas ideadas contra la misma profesión del error. ¡Qué diferencia entre nuestro juicio y el juicio de aquellos que consideran la Inquisición como luminosa y salvadora porque persigue á los que de su creencia disienten, matando esta variedad del pensamiento, el cual, con ser uno como la luz es una, tiene varios y diversos matices, en cumplimiento

de otra ley no menos suprema que la superior ley de la unidad absoluta, en virtud de la ley de variedad!

Las instituciones inquisitoriales pesaban, pues, con su fuerza mecánica y fatal sobre todos los seres, sin pararse á considerar si eran amigos ó enemigos, teniendo la implacable universalidad de la muerte. No se habían acabado, pues, las continuas molestias y asechanzas ideadas contra la naciente asociación, cuando vino en contra suya un espantoso escándalo. Vivían por aquel tiempo dos mujeres de pro en Alcalá, muy conocidas ambas allí por su riqueza y por su hermosura. Eran hija y madre. Viuda ésta y aquella moza. Llena la ciudad literaria de pretendientes á carreras y honores, nada tenía de singular que se vieran muy requeridas ambas á dos al casamiento. Pero ellas, devotas de la religión y aficionadas á las letras, menospreciaban todos estos requerimientos y obsequiosidades, para con mayor facilidad reducirse á sus oraciones y á sus estudios. Bien pronto entraron en relación amistosa con el predicador público que más llamaba la general atención en Alcalá, con San Ignacio, poniendo en manos tales sus sendas exaltadas conciencias. Á los pocos días de tratarlo, dejaron burlados á todos sus pretendientes y huyeron del comercio frecuentísimo que antes solían con toda la sociedad. Esta triste ausencia disgustó mucho en los círculos universitarios, necesitados de recreos espirituales, y disgustó más en el seno de los pretendientes que libraban á bodas con aquellas damas sus valiosas esperanzas. El asombro creció de punto cuando se llegó á saber que habían hecho voto de castidad y de pobreza en manos de aquel que no tenía ninguna jurisdicción y que usurpaba, laico y civil, sin facultades y sin autoridad, los atributos propios del poder episcopal. Dos estrellas, digámoslo así, de un cielo risueño se habían eclipsado tras la cogulla de un fraile oficioso y ambulante, sin ningún sacramento canónico y sin ninguna virtud de jurisdicción eclesiástica. La ira del mundo no tuvo límites desde entonces, y todos decían que no era posible consentir aquellas predicaciones conducentes á trastornar el seso de las más elevadas personas. Ignacio, firmísimo en su doctrina de menosprecio á la opinión, opuso á tantas murmuraciones oídos de mercader.

Un día las dos mujeres le citaron á su casa con grande anticipación y le propusieron una consulta de la mayor importancia. No satisfacía su celo por las cosas divinas el apartamiento de la sociedad, el encierro en casa, la penitencia privada y oculta; necesitaban dar pruebas de mayor entusiasmo para edificación de las gentes, como

irse de peregrinación por extraviados senderos, descalzas de pies y piernas, ceñidas con una especie de mortaja, en ayunas y despeinadas, durmiendo al raso y demandando de puerta en puerta la caritativa limosna hasta llegar á cualquier santuario célebre que por su distancia requiriese mucho trabajo y mostrase por ende su ardiente devoción y su amor á la penitencia y al sacrificio. Oyólas con su natural paciencia San Ignacio, y comprendió á la primera ojeada toda la inminencia del daño que á su persona y á su doctrina y á su comunión podía inferir aquel extraño propósito. Trató, pues, de disuadirlas y no pudo lograrlo. Hija y madre prepararon á deshora aquella expedición, y salieron á hurtadillas de la literaria ciudad. No tardó mucho tiempo en saberse cómo se acababan de ausentar para ir nada menos que á la Santa Faz de Jaén. Tumultuáronse las gentes á tamaña noticia. El refrán español de que *un loco hace ciento* corrió de boca en boca. Díjose á una por los personajes más influyentes de la ciudad, que no había paz doméstica posible, ni orden público seguro, ni hogar sagrado, ni familia, si cualquier predicador, más ó menos ardiente, podía con sus sermones más ó menos piadosos, al aire libre, trastornar los sentidos y la cabeza de las gentes más principales y más sesudas. Volvióse el general sentir de la ciudad contra Ignacio en tales términos, que precisaba tomar una medida pronta para responder al público juicio. Y en efecto, un día, cuando más descuidado estaba San Ignacio y más ajeno de pensar lo que contra él urdían las autoridades, y más embebido en sus ejercicios piadosos, echóle mano un alguacil del vicario y le metió en la cárcel.

Imposible perseguir en el mundo al más avieso de los hombres y atormentarlo, sin que la compasión, propia de nuestra naturaleza, vaya por algún camino al socorro de la desgracia. ¡Cuánto más no ha de suceder esto tratándose de ideas más ó menos opinables y de asociaciones más ó menos legales! Perseguíase un exceso de celo en un penitente de vocación, y resultaban por lo mismo sentimientos de compasión necesarios y naturales. Enviáronle ofertas de favor y promesas de libertad la Sra. de Enríquez, madre del Duque de Maqueda, y la señora Mascareñas, dama de la Emperatriz Isabel. Y se personó en la cárcel para en sus dolores acompañarle y seguirlo si precisaba hasta el tormento y el patíbulo, su joven camarada de cátedra, Calixto, ido allí desde Segovia para encerrarse con él y con él padecer y morir. Pero las autoridades oficiales y el sentimiento público aparecían cada vez más implacables contra Ignacio. Catorce días le tuvieron reclu-

so y apartado del mundo en la mansión de los criminales, sin hacerle una sola pregunta ni requerirle para una sola declaración. Los pocos partidarios suyos, sus visitantes y amigos, conjurábanle á que inquiriese la causa de aquel atentado á su libertad y á su honor, demandando notificación de los cargos y acusaciones para poder apercibirse á una defensa bastante á demostrar el claror de su alma, la virtud de su vida, la inocencia de sus pensamientos, la santidad de sus propósitos. Ignacio, resuelto á sufrirlo todo por Cristo, llegado á la indiferencia propia de sus exageradas doctrinas, creído íntimamente de que todo cuidado por su honor equivalía en el fondo á desasosiego por las cosas del mundo y desistimiento por las cosas del cielo, negóse á mezclarse por algún modo en lo que tanto le interesaba, mostrándose como enajenado de sí mismo y de su propio sér ausente.

EMILIO CASTELAR.

*(Continuará.)*

---

---

# LOS GERMANOS

---

## II.

En el principio del reinado de Rómulo Augústulo (476), los Germanos, que habían visto á otros pueblos ocupar parte del Imperio, pidieron tierras para establecerse en Italia, y viendo desatendida su pretensión, se rebelaron eligiendo Rey á Odoacro. Apoderóse éste de Pavía y Roma, hizo degollar á Orestes, padre de Augústulo, y depuso al inofensivo Emperador, suceso que puso fin al Imperio de Occidente.

Dió Odoacro ú Odoacer, que con ambos nombres se le conoce, la tercera parte de la tierra de Italia á los que le elevaron, y aseguró al mismo tiempo á los Romanos el respeto á sus creencias, privilegios y bienes. Á los trece años de un pacífico reinado tuvo que marchar al encuentro de Teodorico, que á la cabeza de los Ostrogodos había penetrado en Italia, salvando los Alpes Nóricos. Fuéle adversa la suerte, y dos veces batido, encerróse en Rávena, entregándose á discreción después de tres años de sitio, siendo asesinado por el vencedor.

Dueño éste de Italia, declaró que su propósito era asegurar y no destruir el Imperio, casó con la hermana de Clodoveo, dió sus hijas en matrimonio á los más poderosos Reyes bárbaros, y robusteció su poder con estas alianzas. Vistió á la romana, ordenó que lo hicieran también los Godos, y siguiendo las inspiraciones de su célebre Ministro Casiodoro, protegió las ciencias y las artes, reedificó los monumentos arruinados, y habría sido el genio tutelar de la Italia, si la suspicacia que le era propia no le hubiese hecho concebir la sospecha de que los Cristianos conspiraban con el Emperador de Oriente, sospecha que le lanzó en la más cruel de las persecuciones. Á su muerte, se estableció la sucesión hereditaria y tomó una forma regular la dominación bárbara. Hemos empezado esta narración por la invasión en Italia por ser ésta la sede del Imperio de

Occidente; pero en el orden cronológico habíale precedido la de Alarico en el de Oriente y su extensión hasta España y el Norte del África, de que incidentalmente nos hemos ocupado ya. Sabido es que, después de la muerte de Teodorico, quedaron dominando el mundo romano sus dos hijos Arcadio y Honorio, de diez y ocho años y once respectivamente, Soberano de Oriente el primero, bajo la tutela del galo Rufino; de Occidente el último, bajo la del visigodo Stilicon, Generalísimo ó *Magister utriusque militiae*.

Suponíase Stilicon investido por Teodorico de la tutela de ambos Príncipes y la regencia de las cuatro prefecturas y consideraba como una usurpación la autoridad de Rufino. Para afirmarla éste, creando una situación que hiciera necesarios sus servicios, favoreció la rebelión de los Visigodos capitaneados por Alarico que estaban á servicio del Emperador de Oriente. Devastaron éstos la Tracia, la Grecia y la Iliria (399); marchó Stilicon contra ellos desde el Rhin, donde se hallaba ocupado en reorganizar las colonias militares; pero habiendo conseguido Rufino que se le reclamaran por orden de Arcadio las tropas que dependían de la prefectura de Oriente, las envió bajo el mando del godo Gainas, quien así que llegó á Constantinopla hizo degollar á Rufino. Se puso Stilicon nuevamente en persecución de Alarico; pero los consejeros de Arcadio le movieron á hacer la paz con los Visigodos, suscitando sublevaciones en algunas provincias de Occidente para crear dificultades al Ministro de Honorio; éste supo refrenarlas y sostener la autoridad del Emperador.

Alarico espiaba desde la Pannonia una ocasión propicia para lanzarse sobre el Imperio. Inició su empresa en el año 400, recorriendo, sin encontrar enemigo que se le opusiera, varias provincias de Iliria y de Italia, hasta que, organizado por Stilicon un ejército en las Galias, pasó con él los Alpes y batió al visigodo en Polencia, obligándole á someterse. Otro jefe, Radagaso, al frente de hordas indisciplinadas, saqueó una parte de la Italia del Norte y fué batido y muerto por Stilicon cuando amenazaba destruir á Florencia. Las huestes de Radagaso se componían de Suevos, Alanos y Vándalos que, después de esta derrota, pasaron los Alpes y los Pírrineos y penetraron en España.

No cabe en los límites de este trabajo el seguir esas olas humanas que como las del mar se sucedían, borrando la de atrás la huella de la que le precedía, pero hay un suceso y una personalidad que merecen fijar la atención

El suceso es la invasión de los Hunos; la personalidad, Atila. Ocupaba el trono de Oriente Teodosio II, cuya hija Eudisia acababa de casarse con Valentiniano III, Emperador de Occidente. Honorio, hermana de Valentiniano, se había desposado secretamente con Atila, Rey de los Hunos. Pidió éste en dote la mitad del Imperio de Occidente, apoyando su petición con un ejército de setecientos mil hombres, Hunos, Búlgaros y otros bárbaros, siendo su fuerza mayor de los primeros.

Durante mucho tiempo se ha creído que los Hunos sólo se habían precipitado sobre el Imperio romano de resultas de revoluciones que los habían arrojado de las fronteras de la China. Sin embargo, si su origen es asiático-oriental debieron abandonar muy pronto aquellas remotas comarcas, porque ya Eratóstenes, citado por Estrabón, habla de los Hunos, que habitaban en las orillas del Mar Caspio doscientos años antes de Jesucristo; Dionisio el Periegeto los comprende entre los pueblos que ciento sesenta años antes de Jesucristo ocupaban la costa occidental del Mar Caspio, de Norte á Sur, en el orden siguiente: *Escitas, Hunos, Caspios y Albaneses*, é igual situación les dan Tolomeo y Moisés de Khoren. Este pueblo era de linaje finlandés.

La descripción de las facciones de su rostro pudiera tomarse por la de los Kalmukos del Imperio ruso. Su manera de vivir era la de los pueblos nómadas de la Tartaria. No comían nada cocido; no conocían ninguna especie de condimento y vivían de raíces crudas ó de la carne de los animales un poco manida entre la silla y el espinazo del caballo. Su religión se armonizaba con sus costumbres. Entre ellos, dice Ammiano Marcelino, no se ve templo ni capilla; sólo levantan de vez en cuando un altar ó mejor un inmenso montón de haces de leña de muchos centenares de pies de anchura. Sobre la cima se pone derecha la espada de Marte, que se riega con la sangre de las ovejas, de los caballos y del centésimo de los cautivos. Cuando querían consultar al destino en los sacrificios humanos, derribaban el hombro y rompían el brazo de la víctima, lo arrojaban al aire y presagiaban según la manera de caer sobre el altar.

La aparición de los Hunos produjo el mayor terror entre los Germanos. Mandados primero por Roas, lo fueron después por Atila, que dividía el poder con su hermano Bleda, siendo ambos sobrinos de aquél. De acuerdo con él obligó á Teodosio II á que pagase á los Hunos un tributo anual de setecientas libras de oro. Atila y Bleda combatieron juntos contra los pueblos de diferentes razas que

habitaban en el centro de Europa; Atila se deshizo de su hermano y reinó solo sobre los Hunos, Jépidos, Ostrogodos, Suevos, Alanos, Quados y Marcomanos.

Á los ojos de los Hunos, dice Ph. Le Bas, no era Atila únicamente un gran jefe guerrero, sino también un Ministro de sus Dioses, era el que había vuelto á encontrar la espada de Marte. Esta espada, adorada en otros tiempos por los Reyes de los Escitas, como consagrada al Dios de la guerra, había desaparecido durante muchos siglos. Atila la había encontrado enterrada ocultamente, y aquel descubrimiento, según Prisco, había aumentado mucho su poderío, dándole un carácter sagrado. Los pueblos vencidos lo miraban como un gran mágico que tenía poder para mover á su antojo las tempestades, para mandar á los elementos y para hacer caer las estrellas.

Prisco nos presenta al hijo mayor de Atila, Rey ya de muchos pueblos, teniendo delante de su padre los ojos constantemente bajos. En los banquetes, mientras que se servían á sus guerreros platos de todas especies, él sólo tenía un plato de madera y no comía más que carne, y cuando se divertían con las bufonadas de los mímicos, él sólo conservaba siempre el mismo aspecto, grave é inmóvil, revolviendo en su imaginación terribles proyectos.

En pocos años se había extendido su Imperio desde el Rhin al Mar Caspio, desde el Báltico hasta las montañas de la Grecia Septentrional. La Germanía había estado como subyugada en esta tempestad. Admirada de hallarse vencida, antes de haber tenido, por decirlo así, tiempo para empuñar las armas, aceptó su derrota, cedió á aquel poder terrible, á aquel jefe que, como el Volga, cuyo nombre llevaba, destruía todo cuanto se presentaba delante de él en su curso impetuoso. Los mismos guerreros fueron á alistarse entre los de Atila, y la Germanía entera se halló reunida por primera vez bajo el poder del Rey de los Hunos.

Recordamós que Atila había reclamado al Emperador Valentiniano, como dote de Honoria, la mitad del Imperio. Valentiniano hizo lo mismo que el Emperador de Oriente; dulcificó al bárbaro con presentes y le dirigió á la Galia. Pasó el Rhin, tomó á Tongres, Tréveris, Metz, Worms, Maguncia, Strasburgo, Arras, Laón, Besançon y Langres, y trataba de apoderarse de Orleans, cuando llegó Aecio á la cabeza de las tropas romanas, unidas á los Francos mandados por Meroveo y á los Visigodos conducidos por Teodorico.

Ante fuerza tan numerosa, emprendió Atila su retirada, repasan-

do el Loire y se replegó en dirección de Chalons-sur-Marne. Allí se dió la batalla de los Campos Cataláunicos, en que fué vencido el Rey de los Hunos, quedando en el campo trescientos mil hombres, en su mayor parte Bárbaros (451). Enfurecido Atila, abandonó la Galia, pasó á Italia, y destruyendo las ciudades de la Galia Cisalpina, marchó sobre Roma, que respetó cediendo á los ruegos del Papa San León. Poco tiempo después murió en la Pannonia, víctima de su intemperancia, y los Bárbaros que le seguían fueron en su mayor parte exterminados.

Ya hemos visto que la unión contra el enemigo común, el Imperio, determinó la formación de confederaciones como la Sueva. En el año 240 había á la derecha del Rhin las de los Francos, Alemanes, Turingios y Sajones. La confederación de los Francos ocupaba el territorio comprendido entre el Rhin y el Weser. Á principios del siglo V, habían pasado el Rhin muchos pueblos de raza franca, estableciéndose en las cuencas del Mosa y el Escalda, y distinguiéndose con la denominación de Francos Ripuarios. Estos siguieron las banderas de Roma en su lucha contra los Suevos, Alanos y Vándalos, pero los Francos Cabelludos, que se hallaban á la derecha del río, lo pasaron (414) y saqueando á Tréveris, se esparcieron por el Brabante y eligieron Reyes Cabelludos, de la familia más noble de su raza. Pharamond, uno de ellos, es considerado como el fundador de la monarquía francesa. La serie de guerras por dominar el suelo de la Galia tiene un primer período que termina en Clodoveo, quien dominó ya la Galia meridional, menos la Septimania y la Provenza.

La gran unidad política de Roma se continuó en lo posible en el Imperio carlovingio, confederación nacida de la necesidad de la común defensa contra los Germanos y otros pueblos, entre los cuales figuran los Árabes. Oponerles diques, dice un código anónimo, promover la fusión de las razas cristianas de la Europa occidental, fundar la unión política á la vez que la religiosa, tal fué la obra emprendida por Pipino y seguida por Carlomagno.

Veintiseis años contaba Carlomagno á la muerte de su padre; de manos de éste recibía una gloriosa herencia y una misión sagrada. No se dió punto de reposo para continuarla; penetró en Westfalia (772), batió á los Sajones cerca de Osnabruch y destruyó la estatua de Irmensul, ídolo nacional levantado en el castillo de Ehresbourg. Desde allí pasó el Weser y atacó en Brunnesberg á los Sajones, que querían disputarle el paso del río; los puso en precipitada fuga y avanzó con una parte de su ejército hasta el Ocker, donde

se le reunió Hesson, uno de los jefes sajones, llevando con él todos los Ostfalianos; éste le dió los rehenes que se le exigieron y le juró fidelidad. Otro tanto hicieron los Sajones Angrarianos y Westfalianos (occidentales); pero cuando el peligro desapareció, cuando los Francos se hubieron alejado, volvieron á empuñar las armas, atacando los castillos de Ehresbourg y Siegbourg. Carlos volvió sobre ellos, avanzó hasta el Lippe y construyó un fuerte en sus márgenes. Los Sajones afectaron someterse y recibieron el bautismo; pero Witikindo, el de mayor prestigio entre sus jefes, no se había presentado como los demás en Paderborn, y había ido á solicitar socorros de Sijifredo, Rey de los Daneses, para cuando se ofreciese ocasión propicia.

Ocupado Carlos en combatir á los Sarracenos de España, todos los nuevos cristianos de los países situados entre el Rhin y el Weser se alzaron á la voz de Witikindo y devastaron ciudades, pueblos y campos desde Dintz hasta la embocadura del Mosela. Vencidos nuevamente en Buckolz, á orillas del Lippe, avanzó Carlos hasta el Elba, límite de los Sajones y los Slavos, recibió una vez más el juramento de los Sajones en Ohrheim, los bautizó y encargó al abad de Fulda que estableciese un sistema regular de conquista religiosa.

Todo el País, dicen los cronistas, fué repartido entre los abades y Obispos. Fueron creados sucesivamente ocho grandes obispados, fundaciones al mismo tiempo eclesiásticas y militares, de que los jefes más dóciles debían tomar los títulos de Condes para ejecutar contra sus hermanos las órdenes de los Obispos. Tribunales establecidos por toda la comarca estaban encargados del castigo de los recalcitrantes para que comprendiesen á su costa la gravedad de aquellos votos que hacían y violaban con tanta frecuencia. Algunos historiadores ven en estos tribunales el origen de los Weimicos que se constituyeron entre los siglos XIII y XV. Las naciones germánicas hacen remontar con gusto sus instituciones á Carlomagno, y acaso por esto el pavoroso procedimiento de los tribunales Weimicos se relacionó con las inquisitoriales medidas de los clérigos carlovingios. De cualquier modo, no se necesita gran violencia para considerar como sucesivas manifestaciones en diversos períodos históricos de una misma institución germánica los tribunales de hombres libres, que herían en la sombra á criminales bastante poderosos para que no les alcanzara la ley (los Weimicos), y los que tenían por primitivo objeto el castigo de los traidores que pasaban al partido del extranjero; que le sacrificaban su patria y sus dioses, y bajo

su amparo menospreciaban las antiguas leyes germánicas; pero que, como dice el autor de *Las instituciones jurídicas de Alemania*, no se burlaban de la flecha que silbaba en sus oídos sin que apareciese la mano que la lanzara, y palidecían al ver clavada en la puerta de su casa la fúnebre señal que les llamaba á comparecer ante el invisible tribunal.

Esta empresa de conversión y educación excita aún más á los Bárbaros que, guiados por Witikindo, derrotan cerca de Sonnethal (Valle del Sol) á los lugar-tenientes de Carlomagno antes de que llegara el ejército de Francos que iba en su auxilio. Á su aproximación emprendió la retirada el héroe sajón; pero los que no pudieron seguirle, unos cuatro mil, fueron decapitados en un mismo día en Verden. Perseguidos y batidos los Sajones en Dethmold y Osna-bruck, objeto de los más crueles tratamientos, redoblan su energía, presentan tres veces batalla á Carlos; pero vencidos por la superioridad del número y de la disciplina, continuaron la guerra bajo la forma de sorpresas é imprevistos ataques, produciendo la debilidad, el cansancio, y como consecuencia de esta situación, la sumisión de Witikindo.

Hemos visto el progreso de las armas francas desde el Rhin al Elba; veamos ahora sus etapas en la Alemania meridional. El mismo año de la sumisión de Witikindo, dice una crónica eclesiástica, mientras que Carlos estaba todavía ocupado en combatirle, se hizo entre los Francos orientales una gran conspiración, de la que se mira como autor al Conde Hartrado. Mas inmediatamente que el Rey estuvo informado de ella, la disipó con su destreza y sin correr gran riesgo; condenó una parte de los conspiradores á perder los ojos y lo restante al destierro.

Había de ocurrir á Carlomagno lo que á todos los espíritus que, dominados por una aspiración eterna, por un anhelo infinito, gastan la vitalidad de la generación á cuya cabeza marchan, encontrándose como abandonados en sus grandes empresas á causa del general cansancio. Así como al principio de nuestro siglo, los hombres á quienes había colmado de favores el gran Napoleón dieron muestra de su ingratitud, así los capitanes de Carlomagno se revolviéron contra él, dando el ejemplo Tassillón, Duque de Baviera.

La Baviera se hallaba respecto de la monarquía franca en una dependencia muy semejante al vasallaje. El Rey podía condenar á muerte á los súbditos del Duque y éste debía disponer la ejecución. Publicábanse ordenanzas que tenían fuerza de ley en Baviera, y to-

do esto trascendía á humillación para Príncipes, que, ligados por estrechos vínculos de parentesco con los Reyes lombardos, y enseñoreados de la Baviera, el ducado de Austria, el Tirol y el país de los Grisones, se consideraban tan poderosos como los Monarcas francos.

Informado Carlos por el Pontífice de la trama que en su daño se urdía y en la que estaban repartidos los papeles, debiendo el Duque de Baviera atacar la Austrasia con el auxilio de los Avaros de la Pannonia, mientras que los Griegos unidos con el Duque de Benevento se lanzarían sobre las posesiones de Italia, marchó con un gran ejército contra Tassillón, á quien habían faltado los Griegos y Beneventinos.

Tassillón se entregó sin combatir y fué perdonado; pero acusado ante la Asamblea de Ingelheim de haber impulsado á los Hunos á emprender la guerra contra los Francos, fué condenado á pena capital que Carlomagno conmutó por la clausura en un monasterio donde terminó sus días. Tonsurado también su hijo Teodón, acabó con él la raza de los Agilofingios y el ducado de Baviera perdió su existencia independiente, pasando á ser provincia del Imperio.

Dueño ya Carlomagno de Baviera y Sajonia, necesitó para asegurar la frontera avanzar hasta el Raab, para garantir aquélla contra los Avaros, y hasta el Oder para garantir ésta contra los Slavos. Empezó por la Alemania del Norte. Oigamos una crónica de la Edad Media. «Existe, dice, en la Germania, á las orillas del Océano, una cierta nación de Esclavones que se llaman en su lengua Weletabos y que los Francos llaman Wiltzos. Este pueblo, enemigo irreconciliable de los Francos, tenía la costumbre de perseguir con su odio, de oprimir y acosar con sus armas á aquellos de sus vecinos que eran aliados ó súbditos de los Francos. No queriendo el Rey sufrir por más tiempo aquella insolencia, resolvió hacerle la guerra, reunió un numeroso ejército y pasó el Rhin cerca de Colonia (789). Desde allí tomó su camino por la Sajonia, y cuando hubo llegado al Elba, colocó su campamento sobre la orilla, unió el río por medio de dos puentes, fortificó el uno por las dos puntas y dejó en él una fuerte guarnición. Pasó en persona el río, condujo su ejército al sitio indicado, entró en las tierras de los Wiltzos y mandó devastarlo todo por el fuego y por el hierro. Esta Nación, aunque guerrera y confiando en su número, no pudo contener durante mucho tiempo la limpetuosidad del ejército de los Francos. Luego que el Rey hubo legado á las inmediaciones de Drogwit, Wiltzán, que por la autori-

dad de sus años y la nobleza de su nacimiento era superior á los demás reyezuelos de los Wiltzos, fué á presentarse á Carlomagno con todos los suyos, dió los rehenes que se le pedían y empeñó su fe por juramento al Rey y á los Francos. Los demás Reyes y los Esclavones más principales siguieron su ejemplo y se sometieron al poder del Rey de los Francos. Habiendo sujetado de este modo aquel pueblo y recibido los rehenes que había exigido, llegó al Elba por el mismo camino, hizo volver á pasar el puente á su ejército, y habiendo arreglado al paso todo cuanto concernía á los Sajones, volvió á entrar en Francia y celebró en Worms la fiesta de Navidad y la de Pascuas.»

Aun tuvo que hacer muchas expediciones para proteger á sus nuevos tributarios, de sus vecinos, singularmente de los Daneses del otro lado del Eider, y aunque trató de asegurar su dominación sobre estos países por la construcción de fuertes sobre el Elba, puede decirse que nunca la asentó sólidamente entre aquel río y el Oder.

Vencidos los Esclavones, volvióse Carlos contra los Avaros que habían auxiliado á Tassillón. «Eran los Avaros, dice el historiador Eginardo, unos jinetes infatigables, atrincherados en los pantanos de la Hungría, desde donde se precipitaban, ya sobre los Slavos, ya sobre el Imperio griego. Todos los inviernos iban á dormir con las mujeres de los Slavos. Su campamento ó *ring* era una prodigiosa acumulación de edificios de madera que cubrían una provincia entera limitada por vallados de árboles entrelazados; allí tenían las rapiñas de muchos siglos, los despojos de los Bizantinos, reunión extraña de objetos los más brillantes, los más inútiles para los Bárbaros, extravagante museo de latrocinio. Este campamento, según los informes de un soldado viejo de Carlomagno, habría tenido doce ó quince leguas de extensión como las grandes ciudades del Oriente; Nínive ó Babilonia. Tal es el sistema de los Tártaros; el pueblo unido en un solo campamento, lo restante en los pastos desiertos. El que visitó el Chagán de los Turcos, en el siglo XVI, halló al Bárbaro sentado sobre un trono de oro en medio del desierto; el de los Avaros exigía del Emperador de Constantinopla camas de oro macizo.»

Puesto en marcha Carlos para combatir á los Hunos (ó Avaros), principió por levantar su campamento cerca del Ems, río que corre entre la Baviera y el País de los Hunos; desde allí emprendió las operaciones, destruyendo las fortalezas y llevándolo todo á sangre y fuego. El Rey llegó con su ejército al Raab, le pasó y marchó si-

guiendo su curso hasta la desembocadura en el Danubio, y desde allí volvió á Baviera, ordenando á los Sajones y Frisones, mandados por Teodorico y Mejinfredo, que retrocedieran por Bohemia. Esta fué la campaña personalmente dirigida por Carlomagno contra los Hunos, que sólo después de ocho años de lucha contra los Francos, mandados por Pipino, los Condes, lugartenientes y comandantes de las provincias, tuvieron que sufrir la dura ley del vencido, perdida su nobleza, despojados de sus tesoros, exhausta de habitantes la Polonia y devastada la real residencia del Chagán.

Los restos de aquel pueblo valiente y sin ventura fueron á pedir á Carlomagno protección ó más bien amparo contra los Slavos, que obtuvieron estableciéndose en Baviera. De ese modo se extendió la dominación franca á lo largo del Danubio hasta la desembocadura del Save y hasta el Raab en la Pannonia Superior.

Vico ha dicho que todo se reproduce en la historia, y los hechos parecen comprobarlo. Véase lo que respecto á la nacionalidad germánica dice Le Bas, á propósito de las guerras de Carlomagno, y dígase si no es perfectamente aplicable á la formación en nuestros días del coloso alemán:

«El resultado que produjeron estas grandes guerras de Carlomagno fué patentizar á la Alemania su propia identidad, constituirle una nacionalidad cuya idea podrá oscurecerse, pero debía vivir para siempre. Antes de él, antes de los Príncipes de su casa, estaba dividida la Alemania en muchos principados; eran éstos otros tantos Estados particulares sometidos á sus propias leyes; los unos eran ya cristianos, los otros permanecían aún fieles á su antiguo culto; todos hablaban, es verdad, la misma lengua; mas no se reconocían por hermanos, por miembros de una misma familia, no tenían ni querían tener entre ellos ninguna relación. Después de Carlomagno, estos principados se fueron á perder en la inmensidad del Imperio; se ha formado un gran centro donde todo viene á parar, á mezclarse y confundirse; Bávaros, Sajones, Francos, Turingios vienen á reconocerse en las Asambleas de Paderborn ó de Aquisgrán. Leyes generales que ellos mismos hacen, se dirigen por vez primera y en los mismos términos á todos los individuos de las diversas tribus que están aún unidas por el vínculo religioso. Envueltas en las redes de una doble jerarquía, religiosa la una, que se remonta hasta el Papa por los abades y los Obispos; política la otra, que sube hasta el Emperador por los vegueres, Condes, etc., préstanse mutua ayuda la Iglesia y el Estado para reconstruir la

gran familia que la invasión había destruído y dispersado. Carlos no es solamente el Rey de los Francos, sino también el Emperador de Occidente. Este Imperio se derrumbará, sin duda, y más aprisa que el primero; mas cuando se separen los diversos pueblos que le componen, después de algunos instantes de vida común, para seguir sus particulares destinos, conservarán siempre el recuerdo de aquel momento único en que todos tenían el mismo jefe. El Imperio romano había *unificado* el antiguo mundo; era preciso que el nuevo, inquieto é indócil, que le había reemplazado recibiese también á su vez la fecunda idea del orden y la unidad.»

Tal fué la misión histórica del Imperio carlovingio, que al asentar sólidamente la idea de la unidad monárquica en los albores de los tiempos feudales, que venían á disolver, á pulverizar el Estado á impulso del individualismo, dió para el porvenir solución al problema de utilizar estas fuerzas acrecentadas, concentrándolas y someténdolas á una sola dirección.

La poderosa unidad que Carlomagno había querido imponer al Occidente no debía sobrevivirle, á pesar de que la desmembración no fué tan rápida como pudiera haberse juzgado por las condiciones de los sucesores, y por el hecho de haberse visto el Emperador en la necesidad de dividir sus Estados para defenderlos, encomendando á uno de sus hijos la Italia, á otro la Alemania y al último la Aquitania, gracias á la concentración en las manos de Luis el Piadoso y á las resistencias que se oponían al triunfo de los particularismos. Sin embargo, la división estaba hecha desde el momento en que existían tres pueblos, tres verdaderas nacionalidades con caracteres bien definidos, dispuestas á ser autónomas é independientes.

Las tribus germánicas habían gravitado antes de Carlomagno sobre la Galia. En su reinado el movimiento se dirige al Oriente rechazando las poblaciones slavas, y ensanchando de tal modo la estrecha zona germánica que se extendía entre ellas y el Rhin, que constituyó unas de las principales partes del Imperio, y como dice Wolf, fué creada la Alemania. De día en día el territorio, patria de la lengua y raza germánica, tendrá límites más definidos, fronteras más fijas. Pronto Luis el Piadoso dará la Alemania á su hijo Carlos, y del oscuro nimbo de una Germanía que abrazaba pueblos, razas y comarcas que constituían un mundo bárbaro más que una nación, surgirá la Germanía definida, limitada con bien determinados caracteres étnicos y geográficos. Habrá concluído la Germanía y empezado la Alemania, ese pueblo que ha esmaltado con sus gloriosos

hechos las páginas de la Historia, y que es en su etapa presente, á nuestra vista y en el momento actual, el imperio más poderoso de Europa, el voto de más peso en los Areópagos internacionales, la amenaza constante para la Francia y el objeto de expectación del mundo entero.

Empresa muy superior á nuestras fuerzas, y más propia del libro que de la revista, sería seguir paso á paso las vicisitudes de la Alemania, ora en sus empresas guerreras, ora en su proceso religioso y científico. En medio de su fraccionamiento, que ha hecho la desesperación de historiadores y geógrafos; en medio de sus tendencias particularistas, la Alemania ha conservado la unidad virtual, convertida hoy en realidad espléndida en la Confederación, en el Imperio, siendo la Confederación en ella, como en Suiza y como en los Estados Unidos, lo que su nombre expresa, lazo (*fædus*) de lo que estaba separado, no como pretenden los modernos federales, procedimiento para separar lo unido, para romper en jirones la patria, para destruir en un día la penosa labor de los siglos. La Confederación germánica era la unión, y por serlo sirvió de punto de apoyo á la audaz reforma del teólogo de Wittemberg, y por serlo sirvió de base á la misión del pangermanismo, que había reservado á la Prusia y á la casa de Hohenzollern el que tiene en sus manos los destinos de los pueblos. ¡Qué distancia de la Prusia de Jena á la Prusia de Sedán y de Metz! ¡Qué distancia de la empedregada Confederación al potente Imperio! Este se hallaba, sin embargo, en aquél, como lo está la mariposa en la crisálida, y bien se puede asegurar que si en vez de la Confederación de los pequeños, que permitía al que no lo fuera tanto acariciar la idea de la más íntima unión en su provecho, hubiesen existido dos ó más grandes reinos germánicos sin lazo federativo, la empresa habría entrañado tales dificultades que no se hubiera realizado, á pesar de las excepcionales condiciones del alemán, que como el germano de Tácito no cede á nadie en perseverancia, valor y fecundidad de recursos, para arrancar de la mitología y traer á la realidad la fábula de los Titanes.

¿Cuál es el porvenir reservado á la Alemania? ¿Afirmará su unidad consolidándola antes de continuar la tarea de hacer un solo Estado, una sola Iglesia y un solo jefe para todos los alemanes, ó comprometerá los resultados hasta ahora obtenidos por el apresuramiento en la realización de ese ideal? Difícil es predecirlo, porque si las condiciones de una raza eminentemente reflexiva parecen garantizar lo primero, las tendencias particularistas de los antiguos Estados y las

resistencias á la obra de unificación que con tanta perseverancia prosiguen el Emperador Guillermo y el Príncipe de Bismarck, pudieran determinar lo último. Entre esas resistencias es la más viva la que ha de oponer y está oponiendo la verdad al error, el catolicismo á las sectas disidentes, y si no se cede en ese camino por parte de los hombres de Estado de Alemania, la cuestión religiosa matará al Imperio alemán.

Parécenos ver la compasiva sonrisa de algún espíritu fuerte, al oír hablar de error y verdad, tratándose de religiones positivas y al juzgar que de su oposición puede resultar la caída del gran Imperio; pero á esa sonrisa no tenemos el propósito de ofrecer los formales argumentos que contra la impiedad puede esgrimir el hombre de fe. Prescindiendo de ellos, dando por bueno que las religiones sean todas obra humana, mentira y fingimiento, siempre resultará que hay en Alemania millones de católicos, que se lanzarán á las últimas extremidades si á ello se les compeliere, por defender sus creencias y el principio de igualdad de derecho que parece querer negárseles, y esto solo, como fuerza social, bastará para comprometer la obra del germanismo.

Si hoy admira el poder del Imperio germánico, calcúlese cuál sería su grandeza el día en que se le unieran los alemanes que rigen los cetros de los Hapsbourg y los Romanof y los que respiran las brisas de la libre Helvecia, los bajoalemanes de Holanda y Bélgica y los semialemanes de la Jutlandia.

Pero la fuerza del Imperio alemán no depende tanto de su extensión como de la raza que lo puebla, raza, según ya hemos dicho, eminentemente reflexiva y que trata ante todo de dar á sus progresos condiciones de duración. Así, por ejemplo, después de los increíbles triunfos de la campaña de 1870, pacta la paz con condiciones onerosísimas para la Francia en lo que á sacrificios pecuniarios se refiere, pero no pasando en lo relativo á territorio de lo que racionalmente debía exigir, teniendo en cuenta las bases constitutivas de las modernas nacionalidades. Aleja á su rival del quimérico límite del Rin, pero le deja el bien definido de los Vosgos, incluso Belfort, y da á la anexión de la Alsacia-Lorena el doble carácter de reivindicación y de natural atracción de provincias germánicas. Así, después de la espantosa rota de Sadowa, se contenta con excluir al Austria de la Confederación, dando con ello el paso decisivo para constituirse en el centro de gravitación de los Estados alemanes; pero no le arrebató ni una pulgada de territorio. Así, vencedora con

Austria en Düppel y Alsen, incorpora al entonces Reino de Prusia los Ducados alemanes del Elba, y si al trazar como frontera la línea de Appenrade-Tondern, parece conculcar el principio de las nacionalidades, no es porque existiera el propósito preconcebido de llevar á la patria germánica distritos daneses, sino porque al inspirarse en razones estratégicas para señalar aquella frontera, resultó la necesidad de hacerlo.

Compárese esta prudente conducta con el inmoderado afán de expansión que domina á otros pueblos para quienes ni los límites geográficos mejor definidos, ni las diferencias de raza, son diques bastante poderosos á contenerlo, y dígase sin género alguno de apasionamiento de qué parte están las probabilidades de futuros éxitos en el día, que ya se columbra, de la solución del gravísimo problema que se está desarrollando en Europa.

GREGORIO JIMÉNEZ PALACIOS.

*Madrid 15 de junio de 1882.*

---

---

ESCRITORES Y POETAS  
DE LA  
AMÉRICA ESPAÑOLA

---

EL DR. D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.

(Continuación.)

Al insertar estas cartas, en *nota* oportunamente añadida al curioso capítulo que intitula *Constancia en la amistad de Bello y Olmedo*, el entusiasta y diligente biógrafo de aquel esclarecido polígrafo estima que, aun siendo ellas menos importantes que otras reproducidas en el texto de su obra, «ofrecen la ventaja de hacernos conocer mejor la intimidad que hubo entre estos dos preclaros varones» (1). Á mis ojos tienen mayor importancia: la de dar noticias acerca de ambos ingenios en días respecto á los cuales nada sabíamos de Olmedo por otro conducto.

Refiriéndose á nuestro poeta y á los años que mediaron desde 1828 á 1846, en el cual se imprimió en Valparaíso la *América poética*, el distinguido literato D. Juan María Gutiérrez, que prestó á las letras el gran servicio de formar y dar á luz aquella interesante colección de poesías americanas, dice únicamente lo que sigue: «Disuelta la República de Colombia, ocupó el Sr. Olmedo el puesto de Vicepresidente del Estado del Ecuador, cargo que renunció muy pronto, aceptando la Prefectura del departamento de Guayaquil, cuyas funciones le permitían acercarse á su casa paterna y á su familia.—La alta posición social en que han colocado al Dr. Olmedo sus servicios y sus talentos, no podía menos que llevarle á la escena política en los últimos acontecimientos del Ecuador: en ellos ha sido

---

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 291.

miembro muy activo del Gobierno provisorio que sucedió á la presidencia del General Flores.—El Dr. Olmedo vive en Guayaquil y pasa algunas estaciones del año en su hacienda de campo la «Virginia;» allí, en el seno de esa naturaleza lujosa que él ha sabido pintar con tan eficaces colores, hallará el silencio amigo de las musas; pero también allí ha de perseguirle «la gloria y el tormento» de la existencia, como él ha llamado á la Fama.»

Los Sres. Amunáteguis, en su laureado *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, impreso en Santiago de Chile el año de 1861, se limitan á copiar las diminutas noticias biográficas de la *América poética*, y el Sr. Torres Caicedo no añade á las anteriores otra ninguna relativa al período de que se trata. Algo más que aquellos y éste las puntualiza en sus breves apuntamientos D. Manuel Gallegos Naranjo, el cual se expresa en los términos siguientes: «Separados de Colombia los departamentos del Sur, y erigidos en un Estado independiente con el nombre de República del Ecuador, en 1830 (?), Olmedo fué su primer Vicepresidente. Después fué nombrado Prefecto del departamento del Guayas, y las Asambleas legislativas siempre le miraron en su seno.—En 1845, después de la revolución de marzo, fué nombrado miembro del Gobierno provisorio en Guayaquil.—Reunida la Convención Nacional en Cuenca, al desaparecer la administración Flores, Olmedo fué proclamado candidato para la presidencia del Estado; puesto que no ocupó por mayoría del partido de oposición» (1).

El contenido de las dos últimas cartas citadas añade, pues, nuevos pormenores á los que ya se conocían referentes á la vida de Olmedo en los años á que aludo. Ésta es la principal razón que me ha movido á transcribirlas literalmente. Por ellas sabemos de un modo indudable que desde la sangrienta herida que nuestro poeta recibió en el alma tan pronto como arribó al suelo natal, había permanecido en divorcio con sus queridas musas hasta el punto de recelar, cuatro años y medio después de su vuelta, que le hubiesen olvidado. Sabemos también que la vida que á la sazón pasaba no debía ser muy grata ni muy de su gusto (quizás porque las aten-

---

(1) *Parnaso Ecuatoriano con apuntamientos biográficos de los Poetas y Versificadores de la República del Ecuador, desde el siglo XVII hasta el año de 1879*, por MANUEL GALLEGOS NARANJO (Quito, 1879), pág. 397. Esta colección, en la cual abunda mucho la broza, sólo contiene de Olmedo el *Canto á Bolívar* y el soneto rotulado *En la muerte de mi hermana*.

ciones propias de los cargos públicos ó los cuidados de familia le obligaban á extrañarse de sus más caras aficiones), pues no vacila en asegurar que si Bello la conociese no podría menos de tenerle compasión. Sabemos asimismo que á fines de aquel año 33 no se habían disipado las nubes que ofuscaban y amargaban su espíritu, al extremo de necesitar estímulo ineludible para tomar la pluma y dirigirse al amigo predilecto, y que en esta preocupación de su ánimo tenía no escasa parte la deplorable situación política del Ecuador.

Para un hombre de la buena fe de Olmedo, tan amante de su patria y tan afectuoso y vehemente, los acontecimientos que pasaban á su vista, y en que su posición y circunstancias le obligaban á tomar parte, no eran nada lisonjeros. En lucha consigo mismo por la gran facilidad con que su genio é índole se prestaban á recibir impresiones distintas y aun opuestas, exagerándolas ó extremándolas en virtud de su apasionado carácter y de la natural vivacidad de su ardorosa imaginación, debía de sentir no pocas veces el sordo mal-estar é indefinible inquietud que experimentamos cuando la lógica implacable de los sucesos viene á poner en pugna la realidad con nuestros deseos ó aspiraciones, y á establecer desequilibrio, si no antagonismo declarado, entre lo que nos dicta la razón y lo que apetece la voluntad ó imagina la fantasía.

Esta situación de espíritu, enojosa para cualquiera menos dócil que Olmedo á toda clase de emociones, había de serlo mucho más para el alma apasionada y sensible que, por serlo tanto, se abultaba y agigantaba de igual modo males que bienes en los varios trances de la vida. Sorprendido y deslumbrado por la novedad del movimiento de insurrección dirigido á emancipar nuestras antiguas colonias; arrastrado por las galanas promesas con que las revoluciones naciesen procuran embobar y atraer á los incautos para que les ayuden á realizar sus propósitos, Olmedo, que como hemos visto soñaba desde un principio con escenas de paz, de prosperidad y bienandanza, semejantes á las que describe en una de sus cartas al Libertador, experimentaba ahora el disgusto de contemplar cada vez más encrespado y revuelto el mar de las pasiones políticas, y menos claro y propincuo el día de la regeneración, del bienestar y engrandecimiento de su patria. La libertad, cuyo mágico nombre había despertado en él, como en otros muchos, tantas esperanzas é ilusiones, no brindaba á los pueblos americanos con los saludables frutos que desde luego se prometieron de ella soñadores patriotas.

Lejos de eso, á medida que iban consiguiendo aquellos emanciparse de la Metrópoli y regirse con arreglo á su exclusiva voluntad, multiplicábanse las convulsiones y los trastornos, propagábase la anarquía, y brotaban como por ensalmo en todos ó en la mayor parte de ellos ambiciosos vulgares sin escrúpulos de conciencia, que en vez de contribuir eficazmente á cimentar con solidez la nueva organización de las naciones recién creadas, eran rémora ú obstáculo insuperable al afianzamiento de una libertad fructuosa y al desarrollo de un progreso fecundo y bien ordenado.

Semejante desilusión, desengaño tan doloroso no podía menos de afectar á los hombres sinceros que abrazaron con entusiasmo la causa emancipadora. Hasta qué punto influía realidad tan lamentable aun en las personas de carácter más varonil y de más subido temple, ya lo hemos visto en los párrafos antes copiados de las cartas de Bolívar á su amigo Fernández Madrid. ¿Cómo esa desilusión y ese desengaño no habían de llevar al candoroso espíritu de Olmedo, en quien la más ligera impresión solía dejar huella profunda, la vacilación é incertidumbre que nos fuerzan á desconfiar del juicio propio sometiéndonos al tormento de dudar de todo y de tener hoy por malo aquello mismo que ayer nos admiraba y cautivaba por estimarlo inmejorable? Pero dejemos esto, que el poeta mismo evidenciará más adelante, y volvamos á las dos cartas á que me refiero.

Olmedo estampa al final de la segunda que si tuviese hijos en estado de ir á un colegio, aprovecharía la oportunidad para enviarlos á la pensión de Zegers en Valparaíso; y añade: «Pero el único varón *va á cumplir dos años*, y no es posible separarnos de la Virginia.» Si al arribar Olmedo á las playas de Chile, á mediados de 1828, recibe la noticia del fallecimiento de su esposa, ¿cómo en diciembre de 1833 habla, como de cosa natural y corriente, de un hijo varón que aún no ha cumplido *dos años*? Quede á más afortunado biógrafo la resolución de este problema, que no he podido aclarar por falta de suficientes noticias.

Sobre dos años después de escritas las cartas á que me refiero dió nuevas señales de vida la musa de Olmedo, que por largo tiempo había permanecido inactiva á pesar de las reiteradas excitaciones de Bello, de las del erudito é ingenioso gaditano D. José Joaquín de Mora (que representó papel de alguna importancia en el desarrollo intelectual y en las controversias políticas de varias de aquellas Repúblicas), y de la galana *Oda* que en 1829 le había compuesto y di-

rigido desde el Perú D. Felipe Pardo y Aliaga (1), en la cual se dolía del abandono y descuido de nuestro poeta, expresándose de este modo:

«El fuego inspirador del sacro Apolo,  
 Que arrebató la mente á las divinas  
 Mansiones del Olimpo, arde en tu alma.  
 Tú conseguiste solo  
 Entre los vates del Perú la palma;  
 Ya la suerte llorando  
 De aquel precioso niño  
 Que abrió sus ojos á luz del día,  
 Aún atada la patria  
 Al yugo de la negra tiranía,  
 Ya celebrando en inflamado tono  
 El venturoso instante  
 En que, vencido el pabellón del trono,  
 La patria enseña flameó triunfante.  
 Pero ¡ay! que sumergido  
 En ocio y en silencio,  
 No los labios desplegas,  
 Ni de tu acorde lira  
 El eco resonante al aire entregas,  
 Indócil tu albedrío  
 Al elevado numen que te inspira.»

Y después de apuntar hipotéticamente algunas de las causas ó razones que podía haber para que el poeta guardase pertinaz silencio (2), concluía diciéndole:

(1) Nació en Lima el 11 de junio de 1806. Hijo del magistrado español D. Manuel Pardo, regente de la Audiencia del Cuzco, y de D.<sup>a</sup> Mariana Aliaga, segunda hija de los Marqueses de Fuente Hermosa, vino á España y recibió educación en Madrid bajo la dirección del insigne maestro D. Alberto Lista. En las aulas del colegio de San Mateo fué compañero de hombres que posteriormente han sobresalido en la república literaria, como Ventura de la Vega, Espronceda, el Marqués de Molíns, el Conde de Chestre, y otros no menos ilustres.

(2) Entre las que Pardo indica en su *Oda*, merece particular atención la expresada en los siguientes versos:

«¿Tal vez ausente de tu cara esposa,  
 Y del único fruto  
 Que el cielo á tus amores reservara,  
 Ligada noche y día  
 A tan tiernos objetos,  
 Huye al poder del Dios tu fantasía?»

Si esta *Oda* se escribió en 1829, fecha que lleva al pie en la edición de las *Poesías y escritos en prosa de D. Felipe Pardo* (París, 1869), preparada por el autor desde 1865, lo que se dice en los anteriores versos me llena de confusión. El 10 de agosto

«Tan culpable inacción destierra, oh vate:  
 Al mágico poder de tu armonía,  
 Haz que mi pecho ufano se dilate:  
 Canta: y el padre del Perú, bondoso  
     Al canto sonoro,  
 Desde su solio diamantino ría:  
 Canta, y mi numen inexperto guía.»

Para sacar á Olmedo de la que Pardo llama *culpable inacción*, se necesitaba por lo visto un acontecimiento que hiriese vivamente su fantasía y causase honda impresión en su alma. Tal fué la batalla de Miñarica ganada por el General Juan José Flores, *fundador del nuevo Estado del Ecuador* (1), y según Bello «una de las más notables que se han ganado en América.» Reservando para más adelante apreciar la *Oda* que en tal ocasión compuso nuestro poeta, de la cual únicamente diré ahora que no es inferior á ninguna suya, sin excluir el famosísimo *Canto á Bolívar*, no estará demás hacerse cargo de los que algunos biógrafos le dirigen por haberla escrito. Como esos cargos se refieren más al carácter del autor que á sus dotes literarias y al mérito de la poesía, juzgo que es este lugar á propósito para discurrir acerca de ellos (2).

---

de 1828 se hallaba Olmedo en Valparaíso, de vuelta de Europa. De allí partió inmediatamente á Guayaquil, tocando de pasada en Lima. Pardo vivía por entonces en la capital del Perú. ¿Cómo, pues, da al vate del Guayas en aquella fecha por ausente de su *cara esposa*? ¿Cómo habla de haber el Cielo reservado á Olmedo el *único fruto* de sus amores? En 1826 escribía Olmedo al Libertador pidiéndole permiso para regresar á América lo más pronto que ser pudiese, con el fin de aprovechar el tiempo en la educación de sus *dos niñas*. ¿Cuándo dejó de existir una de ellas? ¿Será que en la carta dirigida á Bello desde Valparaíso en agosto del año 28 se refiera á la pérdida de su hija y no á la de su mujer, como he dicho anteriormente fiado en la autoridad de un hombre tan verídico y noticioso como D. Miguel Luis Amunátegui? Y si esa pérdida fué efectivamente la de la hija, no la de la esposa (lo cual explicaría sin violencia el posterior nacimiento del hijo varón que aún no había cumplido dos años en 1833), ¿cómo interpretar esta terminante afirmación de Amunátegui en su interesante *Vida de D. Andrés Bello*, tan rica en documentos curiosos desconocidos hasta ahora y relativos á ambos poetas: «Apenas Olmedo tocó las costas americanas, recibió la más funesta de las noticias. Durante su ausencia, *su esposa había fallecido en Guayaquil*?» Decídalo quien tenga sobre el particular datos de que yo carezco.

(1) Olmedo lo proclama así en las notas que puso á la poesía dedicada al General Flores, fechada en 1835.

(2) Los hermanos Amunáteguis, al hablar de la *Oda* de Olmedo, se expresan de esta manera:

«El canto á Junín tenía por tema la elevación del Perú á la categoría de nación, y

Pasma ver hasta qué punto el espíritu de partido turba y oscurece los más claros entendimientos y los más rectos corazones, y de qué modo personas de sana intención y buen juicio se dejan deslumbrar y avasallar por teorías funestas é irrealizables. Canos estamos de oír á todas horas vociferar á los que se tienen por únicos partidarios sinceros de las libertades públicas y genuinos defensores de la dignidad humana, que la libertad es el alma de la sociedad moderna, el fin á que ésta debe propender ante todo y sobre todo. Mas prescindiendo de que esos tales no definen jamás con exactitud lo que entienden por libertad (antes bien la profanan confundiéndola con los perniciosos desafueros de la anarquía y con las desastrosas expansiones de la licencia), semejante absoluta no será admisible para nadie que discurra cuerdamente. La libertad es muy necesaria al bien-

---

por héroe al libertador de un mundo; el canto á Miñarica tiene por tema un triste suceso de guerra civil, y por héroe á uno de esos caudillos que han sido la vergüenza de la América española, el estorbo de la libertad y del progreso en el nuevo continente. Este himno de lucha fratricida es un triste complemento del himno de independencia..... «No habrá, dice D. Juan María Gutiérrez, quien al avistar la cana y er-  
»guida sien del Chimborazo, por enemigo que sea del vencedor de Miñarica, no exclame, sojuzgado por la belleza de la idea:

»Rey de los Andes, la ardua frente inclina,  
»Que pasa el vencedor...»

¡Falso! Nos parece *una indignidad* hacer inclinar la frente á los Andes, ese estupendo monumento de la grandeza de la América, á los pies de D. Juan José Flores. Reconocemos la osadía de la expresión, que bien pudiera competir con la afamada de Rioja «ante quien muda se postró la tierra;» pero todos convendrán en que no está justificada por la importancia del individuo á quien se ha querido rendir ese homenaje. En la recompensa misma que recibió Olmedo por su *tributo de adulación*, sufrió el *merecido castigo* de haber quemado incienso á un mandón á cuya caída debía cooperar poderosamente más tarde.» *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, pág. 34.

El Sr. Torres Caicedo, aludiendo á la *Oda* de que se trata (*Ensayos biográficos*, t. I, pág. 142), dice: «Desgraciadamente este canto se compuso en circunstancias bien diferentes de las que existían cuando el poeta recibió la inspiración de su primero é inmortal poema... se hizo para ensalzar el triunfo de un partido sobre otro; para eternizar la memoria de una batalla entre hermanos... El héroe de Miñarica era un hombre á quien se acusaba de querer eternizarse en el poder y someter el querer de todo un pueblo á su propio querer... Da pena ver que Olmedo hubiera *consagrado su inspiración á inmortalizar una lucha intestina, una guerra fratricida*. Y, sin embargo, había una voz que le gritaba al poeta: «¡No cantes!» Y el poeta, que nos confiesa haber oído esa voz sonora y grave, voz de la sabiduría y del patriotismo, *no quiso oirla y cantó.*»

estar de hombres y pueblos, y contribuye á elevar el nivel moral de unos y otros, cuando se apoya en bondad y en justicia sin traspasar el límite del derecho ajeno; pero cuando no es así, lejos de contribuir al bien, se trueca en poderoso elemento de perturbación y escándalo. Desgraciadamente la experiencia ha demostrado en Europa, en América, en todas partes, que no hay mayores enemigos de la libertad razonable y fecunda que aquellos de sus adeptos que más la invocan procurando monopolizar su culto.

Sea por ofuscación ó por ignorancia, sea porque se valen de ella para encubrir á los ojos de la multitud irreflexiva miras ambiciosas ó intereses personales, los revolucionarios son siempre los que dificultan, embarazan ó imposibilitan el triunfo y consolidación de la libertad verdadera. En pueblos amaestrados por la experiencia de largos siglos de vida independiente y de regular organización, el espantoso desorden que entronizan con sus exageraciones y desvaríos esos mentidos apóstoles de la libertad, rara vez es duradero. Pero en naciones apenas constituídas; en pueblos de temperamento inflamable, donde la generalidad no está bastante ilustrada ni tiene la suficiente experiencia en materias políticas, y que, amén de ello, se rigen por instituciones democráticas que llevan consigo la inestabilidad en la magistratura suprema del Estado y la falta de fuerza legal coercitiva en la autoridad encargada de gobernar y administrar la república, semejantes desvaríos adquieren, por decirlo así, carta de naturaleza.

Esto explica la constante anarquía en que han vivido, con rarísimas excepciones, casi todas nuestras antiguas colonias de América desde su emancipación de la Metrópoli. Esto la deplorable influencia que han ejercido ciertas ideas, mal tenidas por avanzadas y de progreso, hasta en algunos hispano-americanos que por su elevado entendimiento, por su vasta ilustración, por su conocimiento del mundo y de los hombres parecían llamados á no dejarse arrastrar en la corriente de utópicas libertades, ni á cerrar oídos á las lecciones de la experiencia, tan costosas en el hemisferio occidental desde hace más de medio siglo.

El virus deletéreo que entrañan ciertas opiniones revolucionarias es tan eficaz y corrosivo, puede tanto la soberbia que las engendra ó mantiene, es tan invasor y odioso su exclusivismo, que difícilmente se libran de rendir alguna vez tributo á su fatal intolerancia los que se inclinan á ellas, aunque no las aprueben ni las adopten por completo. De aquí la soberana injusticia con que varios críticos, dignos

por otra parte de consideración y aun de aplauso, censuran á Olmedo por haber compuesto su oda *Al General Flores, vencedor en Miñarica*, y el tono despreciativo con que hablan del triunfador en aquella función de guerra.

No quiero suponer que los que censuran á Olmedo por haber celebrado en admirable poesía las hazañas del General Flores, representante de ideas conservadoras, le habrían ahorrado tal censura si aquel ilustre caudillo hubiese luchado por defender la causa de impacientes é insaciables demagogos. Los honrosos antecedentes de tan apreciables escritores los ponen á cubierto de tal sospecha. Mas si ellos no; visto el cúmulo de iniquidades que amargaron la existencia de Bolívar y precipitaron su fin, á pesar de sus eminentes servicios y de haber sido aclamado por tantos años como *padre de la patria*, como *redentor de un mundo*, como *primer campeón de la libertad americana*, no habría faltado allí quien se hubiera deshecho en aplausos al vate del Guayas por su patriótica inspiración, si en vez de cantar al General Flores hubiese encomiado las proezas ó la fortuna de algún tiranuelo de baja estofa encumbrado al mando á título de ultraliberal, para mengua, infelicidad é ignominia de la América del Sur.

El hecho de cantar las glorias del *vencedor en Miñarica* no es, pues, desdoroso para el carácter de Olmedo, ni debe estimarse como *tributo de adulación merecedor de castigo*. El mismo Torres Caicedo, que también lo censura, aunque con menos acritud que los críticos chilenos, rinde homenaje á la justicia añadiendo á sus reproches esta observación: «Cuando Olmedo sostenía al General Flores, la mayoría lo sostenía también; el poeta pudo errar, pero *creía de buena fe* que ese General era *el solo* que en aquellas circunstancias podía dar paz al Ecuador y hacer adelantar á la Nación» (1). Dadas tales premisas, ¿tenía el poeta obligación de ser adivino, aun suponiendo que posteriormente hubiera sido tirano el General Flores? De quién era éste, y de lo que por entonces valía y significaba, da exacta idea testigo de mayor excepción: el Libertador Simón Bolívar, en carta que le dirigió al tener conocimiento del alevoso asesinato del Mariscal Sucre. Dice así:

«Esta noticia me ha causado tal sensación que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que *es imposi-*

(1) *Ensayos biográficos*, t. I, pág. 143.

*ble vivir* en un país donde se asesina cruel y bárbaramente á los más ilustres Generales, cuyo mérito ha producido la libertad de la América. Observe V. que nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes en los cadalsos, ó de muerte natural; y los fieles y los heroicos son sacrificados á la venganza de los demagogos. ¿Qué será de V., qué será de Montilla y de Urdaneta mismo? Yo temo por todos los beneméritos capaces de redimir la Patria. El immaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos. Yo no sé qué causa haya dado este General para que atentasen contra su vida, cuando ha sido más liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar á la Patria de un sucesor mío, y dejar á V. en el Sur, solo en la arena, para que todos los golpes y todos los conatos se dirijan únicamente contra V.—Destruído que V. sea, conquistarán el País con los Pastusos y Patianos, y los infernales serán los conquistadores de ese buen País, que tanto amo» (1).

Estas palabras del Libertador dirigidas al General Flores pocos meses antes de sucumbir al peso de abominables traiciones é ingratitudes en las playas de Santa Marta, bajo el techo hospitalario de un amigo (2), me excusan de esforzar el argumento.

La muerte de Bolívar, acaecida el 17 de diciembre de 1830, undécimo aniversario de la memorable sesión del Congreso de Angosturas en que se dió por constituida la gran República de Colombia, apresuró su ya intentada disolución. La obra gloriosa realizada en virtud de tantos patrióticos esfuerzos, se deshizo, como sal en agua, merced á las odiosas maquinaciones é intrigas de unos cuantos ambiciosos sin patriotismo y sin conciencia, que para lograr su objeto habían empezado por ofender con torpes calumnias, fingiéndose únicos amigos sinceros de la libertad, á los leales y generosos patriotas que de veras la amaban y defendían. La disolución de Colom-

(1) *La Vida de Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, Padre y Fundador de Bolivia. Escrita cuidadosamente, con presencia de documentos auténticos y muchos inéditos, de grande interés, por FELIPE LARRAZÁBAL* (New York, 1866): t. II, páginas 549 y 550.

(2) Recuerdo haber leído, pero no dónde (aunque sí en escrito de autor hispanoamericano), que D. Joaquín de Mier, dueño de la quinta de San Pedro Alejandrino, situada como á una legua de Santa Marta, donde fué acogido y falleció Bolívar, era súbdito español.

bia, que inspiró á la patriótica musa de Bello acentos tan doloridos, dió margen á que naciesen de los despojos de aquel gran Estado tres distintas Repúblicas. En tamaño desastre cupo en suerte al General Flores contribuir más que otro alguno á crear la del Ecuador, donde se había mecido su cuna.

El hombre á quien Bolívar contaba entre los beneméritos *capaces de redimir la Patria*, no habiendo podido evitar el fracaso de Colombia, procuró á lo menos salvar á su país nativo de los horrores de la anarquía, aplicando sus altas dotes (1) á la ardua empresa de fundar un Estado que aún subsiste como nación independiente, á pesar de la interminable serie de revoluciones y reacciones que desde aquella época se han sucedido en él, de igual suerte que en muchos otros de la América española. Quien abrigó y supo realizar tal intento, sin esquivar para conseguirlo peligros ni sinsabores, ¿no merecía ser cantado por la musa del patriotismo cuando, venciendo imposibles á fuerza de valor y de genio, acababa de conseguir un gran triunfo sobre los implacables enemigos del reposo público y de la consolidación del orden, y de mostrarse con ellos magnánimo y generoso? (2)

---

(1) Siendo yo todavía muy joven tuve el gusto de conocer y tratar al General Flores, que vino á Madrid hacia 1846, si no me es infiel la memoria. Favorecido con su amistad, honra que me dispensó, no obstante mis pocos años (tal vez prendado de mi fervoroso amor á las buenas letras), tuve entonces ocasión de apreciar por mí mismo la distinción de su porte, su claro talento y no común ilustración, y sobre todo la bondad y dulzura de su carácter. Nada más opuesto á la índole propia de un *tirano* que aquel ilustre caudillo, amantísimo de su patria y ansioso de glorificarla sacándola de las garras de la anarquía, buitre que incesantemente devoraba sus entrañas. Si alguna vez se equivocó Flores en los medios que trató de poner en juego para lograrlo, cúlpele, no á su buena voluntad, sino á la flaqueza humana, de que no se libran ni aun los hombres de más superior aliento. En cambio prestó al Ecuador, con actividad incansable, servicios muy eminentes, hasta en edad avanzada, y estuvo pronto siempre á corresponder al llamamiento de sus compatriotas, como lo prueba la extraordinaria prontitud y el vigor, impropio de su ancianidad, con que en 1860 reorganizó el ejército, batió en Babahoyo al General Guillermo Franco, jefe del partido ultrademocrático posesionado del poder, y libertó á su patria por algún tiempo de la desastrosa dominación de los demagogos, únicos verdaderos tiranos en las Repúblicas de la América Española.

(2) Así lo expresa Olmedo en su poesía cuando dice:

«Á los unos aterra su presencia;  
Otros, piedad clamando, se rindieron;  
Y á los que, fuertes para huir, huyeron,  
Los alcanzó en su fuga la clemencia.»

Desde esta época no volvemos á saber directamente de Olmedo hasta que da cuenta de su persona en los siguientes renglones dirigidos al sabio venezolano:

«GUAYAQUIL, enero 10 de 1840.

»Mi querido Compadre y más querido Amigo.

»Nos escribimos tan pocas veces, que nadie creerá que nos queremos tanto. Me parece que ahora años empecé otra carta con la misma introducción; pero supuesto que es una verdad, y que además contiene un sentimiento de cariño, nada se pierde en repetirla.

»Entre otras causas de mi silencio, no es la menos eficaz esta borrasca perpetua en que estamos viviendo, de manera que no hay ni tiempo, ni ánimo, ni conciencia, ni humor para entregarse á *these sweet unbosomies* de los amores y de las amistades. Á mí no me ha ido mal poniendo en práctica aquel célebre símbolo de Pitágoras—cuando soplan los vientos con violencia, adora los ecos.

»Lo diré en griego para mayor claridad:

Ἄνέμων πνεόντων ἡ ἡχώ προσκύνει.

*Du grec! o ciel! du grec!...*

*Du grec, quelle douceur!*

»Entre los varios comentarios de este símbolo, prefiero aquel que dice que aquí los vientos designan las revoluciones, las sediciones, las guerras; y que el eco es el emblema de los lugares desiertos; y que Pitágoras ha querido exhortar á sus discípulos á dejar las ciudades donde se levantasen guerras y turbaciones civiles, y hundirse en las soledades.

»¡Vaya, que no tiene V. motivo para quejarse de falta de erudición en esta epístola!

»Tanto prólogo era indispensable en esta ocasión para presentar á V. con algún aparato á mi amigo el General Pallarez, que va á Chile de encargado de negocios por el Ecuador. Él desea conocer á V. y ser su amigo; y V. tendrá la complacencia de conocer y tratar un gallego de aquellos *que vale por mil, cuando llega á despuntar*. Yo también tengo el interés de que V. y él conozcan cuáles son los que yo llamo mis verdaderos amigos.

»No sé si le será á V. fácil hallar y remitir un *Mercurio de Chile* de marzo de 1829. También algún libro nuevo y curioso: todavía no tengo el quinto tomo de las obras de Martínez de la Rosa.

»Después de saludar al amigo Egaña muy afectuosamente, dígale

usted que se ha olvidado de la promesa de remitirme la colección de las obras de su padre, y que yo le conocí en Londres más hombre de bien y más amigo.

»Á mi amada Comadre, afectuosísimas memorias, y á todos mis ahijados y sobrinos, especialmente á mi Andrés.

»Y adiós, su apasionado y cordial amigo—J. J. OLMEDO» (1).

Dos años después, en 1842, tuvo el poeta la desgracia de perder á su querida hermana. El *soneto* que compuso con tal motivo manifiesta palpablemente el deplorable influjo que ejercen en las creencias religiosas ciertos principios políticos á que Olmedo consagraba en aquellos días mayor devoción que otras veces, entibiado ya su entusiasmo por Bolívar y por Flores. Más que desahogo del dolor, el soneto á que me refiero es como indignado grito de un espíritu rebelde á los designios de la Providencia. Por aquel mismo tiempo escribió á Bello esta carta:

«SANTA ELENA, mayo 24 de 1842.

»Mi querido Compadre y más querido Amigo Andrés.

»En este punto de la costa, que bien merece su ominoso nombre, he venido á convalecer de una enfermedad inconvalecible; pues tiene su principio en mi constitución física, que sólo podrá variar con la disolución. Mi estitiquez es imponderable: y cuando me olvido del clister, ó de los purgantes, me estoy largos días como cuerpo glorioso. Bajo ningún cielo, sobre ningún suelo, en ningún clima he experimentado variación... *Post equitem sedebat atra cura*.

»En este momento me han dicho que ha llegado á este puerto, distante de esta población cerca de una legua, un buque, á tomar un poco de carga, que está ya preparada; aprovecho, pues, estos instantes para saludar á V., á mi estimada Comadre y á toda la familia, y á mi Andrés.

»No se olvide V. tanto de mí... esto es, de escribirme, pues por lo que hace á otra cosa vivo muy persuadido de que estoy siempre en su memoria y en su corazón, como V. en el mío.

»En mi anterior le pedí á V. unos libritos y no parecen. Pedí al amigo Egaña las obras de su padre, excepto *El Chileno*, que poseo, y no parecen; pero de este buen Egaña ni libros ni memorias.

»No me dan tiempo para más. Adiós, pues, mi muy querido y muy pensado amigo Andrés. Adiós.—J. JOAQUÍN OLMEDO.

»El ejemplar del *Derecho Público* que V. me mandó me lo quita-

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 292 y 293.

ron; otro que adquirí casualmente tuve que regalarlo; aquí no encuentro cómo reponerlo» (1).

Á juzgar por la marcha y resultado de los acontecimientos, la *estitiguez* de que habla Olmedo en el primer párrafo de esta epístola no le impidió tomar parte en los sucesos políticos posteriores á esa fecha. Aunque todas sus cartas confidenciales atestiguan el constante amor que profesaba al estudio y su natural predilección por las letras, en sus últimos años debieron parecerle menos enojosos que antes los varios y agitados accidentes de la vida pública. En ningún tiempo ni en parte ninguna se ha dado el caso de elevar á los primeros puestos de una nación, disputadísimos siempre, á quien de un modo ó de otro no haya hecho algo para conseguirlo. Y si esto sucede en todo el mundo, aun tratándose de cargos menos codiciados que los de miembros del Gobierno supremo de una república, ¿no argüiría candidez inconcebible presumir que esta regla iba á fallar en país tan revuelto y de tan enconadas ambiciones como el Ecuador, por rendir excepcional homenaje al mérito de un poeta insigne poco amigo de figurar en política?

La circunstancia de haber Olmedo formado parte de todas las Asambleas legislativas desde la desmembración de Colombia y creación de aquella nueva República; la de haber sido su primer Vicepresidente (cargo importantísimo que trocó por el no menos importante, y más conveniente para él, de Prefecto del departamento del Guayas); y sobre todo, el hecho de habersele nombrado en 1845, después de la revolución de marzo, miembro del Gobierno *provisorio* (2) de Guayaquil, demuestran, por un lado, que, efectivamente, con los años se desarrolló en nuestro poeta la afición á intervenir en las luchas políticas; y por otro, me inducen á sospechar que Olmedo no debió ser extraño á la conjuración tramada por los liberales y dirigida por el expresidente Rocafuerte para derribar del poder y arrojar del suelo patrio al General Flores, á quien diez años antes había dicho en hermosos versos:

«... Por tí recobran  
Su paz los pueblos y su prez las artes;  
La alma Temis su santo ministerio;

(1) *Ibid.*, págs. 293 y 294.

(2) Convendría ver desterrado del lenguaje común, y sobre todo de los documentos públicos de la América española, este intolerable galicismo. ¿Por qué no decir *provisional*, que es lo castizo y corriente?

Su antiguo honor los patrios estandartes,  
La Ley su cetro, *Libertad* su imperio» (1).

«Olmedo (escribe el ilustre colombiano D. Miguel Antonio Caro) mudó de patria *y de opiniones*, arrastrado por la corriente revolucionaria, que erigió las colonias en pueblos independientes, y ocasionó agregaciones y segregaciones sucesivas de provincias y naciones. Comparable á un árbol que, sin mudar de asiento las raíces, cambia de posición cuando el nuevo cauce y curso vario de algún río trueca y altera las demarcaciones antiguas, Olmedo, apegado siempre al terreno nativo del Guayas, fué sucesivamente español-americano, peruano, colombiano, ecuatoriano. Peregrinas metamorfosis» (2). Extremoso en todo, el que había empezado monárquico, amante fervoroso de España y enorgullecido de ser su hijo, acabó por ultraamericano, y por consiguiente ultraliberal en opiniones políticas, trocándose desde luego en *execrador frenético del nombre español* (3). En ello influyeron sin duda mucho las circunstancias; pero acaso influyesen también, tanto ó más que éstas, la natural movilidad y vehemencia de su espíritu y la acritud de los males que le agobiaron en el último período de la existencia, negándole las dulzuras de halagüeño reposo y sellándolo con el triste sello de prematura vejez. Dedúcese esto último de una carta dirigida á Bello por su hijo D. Carlos, en 22 de abril de 1846. Dice así:

«En Paita, único puerto en que tocó el vapor, y por dos horas, tuve el gusto de conocer al Sr. Olmedo. *Está muy anciano*, y tiene un aire y unas maneras que demuestran una excesiva cortedad, que al leer el *Canto á Bolívar* no era de presumirse en su autor. Me habló con sumo afecto de V.; y me dijo que había pocos días que le escribió. Está para regresar á Guayaquil» (4).

Pero donde se pone más de bulto la perturbación é interna lucha que los desengaños, el dolor y las enfermedades causaron en el

(1) Son estos versos de la composición titulada: *Al General Flores, vencedor en Miñarica*.—Los que en 1845 ayudaron á Rocafuerte á derribar el Gobierno conservador del General Flores, Presidente legal de la República, tardaron poco en ver burladas sus esperanzas y recibir el merecido castigo. La herencia de aquel movimiento revolucionario no fué para el que lo inició con ánimo de recogerla, ni para los liberales que lo efectuaron; sino para los demagogos, que elevaron á la presidencia al mulato Vicente Roca.

(2) *Repertorio colombiano*: t. III, pág. 141.

(3) Frase de D. Miguel Antonio Caro.

(4) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 289.

espíritu de Olmedo, abatiéndolo y agriándolo, es en la carta que escribió diez y siete días antes de morir á su nunca olvidado amigo Andrés Bello. No tengo noticia de ninguna otra posterior; y tanto por ser la última suya que conocemos, cuanto por la desdichada índole de lo más sustancial y grave de su contenido, merece particular atención. Héla aquí:

«GUAYAQUIL, enero 31 de 1847.

»Mi muy querido Compadre y más querido Amigo.

»Después de una larga peregrinación, he vuelto del Perú, á donde fuí á buscar salud, y no la encontré.

»Escribí á V. de Paita, y después de Lima, buscando la satisfacción de ver letras de V., y no la encontré.

»Pedí la *Gramática Latina* de Bello, y otros opúsculos del padre y del hijo, y todavía los deseo.

»Con el Ministro del Ecuador Sr. Millán (amigo mío particular, y á quien recomiendo mucho) va en clase de adjunto mi sobrino Juan Icaza, joven apreciable, de muy buena conducta, y que ha hecho gran parte de sus estudios en París. Él tiene inclinación á esa carrera, y empieza con el mejor agüero, pues, deseando aprovechar, y necesitando luces y consejos, fácilmente todo lo encontrará en V., y ahí se lo entrego. Igualmente recomiendo al ministro principal, y espero que hallará en V. todas las facilidades que necesita para llenar el laudable objeto que le lleva. De la maldita y fantástica expedición de Flores, ya no hay que hablar. Si se realiza (que lo dudo), me parece que la mayor parte de nuestra libertad y de nuestra gloria está reservada para Chile.

»Si en las copiosas librerías de Chile se encuentra la *Divina Epopeya de Soumet*, muy mucho agradeceré á V. que me la mande. Empezaba á leerla en Lima, cuando me vine, y el dueño de ese único ejemplar me lo quitó al salir. Le aseguro á V. que me ha llenado, mejor diré, rebosado el argumento de ese poema. ¿Qué es el incendio de Troya y la ruina de un imperio; qué es la fundación de otro venciendo pequeñas hordas de salvajes; qué es la conquista de un sepulcro vacío, y la fundación de un reino pequeño y efímero?... ¿Qué es todo esto en comparación de la libertad de los infiernos, y la redención de los ángeles precitos? Yo no sé si en otros hará esta idea tanta impresión como en mí. Puede ser que no; porque en mí ha llovido sobre mojado... Hace muchos años que, con mucha frecuencia, me asalta el pensamiento de que (aquí entre nosotros) es incompleta, imperfecta la redención del género humano, y poco dig-

na de un Dios infinitamente misericordioso. Nos libertó del pecado, pero no de la muerte. Nos redimió del pecado, y nos dejó todos los males que son efecto del pecado. Lo mismo hace cualquier libertador vulgar; por ejemplo, Bolívar: nos libró del yugo español, y nos dejó todos los desastres de las revoluciones.

»No hay más tiempo que para saludar á mi Comadre y á toda la familia, haciendo una expresión particular á mi Andrés.

»Y adiós, mi querido amigo. Su—J. J. OLMEDO.

»Se disipó la expedición de Flores. El Gobierno inglés mandó embargar los dos grandes vapores, y el gran transporte, cuando iban á salir. Hasta el carbón que traían quedaba ya vendido públicamente» (1).

En ninguno de los escritos de Olmedo se deja ver con tanta claridad como en los precedentes renglones qué horribles estragos causa la duda en almas no fortalecidas por creencias religiosas sólidamente arraigadas. Formado en el estudio y en los ejemplos de una escuela literaria engendrada más ó menos directamente por el enciclopedismo francés del siglo anterior; nutrido desde temprana juventud con el regalado manjar de los clásicos griegos y latinos; enamorado del pagano espíritu que los informa; tocado un tanto del volterianismo que en aquella época prevalecía entre muchos de los aficionados ó dedicados al cultivo de la literatura; espectador de guerras sangrientas é interminables; actor durante la mayor parte de su vida en luchas civiles provocadas, mantenidas y atizadas por ideas ó intereses esencialmente revolucionarios, aquel carácter bondadoso, aquel corazón apasionado y sensible, aquel hombre favorecido por la naturaleza con tan gran calor de alma, no pensó tanto como debiera en fortalecer la suya con el bálsamo de la fe, ni en enriquecerla con la fecundísima savia del sentimiento cristiano, ni en hacerla brillar más con los resplandores de la única luz que no se extingue.

¿Cómo no había de ser injusto á última hora con los mismos eminentes patricios á quienes prodigó en otro tiempo altos encomios? ¿Cómo no había de inculpar con cierto aire de menosprecio al ya difunto Libertador, mártir de su patriotismo, porque antes de morir no había hecho el milagro de que todos sus compatriotas tuviesen la sensatez y abnegación necesarias para no desgarrarse mutuamente en desdoro de su nombre y en menoscabo del bien de la pa-

(1) AMUNÁTEGUI: *Vida de D. Andrés Bello*, págs. 289, 290 y 291.

tria, quien, tal vez amargado y extraviado á consecuencia de largos padecimientos, osaba pensar que *es imperfecta la redención del género humano, y poco digna de un Dios infinitamente misericordioso?* Compadezcamos tal desdicha, la mayor posible en quien se acercaba á la muerte, y confiemos en que la misericordia infinita habrá perdonado al poeta insigne este mal pensamiento que con frecuencia le asaltaba.

Pocos días después de habérselo comunicado á Bello, el 17 de febrero de 1847 (1), á los sesenta y tres años de edad, falleció Olmedo en la ciudad de Guayaquil, donde había nacido. Enterráronle modestamente en la iglesia de San Francisco, y allí «una humilde lápida que se halla sobre su túmulo, contrasta con la gloria de tan grande hombre» (2).

Conocido lo que éste fué, réstame ahora decir algo acerca del mérito é índole de sus composiciones poéticas.

MANUEL CAÑETE.

---

(1) En esta fecha fijan la muerte del vate del Guayas Torres Caicedo y los hermanos Amunáteguis. Gallegos Naranjo dice que falleció, no el 17, sino el 19 de febrero.

(2) Con estas palabras termina Gallegos Naranjo sus ligerísimos apuntes biográficos del poeta.

---

---

# IMPRESIONES DE VIAJE

---

## UNA EXCURSIÓN Á UPSALA.

### I.

Corría el año de 1878 y era en el mes de agosto, cuando la naturaleza, tan imponente y majestuosa en las regiones del Norte, se viste en Suecia de todas sus galas, y cuando aquel País, abrumado por largos y rigurosos inviernos, ofrece el más risueño aspecto y la temperatura más agradable.

Celebrábase en Stockholmo el segundo *Congreso penitenciario internacional*, y algunos individuos del mismo, en cuyo número se contaba el que suscribe, galantemente invitados por el Conde de Hamilton, Gobernador de la provincia de Uppland, se reunían bajo su amable dirección y tomaban el ferrocarril para trasladarse á Upsala y pasar el día en aquella célebre ciudad universitaria.

La compañía no podía ser más grata, compuesta de personas tan instruídas como corteses, ni el viaje de ida pudo ser más divertido para los expedicionarios. Stockholmo dista poco de Upsala; se tarda breve tiempo en recorrer el trayecto, y á nosotros se nos hizo más breve todavía, invirtiéndole en contemplar el magnífico paisaje que se desarrollaba ante nuestros ojos y escuchar los interesantes informes que nos daba nuestro ilustre *cicerone* sobre cuantos objetos encontrábamos al paso.

En las inmediaciones de la capital se extienden vastos parques, en medio de los cuales se levantan bellas casas de campo, tales como el castillo de Carlberg, destinado á escuela militar, el de Ulriksdal, situado cerca de la primera estación, el sitio de recreo de Rosersberg y la finca de Lindholmen, donde nació el célebre Gustavo Wasa.

El terreno presenta todos los caracteres de la baja Suecia, y con-

siste, ya en colinas de escasa elevación, coronadas de abetos y abedules y sembradas aquí y allí de peñascos erráticos, entre los cuales ha hecho el hombre industrioso penetrar el arado, ya en llanuras bien cultivadas y campos cubiertos de doradas mieses, alternando con verdes praderas donde pastan numerosos rebaños de vacas. En último término, el horizonte está limitado por una cordillera de montañas, en cuyas cimas se distinguen rústicas aldeas de casas rojizas y pintorescos molinos de viento.

El esmero del cultivo demuestra que la población rural secunda perfectamente los esfuerzos que, tanto el Estado como la Academia Real de Agricultura y las Sociedades Económicas de Suecia, hacen por el progreso agrícola. Ese ramo de la industria es allí, en efecto, objeto de los más solícitos cuidados.

La ciencia agronómica se enseña teórica y prácticamente en dos escuelas superiores, la de Ultuna cerca de Upsala, y la de Alnarp junto á Lund, y en otros veintisiete establecimientos del mismo género, al frente de los cuales figuran ingenieros, químicos y profesores que van á dar conferencias á las diversas localidades, y asisten con sus consejos á las autoridades municipales y á los particulares. El número de alumnos de todas estas escuelas varía entre 500 y 600, de los cuales 40 á 50, pertenecientes á familias pobres, son admitidos sin retribución alguna. Hay además vaquerías, apriscos-modelos y lecherías, donde se enseña también gratuitamente á preparar la manteca, y á ellos se debe sin duda el desarrollo que ha adquirido en Suecia tan importante manufactura, permitiendo á los fabricantes del País exportar aquel artículo y competir ventajosamente con el extranjero.

## II.

Entretenidos en estas observaciones, divisamos la catedral y el castillo de Upsala y llegamos á la estación, dirigiéndonos desde allí, sin detenernos más que para tomar un corto refrigerio, á la inmediata de Gamla-Upsala (Viejo Upsala), pequeña aldea edificada al pie de tres colinas de formas redondeadas, que se levantan una tras otra en línea recta, y que ofrecían motivo legítimo á nuestra curiosidad de viajeros.

No son, en efecto, estas colinas, llamadas *Kungshögar* ó tierras reales, obra exclusiva de la naturaleza; se reconoce fácilmente que en su formación ha intervenido la mano del hombre, y se sospecha,

por analogía, que estuvieron en otro tiempo destinadas á servir de tumbas á los Reyes ó á los grandes guerreros cuya memoria se quería honrar erigiéndoles monumentos dignos de sus hazañas. Confirman esta suposición las exploraciones en ellas practicadas, pues se han encontrado en su interior urnas con restos de huesos humanos, armas y otros objetos correspondientes á una época remotísima, y que entonces se acostumbraba á enterrar con los muertos á quienes en vida habían pertenecido.

La tradición, sin embargo, pretende ver en tales eminencias vestigios de la mitología de los antiguos pueblos escandinavos, y las considera como tumbas de dioses. Sabido es que en aquellos pueblos *Odin* era el dios soberano, el Júpiter que recibía en la *Walhalla* á los buenos y sobre todo á los héroes; *Thor* el dios de la guerra, y *Frey* el dios de la paz, al cual acompañaba siempre *Freya*, la diosa de los amores. Conforme á esta trilogía, se ha atribuído una de las *Kungshögar* á *Odin*, otra á *Thor* y otra á *Frey*.

Nosotros subimos sucesivamente á las tres, y al llegar á la tercera, el Conde Hamilton nos dirigió las siguientes palabras:

«Os detengo aquí, señores, en la cima de esta colina, consagrada por la tradición popular al dios de la paz, porque es el lugar más á propósito para daros la bienvenida y saludaros á todos vosotros, que habéis venido, de los más próximos como de los más lejanos países, con un fin pacífico y humanitario, con el fin de contribuir con vuestras luces al progreso moral, introduciendo, en cuanto sea justo y posible, la corrección y la clemencia allí donde hasta ahora no han reinado más que la venganza y la crueldad.»

Hizo después el orador una rápida reseña de las principales fases de la época prehistórica de los pueblos del Norte, y continuó de este modo:

«Antiguamente los habitantes de la Suecia tenían la costumbre de reunirse aquí mismo para celebrar sus fiestas religiosas. Aquí acudían una vez al año de todas las comarcas vecinas á hacer sacrificios en honor de sus dioses, para implorar de ellos buenas cosechas y victorias guerreras. Las carnes de los animales degollados se servían después á la mesa; los banquetes eran abundantes, y los comensales libaban copiosamente, en cuernos ahuecados, el *mjöd* ó hidromiel, bebida favorita de los antiguos Escandinavos. La tradición refiere que uno de sus primeros Reyes, *Fjolner*, murió ahogado en una cuba de *mjöd*, lo cual prueba que este líquido se preparaba en cantidades considerables.

»Pues bien, señores; á ejemplo de nuestros antepasados, apuremos sobre la tumba de Frey, el dios de la paz, este cuerno lleno de *mjöd*, y hagamos votos sinceros por el bienestar y la fraternidad de todos los pueblos.»

El discurso del Conde Hamilton fué acogido con grandes aplausos, y el antiguo vaso de hidromiel circuló repetidas veces entre los circunstantes. Era un objeto verdaderamente histórico, un cuerno con abrazaderas de plata y soportes del mismo metal, figurando patas de ave de rapiña, regalado á Gamla-Upsala por el Rey Carlos XIV de Suecia.

Terminadas las libaciones, en las cuales no faltaron brindis entusiastas por la salud del Monarca reinante Oscar II y la prosperidad de su pueblo, hicimos una visita á la iglesia de la aldea, emplazada en un bosquecillo de árboles al pie de la meseta tumular de Odin. Esta iglesia, inaugurada en el siglo XII, está construída sobre los restos de un antiguo templo de los Ases, contemporáneo de los que elevaron los *Kungshögar*. El interior es imponente en medio de su sencillez y contiene un monumento á la memoria de Andrés Celsius, algunos viejos retablos y muebles de la época que precedió á la Reforma, y varias piedras antiguas con inscripciones grabadas en caracteres rúnicos.

Junto á la iglesia, y al Norte del túmulo de Odin, hay otra meseta, el *Tingsögen*, desde la cual, en los tiempos antiguos, arengaban los Reyes de Suecia al pueblo, congregado en Asamblea (*Alshär jarting*), y donde tuvo Gustavo Wasa una reunión con los patriotas de Uppland.

Desde allí nos dirigimos á la escuela de primeras letras, cuyo local, vasto y bien alumbrado, reúne todas las condiciones higiénicas. Las cartas geográficas que pendían de los muros, las mesas y los bancos, los manuales de texto y los libros de lectura nos causaron una impresión agradable, confirmándonos en la idea ventajosa que ya teníamos del estado de la instrucción primaria en Suecia.

Por fin llegó el tren de Gefle y de Dannemora, y dimos la vuelta á Upsala, asistiendo, durante el trayecto, á una instructiva explicación del profesor Hagströmer, sobre las minas de Dannemora, las mejores y más antiguas de la Suecia, y sobre el desarrollo considerable que han tenido en aquel País los ferrocarriles y los demás medios de comunicación.

## III.

Ya en Upsala, y siempre guiados por el Conde Hamilton, visitamos los más notables establecimientos públicos: la Biblioteca, en la cual se nos enseñó el famoso *Codex argenteus*; la Catedral, que es la más antigua y la más bella de Suecia, donde contemplamos el mausoleo de Gustavo Wasa, ornado de frescos que representan escenas de la vida de este gran Príncipe, así como las tumbas de Oxenstierna, de Tycho-Brahe y de Linneo; el viejo castillo, situado en una eminencia desde la cual se goza de una extensa vista de la ciudad y sus cercanías; el Museo y el Jardín Botánico, donde, además de la bella disposición del parterre y de los árboles plantados por Linneo, tuvimos ocasión de admirar un *nenúfar* de flores rojas, que acababa de abrirse, y cuya planta había sido descubierta poco tiempo antes en un lago del Norte de la Scandinavia.

El profesor Fries, director del jardín, nos mostró además la *nymphæa alba* y la *nymphæa rosea*, la *calypso borealis*, la *justicia adhatoda*, el *rubus castoreus*, el *botrychium virginianum*, y entre las plantas descritas por Linneo, el *myrtus communis*, el *prunus lauro-cerasus* y el *laurus nobilis* (especie Rudeckiana).

Algunos de nosotros hicimos también una peregrinación á la casa que habitaba en vida el *Príncipe de los botánicos*, el amigo de Alberto de Hállér, y allí tuvimos la primera noticia del poema que sobre Linneo ha compuesto el doctor Herman Sætherberg y premiado la Academia Real de Suecia. Este poema, que lleva por título *Blomster konungen, Bilder ur Linnés Lif* (El Rey de las flores, Episodios de la vida de Linneo), ha sido ricamente ilustrado con dibujos, debidos al lápiz de un artista eminente, y los grabados, así como la tipografía, honran á los Sres. P. A. Norstedt é hijos, editores de la obra, y á la Imprenta Real, donde ha sido impresa.

Después de estas visitas y de un paseo por las magníficas alamedas de Carolina-park, nos trasladamos á las Casas Consistoriales (*Stadshotellet*), donde se nos sirvió un opíparo banquete, á cuyos postres, y bajo la impresión de todo lo que habíamos visto y todo lo que nos había encantado, se repitieron, con más entusiasmo si cabe, los brindis de Gamla-Upsala, esta vez inspirados, no ya por el *mjöd*, sino por el champagne hirviente y espumoso.

Terminado el banquete, el Conde Hamilton nos condujo al jar-

dín público de Flüstret (*Ström parterrem*), donde lo más selecto de la población se había dado cita para recibirnos y obsequiarnos. Hallábanse allí todos ó casi todos los catedráticos de la Universidad y un grupo de estudiantes, al frente de los cuales se veía al joven Knut Wicksell, *candidatus philosophiæ*, ó sea aspirante al doctorado en filosofía.

Porque es de advertir que los estudiantes de la Universidad de Upsala están agrupados, según las provincias de que proceden, en sociedades, llamadas *naciones*, cada una de las cuales tiene su local de reunión, su biblioteca y su coro á cuatro voces. Reina entre ellos, al par que una emulación saludable, una unión cimentada en los sentimientos de la amistad y del patriotismo; distingúense los socios por un signo exterior común, que es la gorra blanca, adornada con la escarapela nacional, de color azul y oro, y todas las sociedades juntas constituyen la corporación escolar y eligen para presidirla y representarla ante los profesores y el público al estudiante que consideran más digno de ese honor. Su presidente (*student corpsens ordförande*), en el momento de nuestra visita, era el citado joven Knut Wicksell.

La Universidad de Upsala, que se sostiene, como nuestras antiguas Universidades, con sus propios bienes y con los productos de los derechos académicos, poseía entonces una renta anual de 347.000 francos, y contaba 1.484 estudiantes (368 de teología, 142 de jurisprudencia, 180 de medicina y 194 de filosofía), á quienes aleccionaban 115 catedráticos (11 de teología, 7 de jurisprudencia, 16 de medicina y 81 de filosofía, comprendiendo esta última facultad la de ciencias exactas, físicas y naturales).

Todas estas noticias nos fueron comunicadas por nuestro sabio amigo el doctor Hagströmer, y por él supimos también curiosos pormenores sobre los *coros de estudiantes* de Upsala, de que habíamos oído hablar con elogio, y que tan brillante papel habían hecho en los festivales organizados con motivo de la *Exposición universal* celebrada en París por aquella época (agosto de 1878). Hé aquí lo que nos dijo el profesor citado:

La *Unión coral* de Upsala se compone de los cantores de las diversas sociedades de estudiantes, en número de 200 á 300. Ella ha popularizado el canto en Suecia y contribuído poderosamente á desarrollar y arraigar el amor al país natal. Ella ha dado origen á multitud de cantos patrióticos, que en su mayor parte le han dedicado los más célebres poetas y compositores nacionales, tales

como Geijer, el historiador de la Suecia; Gunnar Wenerberg, el gran poeta, que fué Ministro de Instrucción Pública; J. C. F. Häffner, el editor del salterio sueco; Ivar Hallström, autor de idilios y baladas encantadoras y amigo íntimo del difunto Príncipe Gustavo, etc., etc. Ella, desde su fundación, no sólo ha embellecido las fiestas populares, sino que ha dado numerosos conciertos á beneficio de obras filantrópicas y de utilidad pública, formando además un fondo que ascendía en el año á que nos referimos á 300.000 francos, y que está destinado á construir un gran edificio, donde los estudiantes tengan sus reuniones familiares y científicas, su sala de canto y su biblioteca, sin perjuicio de los locales que, como hemos dicho, tienen ya para reunirse las diversas sociedades provinciales en que están agrupados, y en los cuales se entregan á distracciones honestas, á ejercicios de canto y también á discusiones científicas y literarias, promovidas por las Memorias que presentan por turno los individuos de las mismas sociedades. No es, pues, extraño que los estudiantes de la Universidad de Upsala se distingan por su carácter serio, su asiduidad á las clases, su respeto filial á los catedráticos, su patriotismo, y que en su conducta particular no se encuentre ninguna huella de las costumbres universitarias de la Edad Media, tales como duelos, orgías, diversiones groseras, tumultos nocturnos, etc., que todavía preponderan en la vida escolar de las Universidades alemanas.

Todo esto excitó, como no podía menos, la admiración de los expedicionarios, y queriendo llevarse un recuerdo de los estudiantes de Upsala, invitaron á los allí presentes á que entonasen una de sus canciones corales, mientras tomaban el café y los licores que en el lindo kiosko del jardín se les tenían preparados. Prestáronse ellos de buen grado, aunque protestando de falta de elementos, por hallarse la mayoría de sus compañeros ausentes, con motivo de las vacaciones, y ejecutaron el *Canto de los Dalecarnianos*, del poeta Q. Niblæus, que dice así traducido al castellano:

Yo sé de una región del Norte helado,  
que no anima del sol el rayo ardiente,  
pero en que late el corazón valiente,  
y nada humilla al ánimo esforzado.

Riega sus campos el Silián undoso,  
y de sus altas cumbres plateadas  
bajan, formando lagos y cascadas,  
uno y otro torrente impetuoso.

Bosques sombríos! plácidos oteros!  
hogares que abrigáis á mis hermanos!  
patria de los sin par *Dalecarnianos!*  
¿quién no suspira por volver á veros?

Este canto, entonado con una afinación y un conjunto magistrales, arrebató á los oyentes, que prorrumpieron al final en una salva de aplausos. Tras él ejecutaron los coristas el himno patriótico *Vart Land*, del poeta finlandés Runeberg, y ya desde este momento los cantos se sucedieron sin interrupción, abreviando de tal modo el tiempo, que la hora de partir llegó demasiado pronto para todos nosotros.

La reunión se había convertido en una fiesta popular. Un sinnúmero de habitantes de Upsala, presentes en Flustret, quisieron acompañarnos hasta la estación, y se organizó un cortejo, á cuya cabeza iban los estudiantes, cantando sin cesar las dulces melodías del Norte, después los expedicionarios y los profesores con el rector de la Universidad, Mr. Sahlin, el burgomaestre ó alcalde de la ciudad, Mr. Een, con otras notabilidades, y después el pueblo.

La despedida fué conmovedora. Los vítores atronaban los aires; todo el mundo nos estrechaba las manos, y cuando el tren partió para conducirnos á Stockholmo, quedaba todavía en los andenes una multitud simpática que agitaba sus pañuelos y sus gorras blancas gritando: ¡Farwal! ¡farwal! ¡Adiós! adiós! ¡Que el cielo os guarde!

MARIANO CARRERAS Y GONZÁLEZ.

---

---

# CONQUISTAS

DE

## LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA

---

### *ORÁN Y MAZALQUIBIR* (1)

- § 22. Venida á España de un Embajador turco.  
§ 23. Hostilidades entre los Moros de paz y los de Tremecén.  
§ 24. Expulsión de los Judíos de Orán.  
§ 25. Salida contra la tribu de los Benarages y milagrosa salvación de la columna.

#### § 22.

El levantamiento de Portugal fué motivo de lucha empeñada entre las dos Naciones peninsulares.

Manteniéndola Felipe IV al mismo tiempo con el Francés, quien en 1643 solicitó al Turco para que acometiese á Orán ofreciéndole auxilios. Aceptó el Turco y cumplió aquél su palabra. Los Moros y más de 50 naves francesas y portuguesas cercaron por mar y tierra la posesión española.

Mandábala interinamente D. Alvaro Bazán, Marqués del Viso, hijo del de Santa Cruz, quien á imitación de sus predecesores continuaba las salidas, siendo muy venturosa la de 20 de febrero de 1642 (2), en que con 700 hombres saqueó á Caste, cautivando á 88 vecinos, distinguiéndose el hebreo Salomón Zaporta, á quien «honró mucho el Marqués, y desearon todos ver cristiano, porque era hombre que merecía serlo.»

---

(1) Véase la pág. 594 del tomo VII.

(2) «Así salió el mismo día, martes 18, con el aparato acostumbrado en semejantes jornadas, dejando el gobierno, como siempre, á mi señora la Marquesa del Viso, cuyo valor y prudencia son superiores en sumo grado: llevó 650 infantes con 156 caballos.»—Relación impresa en Madrid por Juan Sánchez.

Al ser sitiado, aunque falto de recursos, pelea el Marqués con ánimo resuelto y pide socorros á España. Escasos eran los que podía prestarle el Gobierno, exhausto de dinero y trabajado con guerras intestinas y extranjeras; pero mandó al Marqués de Villafranca saliese á la oposición con sus galeras. Eran pocas y temió el Marqués, no muy seguro en la gracia del Soberano, acabar de perderla con una derrota, y excusóse con la cortedad de la armada. No satisfecho Felipe, da la orden al Duque de Tursis, General de las de Génova, quien con solas 25 galeras acomete á las sitiadoras, las dispersa y logra levantar el sitio.

Mucho llamó la atención del mundo cristiano el que en 1649 viniese á España un Embajador turco. Presentóse al Conde de Oñate, Virrey de Nápoles, quien le dirigió al de Oropesa, que lo era de Valencia, y éste á Madrid. Detúvose en Odón, que el Rey enfermó de quartanas y no pudo recibirle, hasta que libre de ellas en agosto, fué hospedado junto á Santa Bárbara, y después en la casa de D. Rodrigo de Herrera, calle de Alcalá. Su silencio era grande; la curiosidad, excesiva; en público dió su pésame en nombre del Sultán por la muerte de la Reina y del Infante, poco antes acaecidas, y el parabién por el nuevo casamiento: de lo que habló con el Rey en la audiencia secreta, nada pudo traslucirse. Cuál dijo que quejas contra Venecia por haber atacado á Candía é incendiado la escuadra turca; cuál, que trocar la amistad de Francia por la de España, dando libertad á 12.000 cautivos que tenía; éste, que el afirmar paces, entregando á Jerusalem y los Santos Lugares; muchos, que pedir prohibiesen ambas Naciones piraterías y cautiverios. En lo que todos convinieron fué en que el Rey había estado muy grave y entero durante la audiencia, y no se había descubierto, según ceremonial: atribuyóse á temer sonara á humillación, conservando el turco puesto el turbante en su presencia, según acostumbran.

Si aquella embajada tuvo por objeto algo de lo que murmuraron los cortesanos, no lo demostró el efecto; las cosas siguieron como hasta entonces, y la guerra con Berberiscos no menos viva.

Así fué que en el siguiente año, 1650, las kabilas de Uladala y Fol, y los Alárabes de Vinaragel, Alafefe y Ulisbrahin establecieron su asiento en un zarahal, desde donde robaban y talaban los campos de los Moros sometidos.

Acudió al reparo el Marqués de Flora Dávila, y en varios encuentros le cautivó 1.000 hombres y mató más de 500, con lo que mantuvo en respeto la tierra.

## § 23.

En 11 de marzo de 1653, el Marqués de San Román, Gobernador entonces de la plaza, publicó jornada contra Moros; salió á las oraciones, y para desmentir espías y atalayas, metióse por una laguna, y andando tres leguas con agua á la rodilla, cayó de improviso sobre los aduares de Ainete Bencay: con 80 caballos acometió á un millar de Moros y cautivó 90, sin más efecto; porque el resto de la tropa, cansada de lo fatigoso del día, prefirió poner manos en los bienes de los Alarbes que en las armas para pelear con ellos. Volvió á la plaza, que hostilizaban los Benarages, y el día 19 dióles una acometida con los caballos, que los llevó por delante más de cuatro leguas, pasando á muchos á cuchillo.

Llegados los naturales con tantas quiebras, determinaron en 1655 reunirse en considerable número y mantener el cerco hasta tomar á Orán: súpolo el Gobernador y avisó al Rey; reforzáronse guarnición y bastimentos, y hasta D. Baltasar Moscoso y Sandoval, por ser anexa la Iglesia de Orán al Arzobispado de Toledo, como conquista de su predecesor el magnífico Cisneros, envió cantidad de monedas.

Sabida por los Moros la vuelta de Marco Antonio Colona, General de la Artillería con toda la provisión, desistieron del ataque. Al siguiente año, 1656, sorprendió el Marqués una caravana turca que con gran convoy pasaba de Tremecén á Argel, cautivando gente de cuenta y apoderándose de gran botín. Tuvo lugar este suceso el 25 de junio (1).

De los Moros sometidos en los campos de Orán era jefe el Exnaguí-Ben-Kalifa. El alcaide de Tremecén en 1660 les quemó los panes. El Exnaguí tomó cumplida enmienda del daño, y tanto causó en los campos de Tremecén y tanto les acosó, que no se atrevieron los de la ciudad á pasar el río, división del territorio.

Amar Agá salió con 1.100 caballos para castigarlos, y los del Exnaguí acudieron á observarle, retirándose de colina en colina según aquéllos adelantaban; pero enviando mensajes tan apremiantes á Orán, que el Marqués de Leganés, á la sazón Gobernador, creyéndoles en el mayor aprieto, sin esperar á la Infantería, púsose á la ca-

(1) Relación impresa en Sevilla por Juan Gómez de Blas en 1656.

beza de unos cuantos caballos, corrió seis leguas hasta topar al enemigo, y sin detenerse, á cuchilladas les dispersó con muerte de 150. Los del Exnaguí, dejando la pelea, como si de juro correspondiese á aquel puñado de Españoles, no se movieron de su posición sino para recoger el botín tranquilamente.

### § 24.

En el siguiente año el Virrey de Argel, empeñado en que los Moros mudéjares de Orán le pagasen el tributo de las ferias que tenían y resistiéndolo el Gobernador, cercó la plaza. Hallábase tan desprovisto de soldados y vitualla, como era de esperar de lo escaso del Tesoro público. El Marqués de los Vélez instó con urgencia por mantenimientos: á costa de grandes esfuerzos, se le mandaron algunos en 26 de julio; pero los Argelinos, sin ninguna premia, levantaron el sitio. Tan inesperado fué el suceso y tales los apuros de los Españoles, que se atribuyó á manifiesto milagro (1).

Varias veces habían intentado los Gobernadores la expulsión de los judíos. En sus capitulaciones entre el Rey D. Fernando el Católico y el de Tremecén se había convenido el reparto de los impuestos que pagasen los mercaderes, á cuyo fin, cada cual había de nombrar sus recaudadores. Á petición del último, en 30 de enero de 1512 D. Fernando previno á D. Diego Fernández de Córdova, alcaide de los Donceles y Gobernador de Orán, señalase una casa para que el Rey de Tremecén recogiese los derechos que le correspondieran.

No siendo suficiente para la recaudación y vivienda de los empleados, se extendió el permiso á otras cinco casas; y como entre los colectores del Rey de Tremecén hubiese los dos hebreos Cansino y Haben-Semeto, las escogieron en la antigua Judería, donde habitaba ya también el intérprete hebreo Rubi Zatorra. Decían que en tiempo de Carlos V se les había concedido permiso de aumentar la población judía hasta en 14 casas; fuese por esto, fuese por haber prestado servicios á los Gobernadores, tolerado su aumento, existían por entonces en Orán sobre 480 Judíos, enemigos de Moros y

---

(1) ...«Porque Dios lo quiso á súplica del venerable Cardenal Arzobispo de Toledo D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros, su conquistador y conservador.»—Así dice Soto.

no amigos de Cristianos, que vivían, como siempre, á costa de los unos y de los otros. Temibles ya por su número en plaza continuamente asediada, pensaron los Gobernadores expulsarlos. Sin embargo, les detenía el que en ocasiones prestaban grandes servicios con su espionaje, y hasta con sus personas en algunos combates, y en otras con socorros de víveres en circunstancias calamitosas. Allende de esto temían que, llegando á sospecharlo antes de la ejecución, proporcionasen la entrada á los enemigos de la plaza.

Hallábase á la sazón gobernándola D. Fernando Fajardo, Marqués de los Vélez, quien alegando el recelo con que por los Judíos vivían, que con engaños ahuyentaban á los Moros de paz abastecedores de la guarnición, que hacían desertar á los Moyataces, y sobre todo, que en una de las procesiones habían escupido á la imagen de Jesús Nazareno, por la vía reservada demandó la expulsión á S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Mariana de Austria; y abundando la Reina en su deseo, previo informe del Consejo Supremo de Estado, dió real cédula en 31 de octubre de 1668, por la que le facultaba para ello.

El domingo 31 de marzo de 1669, reforzados los puestos, á tambor batiente y banderas desplegadas, se pregonó el bando, tan secreto hasta entonces, que ni siquiera se había sospechado. Al oírlo, prorrumpen en alegres exclamaciones los Cristianos, dándose mil enhorabuenas por verse libres de aquellos enemigos encubiertos, polilla de Españoles.

Cual el caminante sobre cuya cabeza estalla el trueno y se hunde á sus pies el rayo, quedaron los Judíos que habían asistido á la plaza por curiosar aquellas desusadas prevenciones. ¡Infelices! Corren á sus casas, abrazan á sus mujeres é hijos, con voz entrecortada les dan la triste nueva, enfardelan apresuradamente los objetos más preciosos, y dejando con amargas lágrimas los amados techos, se les embarcó el Martes Santo, 16 de abril, hasta el número de 466. La gruesa mar rechazó á la nave genovesa que les conducía al puerto de Mazalquibir, y allí permanecieron hasta que pasó Pascua de Resurrección, en que, más sosegada, permitió salir á aquellos desgraciados, que sin hogar y sin patria se diseminaron por Europa (1).

---

(1) Uno solo quedó en Orán; desde Mazalquibir envió recado al Gobernador para que le mandase sacar de entre los suyos, porque quería ser cristiano. Llamábase Isaac Cansino, descendiente de los primitivos habitantes de la Judería y hermano mayor de el Rabbi Abraham Cansino.

## § 25.

Crecía por este tiempo la pujanza del Rey de Marruecos, Muley Ismael, vencedor de todos sus competidores, y á cuyo abrigo volvieron á inquietarse los Alárabes de Orán, que en 1675 hubo de defenderse de un fuerte rebato, y en el 77 estuvo á pique de perderse con la mayor parte de la guarnición. Mandaba D. Íñigo de Toledo Osorio, valiente como todos los Toledos y ganoso de aumentar la gloria adquirida por su casa en las guerras africanas.

Supo que, fiados en lo corto del presidio, se estaban confederando algunos Xequés: con varios pretextos é industrias logró arrestar á algunos con Almanzor, principal en el movimiento, que había llevado á cabo aliándose con el alcaide de Tremecén y con los Moros Benarages, enemigos implacables de los Cristianos y núcleo de todas las conjuras que estallaban periódicamente (1).

El Gobernador determinó caer sobre ellos antes que tuvieran tiempo de reunir todas sus fuerzas, y al anochecer del 28 de enero salió con 500 infantes y 250 caballos y se embarcó en Mandor, á tres leguas de Orán. Anduvo toda la tarde del 29 y toda aquella noche atravesando dos leguas de un pantano de corta profundidad, para huir de los sitios trillados y dar de improviso sobre los aduares al amanecer del 30. Sea que los alzados tuvieran espías dobles, ó que sospecharan la salida, habían apostado una tropa de caballe-

(1) Las kabilas ó tribus de los Benarages, que fueron las más enemigas de los Españoles, y las que se les unía generalmente en todas sus guerras, eran las siguientes:

	NÚMERO de aduares.
Benarages.. { La de Bensada Benemin.....	100
{ La de Mahomet Seguer.....	90
La de los Suetes.....	50
La de Flita.....	50
La de Abra.....	30
La de Uhed Solimán.....	20
La de Venxair.....	10
La de Suxerava.....	10
La de Beniagoddie.....	7
Total de aduares.....	367
Que computados á cuarenta tiendas, forman la suma de..	14.680

ría, de guardas, que al reconocer á los Españoles disparó un arcabuzazo partiendo á rienda suelta á dar aviso á los aduares, que puestos ya en armas reunieron instantáneamente 9.000 peones y 3.000 caballos. Al salir del pantano nuestra caballería fué atacada con tal brío, que á la carrera tuvieron que acudir á darla abrigo dos mangas de infantería, mientras que el resto vencía aquellos atolladeros.

Llevaban los nuestros al enemigo por delante; pero formándose los Moros en círculo y apoderados de las alturas, con la arcabucearía diezmaban á los Españoles. Al mismo tiempo la caballería mora atacaba é introducía la confusión en la retaguardia; el Gobernador, pistola en mano, rehace y anima á los soldados y manda una acometida general á las alturas; los enemigos fingen ceder y abren paso; trepa la columna por aquellos breñales y bajan á la playa de Chiquiznaque.

Extiéndese esta playa por breve espacio desde la mar hasta la loma que acababan de atravesar los Españoles; por un lado la limita un río vadeable, á la sazón tan crecido que la columna tuvo que desistir del empeño agrupándose á la orilla. Entonces los jinetes árabes se descuelgan por las alturas con furiosos alaridos y ocupan la playa; desmayan los soldados, sin municiones y muertos de fatiga, al frente las montañas defendidas por un ejército cuarenta veces mayor, el río invadeable por un lado, la caballería mora por otro, á su espalda el mar; en tan críticos momentos el General consulta con los jefes; los pareceres varios, la muerte ó el cautiverio inevitable en concepto de todos.

De todos, pero no de Toledo, que acrece el ánimo del valeroso al compás del peligro, y es la temeridad en los últimos trances verdadera prudencia. «Por donde hemos entrado saldremos,» les dice animoso, y esfuerza á los soldados y revuelve sus escuadrones contra la caballería enemiga y la dispersa, y mezclados salvan las montañas, y cerradas las filas defendiéndose y ofendiendo llegan al puerto de la Celada y el 1.º de febrero á Orán, habiendo peleado desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde sin comer en veintiseis horas, muertos 1.500 Moros y llevando 100 cautivos de presa, testigos de sus asombrosas hazañas. El indomable valor del jefe salvó á los soldados (1).

*(Se continuará.)*

LEÓN GALINDO DE VERA.

(1) Relación impresa en Madrid por Roque Rico de Miranda.

---

## TREINTA AÑOS DESPUÉS

---

¿Quién es? ¡No hay duda! ¡Sí! ¡Tú! ¡Qué sorpresa!  
Es verdad... es verdad... No lo esperaba.

¡Cómo el invierno se cebó en el puro  
semblante que adoré! ¡Ricos tesoros  
horrído Bóreas aventó insensible!  
¡Qué de muertos perfumes y colores  
y de hechizos inermes!  
¡Cuánta flor deshojada, regia pompa  
herida de los años, mustia yace!  
¿Do está la que vistió marfil y nácar,  
sedosa tez, efluvio de jazmines,  
cándido copo que dejó teñido  
con sangre de sus pechos Citerea?  
¿Dónde los transparentes, los azules  
globos, fraguas de amor, que el rayo fiero  
en aristas de luz desparramando  
lanzaban ¡ay! cual Júpiter sañudo?  
¿Y dónde el áureo sauce vagaroso  
que cayendo en espléndidas guedejas  
con marco de apiñada filigrana  
el óvalo magnífico ceñía?  
¿Qué fué de aquellos labios vencedores,  
empapados en savia de madroño,  
manantiales de lúbricos deseos,  
celestes puertal, cárcel regalada  
de tu argentina voz? ¿Qué fué del nido,  
lecho de rosas con primor cercado  
de menudos piñones, deslumbrantes

más que del coco la lechosa pulpa,  
más, veces mil, que la cuajada nieve?  
¿Adónde huyeron, dime,  
la morbidez, el talle donairoso,  
la virginal frescura y lozanía,  
el ágil paso, la actitud gallarda,  
la esbeltez arrogante? ¡Nada veo!  
¿Y esto queda no más? ¿Y esto ¡Dios mío!  
besé, oprimí, estreché con insensato  
y frenético ardor? Mujer traidora,  
¿por qué tornaste? ¡Pasa! ¡Sigue! ¡Vete!  
Pero ¿qué buscas tú? ¿No soy el mismo?  
Apoyas en mi rostro la mirada  
insistente, con pérfida malicia,  
cual si arrancar secretos, que no guardo,  
pretendieras. ¿Te burlas? ¿Te sonríes?  
¿Quizá supones que de daño oculto,  
de mortal senectud, llena de abrojos,  
indicio son la cana miserable  
que en el débil cabello señorea  
y la arruga invasora que se arrastra  
cual inmundo reptil sobre la frente?  
¿Qué imaginas?... ¡Error! Surge con brío  
de mis anchos pulmones el aliento,  
afírmase en la tierra, vigorosa  
y segura mi planta, que sostiene  
el cuerpo no caduco ni postrado;  
del remoto horizonte  
la confusa y nublada lejanía  
ocultarme no puede, cuando miro,  
el humo, el árbol, el fulgor, la vela;  
la memoria, leal, no me abandona,  
y á la imaginación dócil acude  
el alto pensamiento luminoso;  
esta llama recóndita, que agita  
las feroces pasiones y caldea  
en el íntimo seno la espantable  
rabia tenaz y el odio impenitente,  
aun vive aquí, tremenda y hervorosa;  
estas manos altivas y nervudas

pueden alzarse con viril empuje,  
despedazar la ofensa, y del agravio  
tomar potente bárbara venganza;  
y aun puedo, erguido, resistir el choque  
de la adversa fortuna y de sus hondas  
terribles tempestades...

¡Y hasta el ardiente amor en mí hallaría  
un pedazo del alma, nunca impuro,  
un corazón rendido, todo entero!

¿Qué haces? ¿Sollozas? ¡Habla! ¿No respondes?  
¿Por tí? ¿Por mí te afliges? ¡Oh! ¡No sigas!  
Esa lágrima tierna me conmueve...

¡Al fin, tienes razón! ¡Sueño! ¡Deliro!  
El tiempo es implacable, y ha grabado  
en tí los surcos del dolor, la huella  
en mí del vicio y el desorden... Fuiste  
gloria ayer de este pecho cariñoso  
en que hoy la ingratitud te rechazaba...  
¡Iniquidad!... ¡Ya no! ¡Por siempre tuyo!  
Unámonos, mujer: llega la tarde  
y nuestro porvenir es otra vida  
que asoma en el umbral de lo infinito.  
Marchemos: pronto acaba la jornada:  
caigamos juntos en la abierta fosa  
y rueden con nosotros la locura,  
vanidad, injusticia y devaneo,  
y cúbranos la piedra del olvido  
sin bronces ni epitafio...

Te reconozco ya, mi culpa lloro,  
injusto fuí, lo sé: ¿no me perdonas?...

¡Tiende la mano, dulce compañera,  
y déjame abrigoarla entre las mías!

ADOLFO LLANOS.

---

EL SUCESO, Ó NOVELA,  
DE  
DON JUAN DE PERALTA,

CABALLERO INDIANO,

CONTADO POR ÉL MISMO

---

AL EXCMO. SEÑOR DON PASCUAL DE GAYANGOS.

Hace dos ó tres años, mi muy querido y respetado amigo, que en una temporada de las muchas en que perentorios é importantes trabajos le ocupan á V. todo su tiempo, me dió V. á leer un manuscrito de su rica librería, con encargo de que le diese cuenta circunstanciada de su asunto, aunque V. ya sabía que éste no andaba lejos de las Indias.

Llevémele á mi casa; abríle, apercibí los ojos, comencé á pasearlos por sus páginas, y... á Dios prometo que si no hubiera sido cosa de V... y de América, no llego á la mitad del viaje, con ser éste sólo de unas treinta hojas en cuarto. Porque V. recordará aquel papel amarillento y manchado, aquella tinta desvanecida, aquella letra enrevesada, aquella ortografía de mozo de mesón; pero lo que no recordará—gracias á no haberse metido en todas las honduras del manuscrito—es su pícaro lenguaje, donde todo desacato gramatical parece lícito; su estilo, plagado de idiotismos, que no dudo serían para el que los empleaba y para los de su tiempo modismos familiares corrientes; y el menudear de las elipsis tan holgadas, que cualquiera las tomaría por verdaderos eclipses del sentido de una frase ó de un período. En fin, yo acabé como pude la jornada, y como supe le hice á V. un resumen verbal de la pieza, conviniendo usted conmigo en que, si bien en bruto, encerraba una narración curiosa, de mucho color, con caracteres de verídica y animada de ese *no sé qué* que comunica siempre á sus relatos el que refiere de sí mismo, hágalo discretamente ó con libre franqueza, como nuestro

autor, el cual viene á declararse hacia el fin de su cuento, y es un hidalgo natural de Toledo, por nombre don Juan de Peralta.—En lo que sobre todo y á pesar de todo nos pareció excelente fué en la pintura de costumbres, siendo su desaliño en esta parte testimonio de exactitud, sin perjuicio de la frescura y atractivo del cuadro.

Pero, ya al cabo de las andanzas de don Juan y concluído nuestro diálogo, cerró V. el tomito, volvió el hidalgo al nicho de su estante y no hubo más en el caso por entonces. Por entonces, digo, que después en más de una ocasión hemos hecho memoria de él, y ahora yo le confieso á V. que cada vez que la hacíamos me crecían las ganas de leerlo de nuevo y copiarlo é imprimirlo (con las licencias necesarias). Así como así, se me antoja que don Juan tuvo cierta ambicioncilla de que fuese sabido su suceso, al menos entre los amigos; y como suele acontecer que lo que en tiempos pasados interesa á pocos en los presentes es curiosidad de muchos, por todo esto me resolví en darle gusto, y otro tanto al que lo leyera, aunque fuese á costa mía; y pedíle á V. el manuscrito y lo estudié y copié concienzudamente, y aquí se lo presento en letra de molde y bautizado con el título mejor que se me ha ocurrido y de que carecía.

Por supuesto, no va con todo el *pelo de la dehesa*; mas le queda, según creo, el bastante para ser conocido de su dueño, si resucitara. Tampoco le daré al toledano, ahora que le conozco de más trato, cédula de creencia en absoluto. Dos renunció de cuenta comete, por la mía, en la de los años que estuvo ausente de España y en el que dejó su gobierno de Jalapa, los cuales explico en las notas correspondientes; y además, como se verá por otra en llegando al capítulo de las fiestas con que se celebró la entrada en Madrid de doña Mariana de Austria, es dudoso que permaneciera en la corte días después del 15 de noviembre de 1649, y que pudiese, por lo tanto, dar remate á la aventura de la dama de coche en los términos que muestra su epístola; acerca de la cual opino definitivamente, no que sea una pura invención de nuestro hidalgo, pero que está tejida de cosas que realmente le sucedieron, recortadas aquí y añadidas allá, de arte que se encadenen y sean verosímiles en el tiempo y lugar más acomodados á su propósito, que parece haber sido convertirlas en argumento de comedia á la moda, desarrollado en forma de novela.

Sea como fuere, yo desearía que no le pareciese á V. del todo mal, y que estimase de algún provecho este mi humilde trabajo.

M. JIMÉNEZ DE LA ESPADA.

## I.

Señor don Juan:

Así como salté en tierra, os dí aviso de cómo había llegado á España con salud, y os prometí que en hallándome desembarazado de cierto cuidado que traía, os daría noticia de mi suceso desde el día que salí de España, que habrá cuatro anos (1); y si por cumplir con mis obligaciones y acudir á la ley de la amistad y daros por muy menudo mis sucesos, fuere largo, perdoná, que bien entendido estoy de vuestra amistad y que os habéis de holgar aunque os cansés de leer.

Bien sabés, don Juan, que don Lope de Avellaneda, que eramos tan grandes amigos y que posaba en mi casa cuando os fuiste de Toledo, y que cara fuera la cosa que me pidiese que no la hiciera yo por él; y fué tanta nuestra amistad, que dejé por él padres, parientes y amigos y patria; y bien sabés que se retiró á Toledo por el disgusto que tuvo en el Prado de Madrid y que de la pendencia resultó la muerte de aquel caballero; que todo el tiempo que estuvo en Toledo no se apartó de mi lado ni de la mesa de mi padre, y en mi casa era respetado de todos como mi misma persona, y haciéndose con él todo lo que se podía hacer; y era tanta la voluntad que yo le tenía y mis padres, que me parecía que no se cumplía con él según era mi deseo, y su término y trato merecían que se hiciese con él esto y mucho más, porque el proceder y gallardía

---

(1) Y cerca de tres más, si el autor, en efecto, pasó á Indias con el virrey de Nueva España conde de Salvatierra, y estaba ya de vuelta en Sevilla por setiembre ú octubre de 1649.

Don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, marqués del Sobroso, etc., Asistente de Sevilla desde 24 de abril de 1634, fué nombrado virrey de Nueva España en 1642, y se embarcó para su destino, como dice Peralta, el día de la Magdalena (22 de julio) de ese mismo año, y tomó posesión de él en México el 23 de noviembre siguiente. Dejó el virreinato de Nueva España por el del Perú el 13 de mayo de 1648, y entró en Lima el 20 de septiembre inmediato. Gobernó en este país hasta el 24 de febrero de 1655, en que hizo entrega del cargo á su sucesor don Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste; pero hallándose viejo, y con muchos achaques, quedóse en Lima, donde falleció á 26 de junio de 1659, según unos, de 1656, según otros, fecha esta última la más probable.

que tenía eran muy grandes y yo le había cobrado mucha voluntad y amor, si se puede decir desta manera. Mas como el mundo todo se rueda y no hay cosa fija en él, el negocio de Madrid porque estaba ausente no tenía acomodo, por ser la parte tan rica y tan noble y tener tantos parientes principales, y estar averiguado que si bien don Lope no había sido el matador, había promovido la pendencia, aunque fueron muchos los que en ella se hallaron.

En este tiempo Su Magestad dió al conde de Salvatierra, Asistente de Sevilla, el virreinato de Mexico. Su padre de don Lope era mayordomo de la condesa vieja de Salvatierra (1), que era camarera mayor de la Reina; pidióle, que pues el conde se iba á Mexico por Virrey, que se llevase á su hijo consigo, por no verse con él en algún aprieto. La condesa se holgó mucho, que le quería bien á don Lope y le traía con mucho cuidado; díjole que procurase avisarle á donde estaba, que ella escribiría al conde, y que también el conde le conocía y bien sabía que no tenía criado de más obligación que á don Lope. Con esta buena confianza le escribió su padre de lo que se trataba y que le avisase de su gusto; enseñóme la carta; yo le dije qué era su propósito; él me respondió que él había de ser hijo obediente al mandado de su padre y que se quería quitar por cuatro ó seis años de España. Díome mucha pesadumbre por el amor que le había cobrado y entender casara con doña Feliciano, mi hermana, aunque no era el mayorazgo de su casa, que tenía hermano mayor y casado y no tenía sucesión.

Fué tanto lo que cavó esto en mi pensamiento y la melancolía que traía, que mis padres lo echaron de ver y mis amigos. Mi padre me cogió en una sala y me dijo que le dijese qué cuidado tenía, pues andaba tan triste. Yo le dije la ocasión, y que sentía en el alma la ausencia de don Lope, y que el cuidado que traía no era otro. Dando y tomando en el caso, me dijo que me fuese con él; yo le respondí que eran menester muchos dineros y que no los tenía para un camino tan largo y para ir como hijo de su merced. Visto mis honrados pensamientos, me respondió: «Aunque no tengo muchos dineros, tengo, por la misericordia de Dios, crédito, y todo lo ha de remediar Dios. Lo que se podrá hacer es ver lo que te cabe de la parte de hacienda de tu madre y eso te podré dar y á la mano de Dios y con mi bendición.»

---

(1) Doña Leonor Sarmiento de Luna.

Quedé, amigo, tan contento, que no sabía lo que me había sucedido, deseando ya ver á don Lope para dalle tan buenas nuevas, que bien sabía yo que se había de holgar. Salí de casa con este cuidado; hallé á don Lope en la santa iglesia en un corro de amigos; estuvimos hablando de diversas cosas, que es la ocupacion que los mozos de Toledo tienen. Siendo ya hora, nos despedimos, y quedando sólo, le dije que traía unas buenas nuevas que dalle; él me respondió que al instante que me vido me había conocido que venía contento, y que estaba con cuidado de verme tan melancólico aquellos días, y que se lo dijese, que lo deseaba saber. «El caso es que tenéis ya en mí una camarada.» Echóme los brazos muy apretados y díjome: «¡Cómo, amigo!; decíme lo que hay, porque es tanto lo que me decís, que no lo creo; no me pudierais decir cosa que más estimara en mi vida, y que he estado rehusando el viaje sólo por dejaros; y aunque os había dicho que había de obedecer á mi padre, hasta agora no le había enviado la resolución de mi voluntad.» Díjele lo que había pasado con mi padre, de que tornó á abrazarme; y luego puso por obra de escribir á su padre su resolución y envióle á pedir las cartas y dineros para el viaje, y en la carta le avisó que iba yo con él y que viniese la carta encomendada á mí para el señor conde.

Dentro de muy pocos días vino el despacho muy ajustado y letras para don Lope que el dinero se lo diesen en Sevilla y otro además que gastar en Toledo y comprar lo que hubiese menester muy cumplido; porque su padre de don Lope era muy rico y lo pudiera hacer muy fácilmente; y su padre procuró con la mayor brevedad que pudo su despacho, porque los contrarios hacían muchas diligencias de buscarle, y no faltó soplón que avisase estaba en Toledo; y tenía noticia que habían sacado requisitoria para buscarle. Por lo que á mí hace, ajustó mi padre lo que me tocaba de mi legítima, y todo el demás dinero que me pudo dar me dió, y el resto, de la mercadería que yo me informé que era más gastable me lo dió; que como mi padre tenía crédito, fué muy fácil el buscara y hallalla de modo que yo la quería.

Cuando esto estuvo dispuesto, tratamos de sacar galas y nos hicimos tres pares de vestidos, uno de color y dos negros, de una misma manera su color y labor, y guarniciones y cabos de una misma suerte, sin que hubiera diferencias. Valonas y ropa blanca la dejamos de hacer la que era menester y necesita la navegación, que lo ordinario y bueno, teníamos en Toledo.

Fué tanto el sentimiento que los amigos hacían de nuestra ausencia, que, cierto que á veces era tanto lo que decían, que los ánimos nos hacían perder, y con todo esto no lo creían, hasta que un día antes que nos ausentásemos nos vestimos de color, y era día de fiesta y fuimos á la iglesia. Aquí fueron los pesares de suerte, que por partido diéramos no haber ido á la iglesia, y más que era día festivo, en que concurrió mucha gente y damas, y algunas tenían noticia de nuestro viaje, y por no vernos se echaban el manto. Todas estas acciones nos daban pesadumbre, y más á mí que dejaba mi patria y mis amigos. ¡Tal puede la amistad de uno que arrastra la voluntad de otro sólo por haberle cobrado afición! Y aunque yo lo diga y hay ocasión que alabarse á sí propio no es de los lances que no piden perdón, don Lope era muy galán y muy bien agestado y de honrados respetos, ya conocido en Toledo por tal, pero yo os prometo, que para vos no era menester decir esto, que á su lado no deshacía el juego. En fin, fuimos muy galanes á la iglesia, y preguntaban las damas: «Esos galanes ¿á dónde van tan lindos?» Y decían: «¿Esto se ha de comer la mar?»—Como si ya la tormenta hubiera venido y nos hubiera tragado el mar.—«¡Qué lástima tengo!»—añadían.—Iban muy desconsoladas. Yo aseguro que era el primer plato con que comenzaban á comer el contallo á sus padres ú maridos. Sus padres ú maridos dirían: «¡Qué lastimadas que vienen! Ellos se van á holgar; llegan á las Indias mozos tan galanes; en viéndolos una criolla, se muere por ellos y se casañ, que en viendo á un castellano de por acá, y más ellos que son buenos mozos, los padres les dan sus hijas y toda la plata que han podido recoger toda su vida, que tanto se enamora el padre como la hija, y por meter un yerno de las partes que estos son, no repara en darles mucho.» Estas y otras cosas dirían.

## II.

Otro día salimos de Toledo con nuestros criados y mancebo del camino y por nuestras jornadas contadas llegamos á Sevilla la Grande, que con razón la llaman la Gran Sevilla y de forasteros madre, día de el Señor San José; y en apeándonos, como día de fiesta, fuimos á la santa iglesia á ver misa. Así como entramos en la iglesia, pusieron los ojos en nosotros como forasteros y vestidos de color. No faltó quien conoció á don Lope por ser de Madrid y á mí por de

Toledo; juntóse corro de galanes, de suerte que allí hallamos amigos, y tan amigos, que nos pareció que estábamos en Toledo. De la conversación hubo convite de coche para la tarde; hablamos de diferentes materias. Uno, natural de Sevilla, me tentó, como de Toledo, en alabar la iglesia; yo se lo concedí que era más grande; mas mirada con cuidado, no me pareció así; más altas las naves sí son, pero la grandura no me asustó, porque la iglesia de Sevilla es cuadrada, aunque no es tan ancha como larga; la de Toledo es redonda, y todo aquello que toma la redondez parece más corta. Yo metí otra plática, con lo cual lo dejamos, que para los sevillanos no hay peor pesadumbre que ponelles comparacion en su iglesia, no teniendo ninguna curiosidad, como la de Toledo, y más á donde asiste mi patrona Madre de Dios del Sagrario, que con esto se dice todo, que ella sólo basta á engrandecer á Sevilla, Toledo y Madrid, corte del gran Felipe el cuarto, que Dios guarde.

No os quiero cansar con alabaros á Sevilla; es el mejor lugar de España; tiene cinco cosas tan juntas como los dedos de una mano: la iglesia, la lonja, el alcázar, la comedia, la Contratacion, todo tan cerca, que las mismas paredes compiten unas con otras; el río y su Arenal, donde el invierno salen las damas á coger el sol; su Audiencia. El es tan grandioso, que no hay que decir más; pues el Potosí le rinde plata á sus pies, la Nueva España sus platas, Flandes sus puntas y olandas, Francia sus ruanes, Inglaterra sus paños, Milán sus telas, Nápoles las medias, Génova sus sedas; de suerte que todo el mundo le rinde parias y en recompensa se lleva el oro y la plata, el mejor metal que crió Dios en el mundo, y van diciendo mil bienes, pues se llevan de España todo el bien, engañándonos como á negros. No es para aquí esta materia. Todo extranjero halla acogida y bienes: es patria común para todos.

Y como he dicho, llegamos día de San José, esposo de Nuestra Señora, que lo tuve por buen agüero; oimos misa; luego se hizo un corro, adonde las damas que había en la iglesia hacían reparo de nosotros, y como don Lope era muy airoso y galán, que apenas tenía veinte y dos años (yo no los había cumplido) y os certifico que íbamos galanes y bien vestidos y buenos cabos, que es la gala del vestido, hubo el preguntar á los criados de dónde éramos y cómo nos llamaban, que es la primera pregunta para tomar de memoria posada y nombre. Despedímonos de aquellos señores y fuímonos á la posada, que era la que llaman de la *Reyna*. Apenas habíamos comido, cuando el coche estaba á la puerta de la posada,

que como es tiempo de ir á el sol, se ha de ir temprano. Entramos en él y fuimos adonde los amigos nos llevaron, á la Alameda; dimos la vuelta al Arenal, y yo os prometo que os eché menos, porque hubo cosas de gusto: hubo colación, de suerte que aquellos caballeros cumplieron con sus obligaciones muy principalmente; y lo que tuvo de bueno, que esta amistad quedó tan asentada, que todas las veces que habíamos menester coche, le hallábamos, que no es poco en Sevilla tenelle, porque sus calles son tan penosas que no se puede andar á pie.

Dejáronnos en nuestra posada, que os certifico que teníamos necesidad de descansar, porque aquel día habíamos salido de Carmona, y por ser día de misa y llegar á hora de oílla madrugamos, y cierto que yo estaba bien rendido y al cabo de ocho días, que eso nos duró el camino;—cuando Dios y norabuena nos entran á visitar dos damas de las más hamponas de Sevilla, con sus criadas, diciendo que en la iglesia habían sabido que veníamos de Toledo y si conocíamos á su padre; diéronnos su nombre, cosa que en los días de mi vida tal había oído. Les dije: «señoras, este caballero no es de Toledo, que es de Madrid; yo soy allí criado y nacido y en toda mi vida he oído tal nombre.» Hicieron grandes melindres; en fin, la plática se vino á concluir que fuésemos con ellas á su casa. Yo me descarté que venía cansado, que nos dijese su posada, que á otro día iríamos. Ellas se fueron bien parladas; no faltó el pedir para colación; lleváronse uno de ocho y fuéronse, y nosotros nos pusimos á cenar. Cuando estábamos cenando, llaman á la puerta del aposento dos muy abroquelados, y dándonos la bienvenida, sin más hablar, tomaron sillas y empezaron su arenga muy larga, preguntándome por «don Fulano ¿cómo queda? Fué de los mejores amigos que tuve; estuvimos en tal parte; prometo á vuesa merced que tuvimos una pendencia, que, por el Hijo de Dios, que allí valió la chica. ¿Y don Fulano, cómo queda? Es un honrado caballero; en Madrid nos amparó, que si no fuera por él, me viera en gran trabajo.» Y metiendo la mano en el plato, y al mozo, «echa vino; ¡á su buen viaje de vuesa merced!» Todo esto vino á resultar en pedir ocho reales. Fuéronse, y nosotros quedamos que no sabíamos lo que nos había acontecido.

Tratamos de descansar, que hartó lo habíamos menester, que á cabo de ocho días de camino y de aquel día que llegamos á Sevilla, nos hallábamos más cansados que del camino. Amaneció otro día; vestímonos de negro con un vestido excelente y muy curioso, que el que llevaba don Lope y el mío eran de una labor y hechura; fui-

mos á la iglesia y oímos misa; no vimos á nadie que nos pudo detener. Desde allí nos encaminamos en casa del Asistente, porque ya tenía noticia de que íbamos á Sevilla, y por salir de esta ciudad y dar las cartas fuimos allá. Hallámosle que se acababa de vestir; dimos las cartas y recibiónos como conde de Salvatierra, que es el más galante señor que de su casa ha salido. Diónos asiento; preguntó de la corte, y como don Lope había días que había faltado, á lo que le preguntaba no le supo responder; dióle su disculpa, con lo cual le satisfizo; él se agradó de nuestras personas y nos respondió que haría todo cuanto pudiese, y que se holgara tener dos gobiernos muy lucidos y de mucho aprovechamiento que darnos, pero que lo mejor que tuviese en su gobierno que nos lo daría, y que nos quedásemos en casa. Á esto se replicó hartó, dándole excusas bastantes, mas no pudimos dejar de comer aquel día con él, porque su padre de don Lupe había muchos años que á todos estos señores los asistía, y le tenía mucha obligación, y esto y mucho más le debían y el conde era muy reconocido á todo.

Quedámonos á comer, y ya sabéis cuánto se come en casa de estos señores, y con el oficio de Asistente, que tiene mucho á qué acudir, vinimos á salir bien tarde. Venimos á la posada, adonde nos contó la huéspeda los que nos habían buscado de galanes y entre ellos algunas damas; dimos disculpa á los amigos de lo que había sucedido, y que mientras estuviésemos allí acudiríamos á servillos. Desde este día todo fué gusto y paseo y galantería; jugar, ni yo ni don Lope éramos tahures de naipes; alguna vez íbamos al truque, mas rara vez era la que se jugaba; de suerte, que todo nuestro entretenimiento era damas y amigos y acudir á la iglesia, que aquí son todos los conciertos y á donde se ha de hallar la dama y los amigos; que os prometo, que como estaba tan enseñado á aquella retitud de Toledo, me daba pesadumbre; mas como mozo, me dejaba de llevar; que cuando me desembarqué en Cádiz y me dijeron de la desdicha que había sucedido en Sevilla (1), eché de ver cuán grandes son los decretos de Dios, de que le dí mil gracias por los beneficios que me había hecho.

---

(1) Alude á la terrible peste que la affigió el año de 1649.

## III.

Ya se acercaba el viaje y en Sevilla hacía mucho calor, y enfadados de las damas y de que un hombre se había de encerrar en una casa de tablas, y que su vida iba en tres dedos de madera, pedimos licencia á el conde para irnos á Cádiz, que es lugar más fresco, y aguardar allí la embarcación y disponer las cosas y componer el alma, pues en aquel riesgo la ponía. Dióla y fletamos un barco con nuestros baules y ropa, y por ropa del señor Asistente pasó, que para ello nos dió cédula, que fué obedecida en cualquier parte.

Llegamos á Cádiz, que es el mejor lugar que tiene el rey en España, que es muy rico, y desde que los galeones entran en él se ha hecho muy poderoso. Es la mayor fortaleza que tiene el rey; es imposible que ninguna armada, por poderosa que sea, la gane, sino es que el gobernador la venda, que para esto no hay fuerzas humanas que la defiendan. Tomamos posada de asiento, como personas que no se habían de ir dél hasta embarcarnos. Dispusímonos lo mejor que se pudo, tratando de hacer una confesión general, y para esto escogimos un Padre del señor Santo Domingo, docto y santo, que son las propiedades que ha de tener un confesor. Estando en este cuidado y diciendo cuándo habíamos de ir, entra un criado diciendo que dos damas nos buscan; digámoslas que entrasen; y si no lo habéis por mal, eran dos damas de Sevilla, que así como supieron que nos habíamos venido, se determinaron en un barco á venir á Cádiz, con resolución de que las llevásemos á las Indias. Deciros los lances que nos pasó con ellas es cansaros; yo me encomendé muy de veras á Ntra. Sra. del Sagrario, á quien llevaba conmigo y siempre la he traído al pecho, y como me oyese, y ella sabía bien mi pensamiento, otro día amanecieron en Cádiz sus amigos de las damas escapadas. Tenían ya ellos noticia de nosotros y nos conocían muy bien; no les fué dificultoso el hallarnos, que como no veníamos empeñados de nadie, no rehusábamos de salir á la calle Nueva, que así se llama, á donde todos los capitanes y soldados asisten al tiempo del despacho del armada; y más con el favor que halló don Lope en un capitán, grande amigo suyo, natural de Madrid, que se llamaba Adrián Pulido, y es uno de los más valientes soldados que tiene Su Majestad, que el cargo que tiene se le dieron

por sus hechos, que en Fuenterrabía él solo defendió la muralla, y metió socorro en la plaza cuando el enemigo la tenía tan atacada (1); en fin, es hombre de valor y capitán de galeones, el mejor oficio que da Su Majestad de honra y provecho.

Fué grande el favor que en Adrián Pulido tuvimos, pues nos llevó á su posada y mientras estuvimos en Cádiz no nos dejó gastar un cuarto. Siempre andábamos juntos, y aquel día, estándonos paseando los tres en la calle Nueva, vimos que tres hombres nos miraban mucho, y era tanto lo que éstos insistían en mirar, que Adrián Pulido, como tan baquiano en aquella tierra, reparó y nos dijo que le aguardásemos. Fuese para los sevillanos y díjoles que les quería hablar; llevólos fuera de la puerta de la Mar, y allí les dijo: «He reparado señores que vuestas mercedes nos han mirado mucho á mí y á aquellos señores que estaban conmigo; si se les ofrece algún disgusto, yo los llevaré á la Grúa y allí se podrán ver con ellos, porque son mis camaradas y amigos, y me pesaría que con ellos se usase algún mal término, que hombres son que podrán dar cuenta de sus personas.» Ellos empezaron á dar sus disculpas; el capitán les dijo que no anduviesen por rodeos, que le hablasen claro, porque si no les pesaría. Uno de los tres tomó la mano y empezó de decir el sentimiento que tenían de nosotros y cómo les habíamos traído sus damas; él les respondió que no tenía noticia de tal cosa, que posábamos con él, y que mientras habíamos estado en su compañía, no lo había echado de ver; mas que personas éramos que á él le diríamos lo que había acerca desto, y que entendiesen que lo que nosotros dijéramos era la verdad. Dejóles en la playa y vino á donde estábamos, y contó todo lo que le había pasado. Nosotros le respondimos que lo que había acerca de lo que decían era verdad, pero que nosotros no las habíamos traído, que á cabo de dos días que

---

(1) Así es la verdad, ó poco menos. En la relación del *Sitio y socorro de Fuenterrabía y sucesos de 1638*. (Madrid, 1639), escrita por don Juan de Palafox y Mendoza antes de ser obispo de la Puebla de los Angeles, consta que Pulido fué á dicho socorro con el Almirante de Castilla don Alfonso Enrique de Cabrera, el cual, al llegar á Tolosa, ordenó que don Miguel de Ubilla, nuestro capitán, y otro, por nombre don Martín de Sepúlveda, procurasen entrar en Fuenterrabía. Lograron felizmente su objeto. Quedó Pulido en la plaza, y en la salida que hicieron los sitiados el 8 de agosto, en la defensa de las ruinas del baluarte de la Reina, volado el 1.º de septiembre por una mina, en cuyo lance peleó seis horas, y en el tercer asalto de 6 del mismo mes, llegó á distinguirse entre los más valientes, y fué herido en el primero de estos combates de arma blanca, y en el último de un mosquetazo en la cabeza.

llegamos á Cádiz, vinieron estas damas con intento de pasar á las Indias, y que la mayor merced que pudiéramos recibir, es que se las llevasen, porque ninguno teníamos empeño con ellas, y que antes nos servían de disgusto que de gusto; y que en una casa las teníamos á donde las sustentábamos, y que no había otra cosa más que estas mujeres se habían favorecido de nosotros y que mientras ellas no quisieran irse, que no las habían de llevar, que bastaba ser mujeres y haberse valido de nosotros, para defendellas; mas, como ellas gustaran de volverse, que no lo habíamos de impedir, que en tal parte posaban, que fuese el señor capitán y las hablase y les dijera que por ninguna cosa nos las podíamos llevar á las Indias, y lo demás que el sabría bien acomodar; que la mayor merced que nos podía hacer era quitarnos de ese cuidado; mas que había de ser con la voluntad de ellas, y que de otra manera no lo hiciese.

El capitán fué y lo negoció de suerte, que ellas tuvieron mucho gusto de volverse á Sevilla y más cuando los galanes echaron de ver que nosotros no hacíamos empeño de ellas y supieron que habían venido solas de Sevilla y que su propósito era de pasar á las Indias, que ellos lo creyeron y se las llevaron muy contentos, que antes que se partiesen de Cádiz nos vieron y fueron muy agradecidos de lo galantes que habíamos andado con ellos y con ellas. Dimos infinitas gracias á Dios y á Adrián Pulido se lo agradecemos mucho cuán liberal anduvo en la despusición de todo, buscándoles pasaje y dándoles buen matalotaje, que no consintió que diésemos un solo maravedí, de que en parte estábamos corridos; de que dándole las gracias nos satisfizo y nos dijo, que la gente de la tierra amigos de los que venían de Sevilla estaban aunados, y que fuera impusible, si no se hubiera metido de por medio, que dejara de suceder una desgracia; y así lo entendí después que vide lo que vide en pocos días que estuve con él. La gran Nuestra Señora del Sagra-rio nos libró muy conocidamente, á quien estoy muy agradecido.

#### IV.

Como nos vimos libres deste embarazo, determinamos, supuesto que nos habíamos de embarcar, tratar de confesarnos, lo cual hicimos muy despacio, que para todo había tiempo; dispusimos la materia, hízose muy bien; compramos algunos regalos y otras cosas que la

navegación pide. Ya toda la gente se juntaba; solo faltara el conde, que aunque su ropa estaba embarcada, por no saber como nos había de acomodar, no teníamos avío hasta que llegase de Sevilla. Fué Dios servido que llegó con buen tiempo; hizo su posada en las casas de don Antonio de Oquendo; fuimos á dalle la bien venida; preguntónos si nuestra ropa estaba embarcada; respondimos, que por no saber en qué navío habíamos de ir, la teníamos en la posada; diónos una cédula para que el contramaestre de la capitana la recibiese y nos dijo que á donde él iba habíamos de ir, que iba por general de flota don Luis de Córdova, hermano bastardo del de Ayamonte, más aprovechado que servidor de su Rey (1). Luego lo pusimos por obra, llevando á la capitana toda nuestra ropa y baules, sin que nadie nos preguntase qué se llevaba, que con decir que era ropa del señor virey lo dejaban pasar. Llegamos á la capitana que estaba una legua de Cádiz; entramos en ella y dimos la cédula al contramaestre, que es la persona que lo recibe todo; metiólo en la cámara; volvímonos á Cádiz, no quedando más de con un vestido y dos camisas, por lo que se ofreciere.

Á cabo de ocho días, día de la bendita Magdalena (2), se embarcó el conde y todos fuimos con él. Otro día de mañana empezó á alzar áncoras la capitana de galeones, á quien todos siguiendo, en menos de dos horas perdimos de vista á Cádiz; porque tuvimos un viento muy fresco y le llevamos cuatro días arreo, en que dimos vista á las Canarias; y luego entramos en el *Golfo de las Yeguas*. Aquí, aunque de ordinario corren recios vientos, nos calmó algo, que como siempre vienen por este paraje los vientos á popa, la navegación hacia allá es muy buena. Pasamos este golfo y entramos en el de *Las Damas*; aquí fué menester desviarse la armada de los galeones, porque los unos iban á Tierra Firme y la flota iba á Nueva España. Mi flota tomó por avante cargándose al Poniente y los galeones al Sur; mi capitana disparó una pieza y respondió con otra la capitana de galeones, señal de despedirse; ellos tomaron su camino y nosotros el nuestro; en menos de tres horas ya no parecía, porque aquel día llevábamos un recio viento.

---

(1) Don Francisco Manuel Silvestre de Guzmán. Conspiró con el Duque de Medina Sidonia y el de Braganza, para constituir la Andalucía en reino independiente del de Castilla; y acusado por el de Medina de reo principal en la traición, fué degollado en su misma cárcel de Segovia en diciembre de 1648.

(2) 22 de julio.

Desde este día no tuvimos cosa que os pueda avisar, sino que comíamos á la mesa del conde, porque la condesa (1) comía aparte. Yo estaba maravillado, que en Toledo ni en Madrid no pudiera haber más regalos ni en más sazón guisada la comida. Nuestro albergue era un camarote con dos *cadarchos* (2), que á esto llaman la cama, con nuestra puerta y llave, á donde teníamos algunos regalos, de suerte que pasábamos muy bien el viaje sin echar menos los de tierra.

Con esto llegamos á 15 de septiembre [1643] habiendo gastado en este viaje en la mar cincuenta y tres días naturales, hasta que dimos fondo en la Vera Cruz, puerto no muy bueno por los vendavales que de ordinario allí corren, y ansí siempre procuran de desembarcar lo más breve que pueden. Luego que se dió fondo, el conde y toda su casa salieron á tierra, y yo y don Lope, y luego le mandó á don Lope que previniese postas, que le había de despachar á Mexico para hacer saber á la Audiencia y presidente cómo había llegado y que le remitiese carruaje. Es cosa que vale á el que lleva la nueva de llegada del virey y de la flota. Dentro de cuatro horas que saltamos en tierra, ya mi don Lope iba camino, dejándome encargado la ropa y lo demás que traía. Yo lo recogí todo á mi posada, que el virey me lo mandó dar, y yo era de los criados más allegados.

Don Lope puso tal diligencia, que dentro de tres días entró en Mexico, que hay poco menos de cien leguas desde el puerto hasta Mexico, y es lo mesmo caminar por aquella tierra que por España, que por eso la llamaron la Nueva España. Remitió en breves días todo el carruaje. Llevaba coche de España el conde y literas; mandó armallos, y con las mulas que trajeron llevaron el coche y literas con que nos partimos para Mexico. Á mí me dió oficio de pagador, de que dí buena cuenta. Entramos en Mexico á 15 de octubre (3), habiendo gastado un mes en el camino y estada en el puerto. Fué muy bien recibido de todos aquellos señores, porque el de Salvatierra era muy agradable y gran cortesano y muy agasajador; con que en las primeras vistas agradó á todo el pueblo y quedó muy pagado.

---

(1) Doña Juana de Isasi, condesa de Pie de Concha, que murió de sobreparto en 1645.

(2) Así: *cadalechos*, literas.

(3) Véase la nota primera.

Empezó el conde á disponer las materias de gobierno y á ocupar sus criados. Dióle á don Lope un oficio de capitán de su guardia, y prometo que lo representaba extremadamente, que era oficio de honor y provecho. Á mí me dió un oficio de contador, porque entró tomando cuentas á todos los que tenían haberes, en que me aproveché de algunos pesos de que había bien que gastar. Siempre yo y don Lope estuvimos juntos, que entre los dos no había cosa que no fuese de entramos, que del modo que salimos de Toledo, con esa conformidad, siempre que estuvimos juntos, nos habíamos conformado.

Como hombre y mancebo y de mi edad me enamoré de una señora que se llamaba doña Prudencia; que muchas veces me acordaba de una comedia que, si no me engaño, llaman *Las flores de don Juan* (1); y este caballero era criollo, y enviábale su padre dineros de las Indias, y decíale que los gastase con prudencia, y la dama que tenía se llamaba Prudencia; y decíale el criado que gastaba su dinero mal gastado y que se hallaría sin ello; y enseñábale la carta y decía: «Si mi padre me manda que los gaste con *prudencia*, ¿hago yo más de lo que me manda?» Yo era diferente, que lo que daba á esta dama se lo daba con prudencia, que echaba de ver que estaba de mi patria dos mil leguas y que había de volver á ella, y sé lo que es el mundo, que no estima más de cuanto tiene; y así me iba con templanza, no embargante que en la ocasión que se ofrecía, lo andaba muy liberal; y más que se ganaba para todo, que como era negocio de cuentas, había bien en que meter la mano, que si este oficio me durara el tiempo que fué virey en Mexico el conde, viniera yo bien rico y poderoso, y no me sucediera lo que me sucedió.

Duró esto cosa de ocho meses, en que ahorré y gasté bien largo más de cuatro mil de á ocho. Acabóse el oficio, quedéme animado por algunos días con buenas esperanzas que el conde me daba, y como yo tenía que gastar y la mercadería que había traído de Toledo no se había llegado á ella—que como los que vienen con mercaderías en la armada procuran despachar, se venden barato, y esta es la ocasión de no haber tratado de venderla, y yo había de estar despacio—el tener tanto dinero no me daba mucho cuidado, y más no teniendo el vicio de jugar, que esto es lo que más destruye á los hombres; y era mucho, pues tenía la ocasión en casa, porque como

---

(1) Se engañaba. Pero no conozco nuestro teatro del XVII lo bastante para ayudar á la flaca memoria de Peralta.

don Lope era capitán de la guardia, tenía garito público y esto le valía mucho, porque en aquella tierra los juegos son muy grandes y al paso que es el juego son los baratos. Mas yo huía dello, no por no jugar, sino por no ponerme en la ocasión y empeñarme; y así rehusaba el pecar; y me fué de provecho, porque allí se usa dar barato y es descortesía el no tomallo, y muchas veces me lo daban, y había algunos castellanos que se andaban de garito en garito y yo les socorría con partir lo que me daban, y por esto me decían, que castellano no había pasado á aquellas partes como yo. Y es gente que por menos de un peso mataron á uno.

## V.

Con esta galantería me conservé en Mexico. Don Lope, con el oficio, se hizo soberbio, mudada en otra su condición, que era todo poco para contentarle. Con esto se hizo aborrecido de algunos y aun del virey, por cuentos y chismes que le iban componiendo más de lo que era; al contrario, un hombre bien recibido olvidará muchos si algún descuido tiene, y sabe Dios que es verdad que más de cuatro cosas compuse porque no lo supiera el virey, y si se lo contaba á don Lope, reñíame y decía que lo componía de mi cabeza, no dándome crédito á lo que él sabía que era verdad. Ya deseaba que el virey me diese alguna cosa, por salir de su compañía; que cierto que os estoy escribiendo esto y no lo creo, del modo que su condición mudó.

Fué Dios servido que el conde me dió el gobierno de Jalapa, que es de los mejores que tiene que dar, que está cerca de la Vera Cruz y no lejos de Mexico y en lugar donde todo lo que criaban y labraban los indios tenía valor, y entraba moneda fresca cada día, y era muy abundante. Besé la mano al conde por la merced que me hizo, y dándome el título, me dijo que se holgara darme el gobierno que él tenía.

Dispuse mi viaje lo mejor que pude, dejando á doña Prudencia lo que un hombre de bien pudo. Ella se quiso ir conmigo; yo se lo quité de la cabeza, que sentía mucho esconder estas cosas, que un hombre forastero no puede gobernar bien, si al que ha de castigar le ha menester contentar para que le encubra sus faltas; y así determiné de ir sin embarazo, que lo fuera muy grande para mí aquello.

Dejé á don Lope encomendada á doña Prudencia—que dejarla encomendada á mi amigo, no hay más que decir que era á mí mismo—con acuerdo que la socorriese en lo que hubiere menester, y con un empeño con ella de que decía que quedaba preñada; razón de estado de las... tales para más encarecer el amor. Yo por el presente lo creí, que mientras tuve su amistad no entraba ni salía persona en su casa, de suerte que yo estaba bien satisfecho de esta verdad, porque puse particular cuidado, y en más de seis meses que duró nuestra amistad no vide sombra de nada. Y ya os digo, que en esta parte estaba bien satisfecho, ni don Lope apenas lo sabía, hasta que fué fuerza el darme cuenta por el ausencia que yo hacía; y así se la encargué. ¡Ojalá no se la hubiera encargado, pues tantas pesadumbres me costó!

En fin, vino el día de la partida; hubo desmayo y esto de: «¡no me verá nadie; no me lavaré la cara; la pared y mi cara ha de ser toda una!» cartilla que las de tal trato tienen. Verdaderamente, que en parte me daba lástima, y si entonces me dijera que se quería venir conmigo, lo tomara de partido en lugar de no verla hacer tantas ansias tan aparentes á la verdad; y así me salí muy mohino. Y apenas había llegado á mi posada, que ya las mulas estaban prevenidas, cuando la veo en el portal con mil sollozos, de suerte, que por ninguna razón que la decía la podía aplacar; y al ruido salió don Lope, que hasta entonces no la había visto; sí que sabía que tenía una dama, mas nunca yo le llevé conmigo, por no cumplir aquel refrán que dice: *¿Llevais al amigo fiel á ver la dama que amais?* etc. Son refranes que son ajustados á la condición de no buenos sujetos.

Yo me fuí á mi gobierno con satisfacción que dejaba á mi dama encomendada á quien miraría por ella como mi misma persona. Fui recibido con mucho aplauso de todos; teníanme hecha la casa en la que posan todos los gobernadores. Mi antecesor había muerto; tocábame á mí tomar la residencia; harto hubo que averiguar, pero á un difunto basta la cuenta que ha de dar á Dios sin que aquí se la tomen. Yo hice lo que pude por una mujer que dejó y cuatro hijos, que cierto, que si otro mal intencionado fuera, que bastante paño había en que cortar; siendo yo el juez, fui el medianero y lo compuse y ajusté, que le dí por buen juez. Entré á tomar la posesión; juntóse cabildo y yo mostré papeles que traía del conde de Salvatierra. Después de haberme recibido, hice una plática á aquellos señores, que había muy buena gente de Castilla, muy entendidos en todas materias, y fué bien salir de entre ellos con opinión de enten-

dido. Yo empecé mi arenga con decir, que habiendo tantos hombres en Mexico para ocupar aquel lugar, de más capacidad que la mía, el señor virey me había escogido y me enviaba en nombre del rey, mi señor, y de su teniente el conde de Salvatierra y virey de aquellas provincias, á administrar justicia, y que mis deseos eran acertar, y que pedía y rogaba á aquellos señores, que como chapetón en aquellas partes, me advirtieran en lo que fuere errado, que mis deseos sólo eran servir á mi rey y dar gusto á todos con justicia, que era lo que venía á hacer y no á quitar la sangre á nadie. De aquí dije lo demás, que lo llevaba bien estudiado, que es á donde echan de ver la capacidad del gobernador. Todos me dieron la enhorabuena y alabaron mi estilo y el modo de hablar.

Empecé mi gobierno con tanto aplauso de todos, que muchas veces me hallaba confuso de ver lo que hacía y cuán acertado procedí. Hallé en él algunas imposiciones que echaban los gobernadores, que eran cargas muy pesadas para los vecinos y la jurisdicción cosa que llevaban muy á mal; desto tuve noticia; no dije nada hasta que me empezaron á contribuir; yo pregunté que por qué razón se daba aquello; respondieron que todos los gobernadores lo llevaban. Yo dije: que no siendo cosa que era puesta en razón, que se lo volviesen, que no lo había de tomar; y mandé por auto que aquel tributo no se me debía y que no se cobrase; y despaché por toda la provincia á hacer notorio á todos que no se repartiese ni se cobrase. Con esto no faltaba más que traerme en andas; y dello tuvo aviso el virey y me lo agradeció mucho cuán desinteresado era. Y por otra parte me valía más; pues saqué mi mercadería, y aunque no se vendía en mi nombre, bien sabía el lugar que era mía, y sólo por saber que era mi hacienda la compraban. Esto tiene un hombre bien recibido y que procura ajustarse á la razón y vivir como cristiano.

Gobierno era este del cual todos los gobernadores que habían sido el más mínimo trienio sacaban cincuenta mil pesos horros. A mí me valió horros diez y seis mil pesos en dos años y tres meses que estuve en él; y de lo que hice de mi hacienda y lo que yo llevaba, que era cosa de consideración, treinta mil reales de á ocho y muchas curiosidades de importancia. Pero tenía una persona que con mi dinero trataba, y como tenía cerca la Vera Cruz, al tiempo de venida de flota y despacho á España, tenía compradas muchas gallinas y terneras y otras cosas para su despacho, de que se hacía mucho dinero; que el gobierno, sin tener alguna granjería, no es para juntar plata.

Yo me porté del modo que os he dicho hasta que vino otro gobernador, que como al conde le hicieron virey de Lima (1), era fuerza que el que vino había de poner sus criados. Yo no lo pretendí, porque luego vino gobernador y empezó á tomar la residencia.

Úsase en las Indias hacer un regalo de plata á el tal gobernador; mas como yo me hallaba tan bien quisto en la tierra y satisfecho de no haber hecho mal á nadie, lo que hice fué mudarme de la casa é ille á dar la bien venida y dejalle que obrase. Él traía en su capricho que le había de dar yo cuatro ú cinco mil pesos, y como veía que empezaba á hacer la diligencia y que nadie le hablaba, perdía el juicio. Hizo lo que pudo y aun más. Acabósele el término de la visita y remitió á la Audiencia lo escrito, con lo cual me dieron por buen juez y el tal gobernador se quedó sin blanca y yo más bien recibido en el lugar, porque me estuve algunos días hasta traer cierto dinero que aguardaba. Trajéronmelo y despachéme á Mexico, á donde de todos mis amigos fuí muy bien recibido.

## VI.

Don Lope ya no tenía casa, porque en la que tenía sucedió en juego una muerte de un caballero y el conde le mandó que fuera á Palacio y le dió un cuarto; de manera que yo no pude asistir con él. Fuíme en casa de un amigo que ya desto tenía noticia, con in-

---

(1) Como dejo apuntado en la nota primera, el conde de Salvatierra cesó en el gobierno de la Nueva España el 13 de mayo de 1648, hasta cuya fecha no pudo nombrar su sustituto, don Marcos Rueda y Torres, obispo de Campeche, el gobernador de Jalapa sucesor de Peralta. Si éste gobernó, como dice poco antes, dos años y tres meses, tuvo que ser nombrado hacia febrero de 1646, y transcurrir tres años largos desde su llegada á México hasta su nombramiento para el cargo expresado; lo cual no está conforme, en mi concepto, con lo que de su relación se deduce. Por otra parte, cuando Peralta vuelve á México, todavía es virey el conde y continúa siéndolo durante los sucesos del desafío y sus consecuencias; y aunque esta contradicción quiera explicarse entendiendo que nuestro indiano, al decir *que hicieron* al de Salvatierra virey de Lima, se refería sólo á su nombramiento, queda en pie, sin embargo, aquella contradicción y se le añade además la de que gobernando aún de hecho y derecho el de Salvatierra en la Nueva España, tuviera influencia bastante su *futuro sucesor* ó sustituto para quitar oficios á paniaguados del conde y dárselos á los suyos.

tento de buscar otro día un cuarto de casa, como lo busqué y aliñé lo mejor que pude, y fuí á besar la mano al conde, que me recibió como siempre, dándome las gracias de lo bien que había andado y el poco ruido que había dado á los jueces, como suelen algunos gobernadores, dándome palabra que si Dios nos llevase á Lima, que lo mejor que hubiera en el reino me había de dar.

Beséle la mano por la merced, y como había andado de prisa buscando casa y acomodando mi negocio, no había estado despacio con don Lope ni hablado con él de ninguna cosa aquel día, pues cuando salí de Palacio de hablar al conde era tarde. Quedéme á comer con don Lope, pensando que nuestra amistad era como siempre, que no vive el leal más de lo que quiere el traidor. Comimos, y después de comer hablamos en diferentes materias y que no estaba muy sobrado, porque la muerte del caballero le había costado mucho desasosiego y quitádole el garito; que había gastado como si aquello hubiese de ser eterno. Yo le ofrecí lo que traía y que para entre los dos no tenía cosa propia. Agradeciómelo mucho. De lance en lance vinimos á tratar de doña Prudencia, que sabido que había venido, no había tenido un recado de ella; y como yo andaba tan ocupado, que primero es cumplir con las obligaciones que con el gusto, no había podido ir á vella. Díjome que muchos días había que no sabía de ella desde mi postrera carta; que el recado que con ella envié se le dió, y que la criada que vino por él le había dicho que con estas naos que habían venido de China, había llegado un hermano suyo que era muy celoso; y que no sabía otra cosa. Con esto cerramos la plática.

Dióme en el corazón que era mentira todo, y ansí propuse de ir aquella tarde á ver á doña Prudencia. Despedíme y fuíme derecho á su casa. Halléla muy alhajada, más criados que de antes y algunas cosas colgadas que me pareció haber visto en otra parte. Recibióme no con aquel agrado que solía ni mi correspondencia merecía,—porque mientras estuve en el gobierno la socorrí mucho más que la daba en Mexico,—cosa que extrañé, diciéndome entre dientes que había venido un hermano suyo de la China y que era imposible entrar en su casa; que la mayor merced que la podía hacer era no acordarme de ella, y otras sequedades muy libres á que no hice reparo, sino desde aquel tiempo la hablé en otro lenguaje y la dí palabra de hacer lo que me pedía, que ya no estaba yo tan enamorado, que el ausencia es gran medicina para esto. Con todo eso tuve una sospecha, porque me vine á desengañar en ver un escritorio que

tenía don Lope; no lo tomé entonces por mal, porque pudiera ser habérsele dado con gentileza, que cosa tan vil no había yo de entender del término de don Lope. Despedíme, yendo con más confusiones que el mar tiene gotas de aguas, haciendo mil desámenes conmigo y con don Lope, y más, cuando llegaba á entender que éste pudiera haber andado conmigo tan ruinmente. Fuíme á mi posada muy melancólico; no quise cenar, y todo era pensamientos, que en toda la noche no pude dormir, acordándome del modo que me respondió, habiendo yo gastado con esta dama cosa que no lo quiero decir; pero, al cabo, ellas son... tales y como tales han de hacer.

Acordéme que una criada que tenía doña Prudencia cuando teníamos amistad, estaba casada—y que la casé yo de mi mano con un criado que llevé de España, y entonces hice lo que pude, de que estaba bien agradecida. Pregunté á persona que me dijo dónde vivía, fuíla á buscar; halléla y que su marido estaba fuera de la ciudad. Así como me vido, me empezó de abrazar y hacer aquellas garambainas que suelen, de llamarme su padre, su remedio y sólo su bien. Yo la pregunté de su salud. Estuvimos en pláticas hasta que ella salió y me dijo que si había estado en casa de su señora. Yo la respondí: «Como ha venido un hermano suyo de China, dice que ya no hay lugar; que le haga merced de no vesitalla, y yo le dí palabra.»—Ansí como yo dije esto, se empezó á santiguar y darse una palmada en la frente y decir: «¿Hay tan grande bellaquería?» Y se quedó muda. Yo haciendo del no entendido la dije: «Pues, que hay?, dímelo.»—«Habrá vuesa merced de saber que aquel caballero adonde vuesa merced posaba, que delante de mí le dijo vuesa merced tuviera cuenta de doña Prudencia, que desde aquel día le dió en regalar y dalle muchas galas y envialle muchas alhajas, de suerte que él entraba y salía muchas veces, comía en casa y se quedaba á dormir como si fuera su marido, porque con aquel oficio tenía mucha libertad y era respetado. Que hartas veces decía yo cuando enviaba vuesa merced los trescientos y cuatrocientos pesos; ¡triste del que está ausente! Y Manuel quiso algún día ir á visitar á vuesa merced, mas temiendo no le sucediese algún trabajo, lo dejó de hacer. No se le dé á vuesa merced nada, que en el lugar hay ángeles, que aunque era muy hermosa mi señora tenía algunas cosas que la afeaban.»

Yo no me dí por entendido por entonces, despidiéndome de ella hecho un veneno. Fuí á buscar á don Lope; no hallándole en casa, dejé dicho que le buscaba, que me viese; en aquel día no le pude

dar alcance. Otro día le vide en un corro de caballeros, alleguéme á él; estuve haciendo conversación hasta que uno á uno se fueron; quedamos solos y le dije: «Don Lope, yo os quisiera hablar y quisiera que no fuera en este sitio.»—Dijo él: «Pues vamos á casa.»—Respondíle: «No es asunto de casa.»—Respondió: «¿Qué negocio tenemos entramos que aquí no se me puede decir?»—«Yo os lo dijera, mas no quisiera parte tan pública como es esta.»—«Bien lo podés decir, que bien secreta es esta.»—Ya mi cólera no lo podía sufrir y le dije: «¿Es de honrados caballeros dejar un amigo como yo he sido para vos encargada su dama y haber hecho lo que habés hecho? Yo estoy desto muy sentido y si dello no me dais bastante satisfacción, soy hombre que la sabrá tomar.»—A las primeras razones me dijo que mentía, y metiendo mano á la espada y yo á la mía, nos embestimos. Acudió tanta gente, que nos desviamos y se puso de por medio, y se envainaron las espadas, dejándome con un mentís cargado y quitádome la dama de la manera que os aviso.

(Continuará.)

---

---

# INGENIEROS

---

## FERROCARRILES DE CAMPAÑA

(*Conclusión.*)

El cuarto distrito necesita vías férreas que cerquen sus costas marítimas. Esas vías deben unir la Coruña con el Ferrol y con Vigo, una tercera el Ferrol con Gijón, acercándose todo lo posible al Océano en los trayectos que recorran. Hay que tener presente que España es una nación marítima de primer orden, y el papel que en una guerra nada imposible con Inglaterra desempeñarían los ferrocarriles militares para defender el litoral é impedir los desembarcos.

Además, no da lugar á duda alguna el desarrollo que alcanzaría nuestra marina mercante, y á su sombra la de guerra, siendo incalculable la gran riqueza que todo eso junto nos reportaría dentro y fuera de España.

Imaginémonos, por un momento, que existiera la red de ferrocarriles que acabamos de indicar.

Lugo, capital del distrito, sería el centro de una red de líneas concéntricas que lo enlazarían con todas las capitales de las provincias de su distrito militar, teniendo además las paralelas entre sí de Lugo á Orense, de León á Oviedo y Gijón, unidas en su base, por la transversal de León á Orense. Esta línea transversal sería la que reuniría mejores condiciones estratégicas, primero por su terminación en el Océano por el puerto de Vigo, y segundo por su terminación en el extremo opuesto de Venta de Baños, una de las estaciones militares más importantes de los distritos segundo y tercero y casi en el centro de éstos.

La estación de Orense con su línea ascendente á Lugo, su marítima á Vigo y su transversal á León, y paralela al propio tiempo

á su costa norte-cantábrica, sería la más útil del distrito, militarmente considerada.

Después seguiría en categoría, por sus condiciones estratégicas, la estación de León, de la que parten tres líneas divergentes: la ascendente á Gijón; la transversal á Orense y la descendente á Venta de Baños.

EL QUINTO DISTRITO comprende las cuencas del Tajo y del Guadiana hasta su entrada en Portugal.

Forman sus límites la cordillera Carpeto-Vetónica desde su arranque de la Ibérica, esta divisoria general de aguas hasta la sierra de Alcaraz, la cordillera Mariánica hasta Encinasola, y la frontera portuguesa desde este punto hasta la sierra de Gata.

Su figura es aproximadamente rectangular, su superficie 104.800 kilómetros cuadrados, y su perímetro 14.150 kilómetros; de éstos, 400 á la cordillera Carpeto-Vetónica; 300 á la frontera portuguesa, 300 á la cordillera Mariánica, y 800 á la división de aguas.

Comprende las provincias de Madrid, Toledo, Cáceres, Ciudad Real, casi la totalidad de las de Badajoz y Guadalajara, parte de las de Córdoba y Cuenca, y una pequeña fracción de las de Huelva y Jaén.

En la línea férrea de Madrid á Córdoba se encuentra Alcázar de San Juan, estación de enlace, de donde parten dos líneas divergentes, la de Córdoba y la de Alicante. La de Córdoba, que en Manzanares da origen á la línea fronteriza de Portugal por Mérida y Badajoz, y la de Alicante en Almansa á la de Valencia, siendo la estación de enlace de Manzanares de primer orden, desde el punto de vista militar, por serlo de una línea fronteriza.

Alcázar de San Juan es una estación militar de primer orden, por la posición topográfica que ocupa con relación á las dos cordilleras entre las que está situada, por las vías férreas que recorren la cordillera Mariánica y las que Alcázar de San Juan enlaza.

El quinto distrito limita al Oeste hasta Segura de la Sierra (Jaén), en la sierra de Alcaraz, de la que se desprende la cordillera Mariánica que separa la cuenca del Guadalquivir de la del Guadiana, marchando este río entre la cordillera Carpeto-Vetónica y la Mariánica. La estación más próxima á Segura es la de Baeza, sobre la línea férrea de Alcazar de San Juan á Córdoba.

Además, Alcázar de San Juan crece en categoría estratégica, si se tiene en cuenta que la línea que de dicho punto parte en dirección á dos grandes poblaciones del Mediterráneo, Alicante y Valencia,

las pone directamente en contacto con la capital del distrito, y atraviesa terrenos llanos donde puede maniobrar un ejército con numerosas masas de caballería y artillería.

La cordillera Carpeto-Vetónica contornea este distrito en las sierras de Ministrá, Molina, Nudo de Albarracín y sierra de Alcaraz.

La nueva línea férrea de Madrid á Barcelona que, según el trazado, pasará por Molina, atravesando la sierra de Albarracín, ejercerá desde luego una gran influencia estratégica, decisiva algunas veces por las grandes defensas que su situación topográfica ha de proporcionar por las escabrosas sierras de la cordillera Carpetana, las líneas de aguas, como también por dirigirse directamente á Barcelona, capital del segundo distrito.

La cordillera Mariánica en su entrada á Portugal sirve por el Sur de límite á este distrito.

Nada decimos de la vía férrea del Norte, pues su influencia en la guerra la tiene en los distritos segundo y tercero, según ya demos tramos.

La estación de Sigüenza llenaría incalculables condiciones estratégicas en este distrito, el día que partiera de ella una línea férrea que la uniese con Tudela por Soria, y con Burgos por la prolongación de la vía desde Soria hasta Burgos, y convirtiéndose Soria en estación de enlace y desempeñando el papel que oportunamente indicamos.

La condición especial de los ferrocarriles que conducen desde Madrid á Portugal es admirable. Son vías que llenan por completo todas las necesidades de la guerra el día improbable que tuviésemos que sostenerla con Portugal.

El primero de estos caminos de hierro es directo de Madrid á Portugal por Malpartida.

El segundo consta de dos trayectos, el primero de Madrid á Ciudad Real, perpendicular á la primera línea fronteriza, teniendo á su espalda en el interior la línea de Madrid á Manzanares unida á Ciudad Real por un ramal; el trayecto de esta línea se dirige desde Ciudad Real por Badajoz á Portugal en sentido paralelo al trayecto de la primera línea internacional de Madrid á Portugal por Malpartida.

EL SEXTO DISTRITO comprende la región inferior derecha de la cuenca del bajo Ebro, la del mismo lado del Guadalope y las cuencas de los ríos La Cenia, Mijares, Palencia, Guadalaviar, Júcar y Segura. Forman sus límites el Ebro desde su confluencia con el Guadalope;

parte de la sierra de Gúdar; el Nudo de Albarracín; la cordillera Ibérica desde dicho Nudo hasta Sagra; desde la Puebla de Don Fadrique el límite de la provincia de Murcia, con las de Granada y Almería, y las costas del Mediterráneo desde el puerto de Aguilas hasta Tortosa. Comprende este distrito las Islas Baleares. Su figura, excepción de las islas, es la de un segmento alargado bastante irregular, cuya extensión en superficie es de 41.000 kilómetros cuadrados y su perímetro 1.150, y de éstos 500 á las costas.

Forman parte del distrito las provincias de Valencia, Castellón, Alicante, la mayor parte de las de Cuenca, Teruel y Albacete, y pequeñas porciones de las de Tarragona y Zaragoza, las Islas Baleares de Mallorca, Menorca é Ibiza, siendo su perímetro de 4.800 kilómetros cuadrados.

La capital del distrito es Valencia.

De Valencia parten dos líneas divergentes; la vía férrea de Tarragona, perfectamente paralela á la costa hasta Tortosa, límite del distrito por ese lado, y la que se dirige hacia Almansa, teniendo ésta en su trayecto un ramal que llega á los puestos de Gandía y Denia.

La estación de Almansa es de gran significación estratégica, pues de ésta casi parten tres líneas: la ascendente por Chinchilla á Madrid, la descendente hasta Alicante, y la paralela y ceñida á la costa de Valencia.

La estación de enlace ó bifurcación de Chinchilla es de primer orden, partiendo de ella tres líneas: la ascendente á Madrid y las dos descendentes, divergentes y casi paralelas, hasta Alicante una, y hasta Murcia y Cartagena la otra, formando todas éstas una red completa de ferrocarriles.

La defensa de este distrito sería completa una vez terminada la línea en construcción desde Madrid á Cuenca, prolongándose ésta como se proyecta por Daroca á Teruel, Requena y Valencia, sin olvidar la de Daroca y Calatayud.

La estación de Daroca, punto de suyo ya estratégico, llenaría un gran vacío desde el punto de vista militar al partir de dicha estación dos líneas férreas completamente divergentes en sentido diametralmente opuesto; la descendente de Daroca á Teruel, hasta Valencia; la ascendente de Daroca á Calatayud, donde se unirían en este punto con el primero y segundo distritos, sobre la línea general de Madrid á Zaragoza.

Además, reportaría la inmensa ventaja de que, siendo paralelas las dos grandes líneas de Madrid á Zaragoza, y la mediterránea de

Valencia por Tarragona á Barcelona, son también convergentes en sus dos extremos de Madrid y Barcelona respectivamente, cortadas á su vez perpendicularmente en los casi puntos céntricos de sus trayectos generales, en *Valencia* y en *Calatayud*. Las defensas que estas líneas reportarían entonces serían inmejorables.

EL SÉPTIMO DISTRITO lo constituyen las cuencas del Guadalquivir, Guadiana inferior, y la de los ríos Guadalete, Guadairo y Guadalmedina con las demás de la vertiente meridional. Forman sus límites la línea de separación de la provincia de Murcia de las de Almería y Granada desde el puerto de las Águilas hasta el pueblo de Don Fadrique (Murcia); la divisoria general de aguas hasta la sierra de Alcaraz; la cordillera Mariánica hasta Ensinasola; la frontera portuguesa hasta la desembocadura del Guadiana y la costa desde este punto hasta el puerto de las Águilas.

Dependen de este distrito las posesiones de África y las Islas Canarias.

La capital del distrito es Córdoba, que ocupa la posición central más estratégica del mismo.

Comprende este distrito las provincias de Cádiz, Málaga, Granada, Almería, Sevilla, Huelva, la casi totalidad de las de Jaén y Córdoba y pequeñas fracciones de las de Badajoz y Ciudad Real. Su extensión superficial 85.000 kilómetros y su perímetro 1.200 kilómetros, de los que la mitad corresponden á la costa.

Las defensas naturales que ofrece este distrito son formidables por el nudo de montañas que lo engranan y la cuenca del caudaloso Guadalquivir, que con sus afluentes admirablemente se combinan.

Este distrito presenta la figura de una elipse irregular cuyo eje mayor fuera horizontal.

El terrible desfiladero de Despeñaperros es la verdadera llave de Andalucía, por ser el único camino practicable y que con su vía férrea puede transportar rápidamente un ejército desde Castilla á Andalucía.

Todo el trayecto desde Venta de Cárdenas á Bailén y Andújar hasta Córdoba lo serpentea el Guadalquivir, teniendo dos solos puentes, uno en Alcolea y otro en Córdoba, y además el de la vía férrea en Menjíbar.

La estación de Venta de Cárdenas, situada en el hondo del formidable desfiladero de Despeñaperros, Santa Elena y Vilches, deben considerarse por su especial situación topográfica y estratégica como estaciones militares de primer orden.

La estación de Córdoba es la más importante del distrito, tanto por ser la capital, como por partir de ella tres líneas generales: la ascendente de Córdoba á Manzanares sobre la gran vía de Madrid; la descendente de Córdoba á Málaga en sentido perpendicular á la costa del Mediterráneo; la de Córdoba á Sevilla y Cádiz, siendo su trayecto hasta Sevilla paralelo al Mediterráneo, y desde Sevilla á Cádiz marcha en sentido perpendicular al Océano en la misma dirección que el Guadalquivir, que se desvía por la derecha de la vía férrea cerca de Sanlúcar para desaguar en este punto.

De la primera línea que parte de Córdoba, ó sea la ascendente hasta Madrid, merece especialísima atención la vía férrea que desde Manzanares por Ciudad Real se dirige por Badajoz á Portugal, por ser paralela á la de Córdoba á Sevilla. De Córdoba á Bélmez parte un ramal en el sentido de unir ambas líneas.

En la segunda línea, ó sea en la descendente de Córdoba á Málaga, parte desde la estación de Bobadilla por Antequera la vía férrea que se dirige á Granada, también paralela á la costa del Mediterráneo y á larga distancia de éste.

De la tercera línea, también descendente de Córdoba á Sevilla y Cádiz, parten desde Sevilla dos vías; la que se dirige desde Llerena á Mérida, estación ésta situada sobre la vía férrea portuguesa, y la que marcha desde Sevilla á Huelva.

De la estación de Sevilla arrancan los ramales para Alcalá y Carmona.

Entre los trazados perpendiculares á la costa y paralelos entre sí de las líneas de Córdoba á Málaga y de Sevilla á Cádiz, encuéntranse unidas por varios ramales las poblaciones de Utrera, Marchena, Osuna y la Roda, partiendo dichos ramales de Utrera, estación situada sobre la vía férrea de Jerez á Sevilla. Otros ramales unen Jerez con Sanlúcar y Bonanza, y Coronil con Mozón.

Para que la red de ferrocarriles fuera completa, sólo falta uno que partiendo de Cádiz y pasando por cerca de Tarifa y Algeciras á bastante distancia de Gibraltar, se dirigiese á Málaga acercándose á la costa todo lo posible.

En caso de una guerra con el continente africano, si algún día hemos de defender nuestros intereses en la costa de Marruecos y cumplir civilizadora misión, ésa sería la línea más útil para el transporte de tropas y material de guerra.

Descritas las condiciones que deben llenar las vías férreas con relación á las topográficas del País, á las de la defensa nacional con-

forme á la división militar de nuestro territorio, pasamos á ocuparnos de los detalles que hay que tener presentes para utilizar convenientemente las estaciones.

Al Estado Mayor compete poseer un plano completo con el trazado de los ferrocarriles, descripción detallada de los puntos de bifurcación, enlace de las líneas generales y ramales de éstas dentro de cada distrito, y otro trazado que comprenda en conjunto los caminos de hierro de la Península y los fronterizos extranjeros. Debe calcularse el número de trenes que cada día puedan circular en cada vía sin detener el servicio público; los que circularían suspendido éste por las necesidades de la guerra; las tropas que conforme á la importancia y situación de cada estación tienen que embarcarse, y el material necesario, tanto para la marcha de tropas como para la conducción del material de guerra, con arreglo al número de fuerzas.

Localizado el ejército y localizados todos sus servicios, condición indispensable en las modernas organizaciones, sábase matemáticamente el número de tropas que en las diversas situaciones existen en cada distrito; por consiguiente, los servicios auxiliares que forman parte de las mismas. Sabido es que cada brigada, base de las grandes unidades orgánicas, con arreglo á la infantería con que cuenta, dispone de caballería y artillería proporcional; que estas unidades necesitan sus parques móviles afectos á la artillería; los parques de ingenieros, ó sean *una sección de una unidad de puentes*, otra de telégrafos y de ferrocarriles; el parque sanitario ó ambulancias y el de la administración militar para las subsistencias.

Conocidos estos servicios, y como quiera que las estaciones de embarque han de serlo preferentemente las de enlace ó las estratégicas de primer orden que oportunamente hemos explicado, debe, aparte é independientemente del material locomóvil que para sus necesidades posean las compañías, tener el Estado aparcado en las estaciones todos los elementos de transporte precisos para los servicios de la guerra, al cuidado de las tropas técnicas y tropas de tren de ferrocarriles, que constituyen el cuerpo de ingenieros, dirigido en la guerra todo ese gran conjunto por el cuerpo de Estado Mayor, que es el que realiza las concepciones y cumplimenta las órdenes del General en jefe, jefes superiores de brigada, división, etc.

Por consiguiente, procede tener un conocimiento perfecto de las estaciones de primer orden, y de aquellas estratégicas donde se establezcan los grandes depósitos de material de ferrocarriles milita-

res para los usos ordinarios del ejército en tiempo de paz, como de los extraordinarios en el de guerra. Es más: á fin de que ese material no represente un capital sin circulación y aplicación, pueden utilizarlo, una vez adquirido por el Estado, las compañías concesionarias, pero teniéndolo siempre perfectamente conservado, reponiéndolo conforme el uso lo gaste ó lo utilice, hecho todo bajo la inspiración y responsabilidad del cuerpo de Ingenieros militares, cuya custodia ha de estarle confiada.

Toda estación militar de primer orden necesita una largura mínima de vía de 400 metros para contener un tren de 100 carruajes, y las vías de servicio necesarias dentro de la estación para las maniobras consiguientes para el embarco simultáneo de transportes y tropas; las rampas para el embarco de caballos y coches y los dobles andenes para el embarque y desembarque instantáneo de tropas, para que todas estas operaciones se hagan sin confusiones y pérdidas de tiempo, siempre funestas.

En las estaciones de enlace donde afluyen tropas de diferentes y encontradas direcciones, hay que fijarse, como datos preferentes, en la topografía de los caminos y terrenos que rodean la estación para su defensa y escoger los sitios donde las fuerzas puedan acampar, forrajear el ganado, desplegar la caballería, aparcar la artillería, como los almacenes ó andenes cubiertos que existan para guardar las municiones y guarecerse las tropas de un temporal de aguas.

Las estaciones de *entroncamiento* con las fronterizas conviene que desde luego se hallen militarmente ocupadas y fortificadas, máxime cuando esto en nada embaraza el natural desenvolvimiento del tráfico de las compañías concesionarias.

Antes de entrar á describir las condiciones que han de reunir los coches para transporte de tropas, haremos una ligera reseña de las grandes concentraciones verificadas por medio de los ferrocarriles en las últimas guerras europeas.

En 1859, Francia envió á Italia numerosas masas, durando esta campaña con Austria dos meses y medio. En este tiempo transportaron los ferrocarriles 604.000 hombres y 129.000 caballos desde las guarniciones interiores de Francia hasta el centro del Reino Lombardo-véneto (Austria). Se emplearon 3.838 trenes del servicio público y 253 trenes especiales militarmente montados y servidos, llegando á transportarse en un día 12.000 hombres y 600 caballos en 17 trenes especiales sobre una sola línea, la de París á Lyon, quedando aún 13 trenes que hicieron el servicio ordinario del tráfico

público. Según consta, durante el tiempo que duró esa campaña en nada se alteró el servicio de viajeros y el de mercancías en las líneas ocupadas por el Estado.

Alemania, en 1866, aplicó en más grande escala las vías férreas á los usos de la guerra. De Praga á Coblenza, en un trayecto de 500 kilómetros, transportó un cuerpo de ejército de 40.000 hombres en treinta y una horas, y otro de Pilsen á Luxemburgo en treinta y cinco horas.

Pero donde verdaderamente asombra el empleo de los ferrocarriles como instrumento de guerra es en la franco-alemana.

Alemania, en la noche del 16 de julio de 1870, transmitió las órdenes de la movilización del ejército prusiano y el de los Estados del Norte; el 17 lo hizo para el ejército bávaro, y el 19 con el ejército de Wurtemberg.

El 23 comenzó la reconcentración de tropas por los ferrocarriles de todos estos cuerpos de ejército, y el 27 cada uno se hallaba reunido en el sitio que de antemano se le tenía señalado.

El día 24 de julio, ocho días después de comunicadas las primeras órdenes de movilización, el 7.º cuerpo de ejército con todo su numeroso material de guerra se hallaba en campaña, escalonado entre Munster y Dusteldorf.

El día 3 de agosto los Generales en jefe de todos los cuerpos de ejército noticiaban al Gobierno que, situados en los puestos que se les había prevenido, esperaban órdenes para comenzar las operaciones de la guerra.

Vemos luego que en diez y ocho días, después de expedidas las primeras órdenes, 500.000 hombres del ejército alemán se hallaban en el teatro de la guerra sobre la frontera francesa, entre Wisemburgo y Forbach, con grandes masas de caballería y su numeroso y completo material de trenes de artillería, de parques móviles, de puentes, telégrafos, ambulancias y subsistencias.

Estas rapidísimas concentraciones de tropas se hicieron en medio del mayor orden, con suma facilidad, merced á la bien combinada situación permanente de las fuerzas, de los conocimientos y buen servicio de las unidades de ferrocarriles y telégrafos del cuerpo de Ingenieros, y de los trabajos que constantemente realiza ese gran Estado Mayor alemán para conocer en todos sus múltiples detalles cuanto concierne á la acertada dirección de las tropas.

En cambio Francia, cuatro días antes de la declaración de la guerra, y por consiguiente del 15 de julio, daba órdenes terminantes á

las compañías del Este, del Oeste y de Orleans para que pusieran á disposición del Ministro de la Guerra todos los medios de transporte con que contaban, reservándose el Gobierno el derecho de suspender la circulación de los trenes de viajeros y mercancías en todos los puntos de la red de ferrocarriles que enlazaban con las mencionadas tres líneas generales. La compañía del Este tardó diez días en trasladar á la frontera 186.000 hombres, 32.000 caballos, 3.162 piezas de artillería y 1.000 vagones de municiones. Á los veinte días pudieron los franceses tener sobre la frontera alemana 300.000 hombres, 60.000 caballos y 6.600 piezas con 4.480 vagones de municiones.

Los alemanes llegaban en mayor número, con 200.000 hombres más, sus fuerzas más reconcentradas, ocupando por consiguiente un espacio relativamente más reducido al que ocupaba el ejército francés, *dos días* antes á la frontera. De ahí el comienzo de la serie de desastres que la Francia vino sufriendo hasta la entrada de los alemanes en París, ocasionados por haber llegado más tarde, con fuerzas inferiores y con los servicios mal organizados, á la frontera alemana.

Desgraciada la nación que en una guerra internacional olvide «que el tiempo es el factor principal, y que la estrategia consiste en aglomerar en menos tiempo del que tarde el enemigo fuerzas superiores en número á las de éste, en el punto objetivo de la campaña.» Y ese problema de la guerra sólo se resuelve con los ferrocarriles y telégrafos.

Estudiando ahora las diferentes clases de coches que un ejército necesita para tener bien montados sus servicios de campaña, lo primero con que debe contar es con buenos vagones-cuadras para el transporte del ganado.

Los caballos no deben embarcarse juntos y menos aglomerados, pues unos contra otros se oprimen, se pisan, cocean contra las paredes del tren y están expuestos á mil accidentes. El caballo desde el momento en que se embarca sufre mucho durante la travesía. Desde que entra en el vagón se encoge, arquea su cuerpo, bien apoyándose sobre los brazos ó sobre las piernas, según se le ate más ó menos corto. Todo le extraña, se esfuerza en apoyarse sobre el pavimento haciendo esfuerzos inauditos para sujetarlo, como si pudiera conseguir detener la marcha; algunas veces arquea su cuerpo sobre sus cuatro remos encogidos, pierde aquella esbeltez que á su figura le da cuando se cree fuerte al verse libre. El miedo se apo-

dera al momento del caballo, en el instante mismo en que el tren se pone en marcha; las oscilaciones que preceden á ésta son bruscas, busca en vano un equilibrio que no encuentra hasta que la velocidad es igual; cree que va á caer, y los esfuerzos que hace entonces para tenerse en pie le cubren bien pronto de sudor. Desde que el tren disminuye su velocidad, vuelven de nuevo al caballo los pasados sufrimientos. El ruido de la máquina, el que produce el tren marchando, los silbidos de la locomotora, aparte de los vaivenes, son causas que le producen verdadero terror, tanto que en algunos caballos en cuya naturaleza prevalece demasiado el sistema nervioso se desarrolla el vértigo, que algunas veces termina con la muerte del noble animal. Hé ahí que los pareceres estén divididos acerca de la posición de los caballos en los coches-cuadras, siendo el más admitido el que ocupen una posición perpendicular á la vía, ó sea atravesados.

En el ejército austro-húngaro se les coloca, sin embargo, en dirección paralela á la vía, con la cabeza hacia el centro del vagón.

El caballo por lo regular, tratándose del primero, se resiste á entrar en los vagones, habiendo algunos para los que hay que emplear el engaño, tapándoles los ojos, ú obligándoles á viva fuerza á obedecer.

El minimum de altura de entrada de los vagones para la caballería debe ser de 1,92 metros, y lo mismo para los mulos ó mulas de la artillería.

Los vagones divididos en compartimientos son los más apreciados para el transporte de los caballos, pues éstos pueden en los movimientos oscilatorios del tren encontrar apoyo en la madera que los separa dentro del mismo vagón.

El vagón debe contar con el espacio suficiente para que puedan ir dos ó tres soldados, no olvidando que el caballo es tímido por naturaleza desde el instante que se ve encerrado, y que en ese caso, la presencia del hombre hace que renazca en él la confianza y que disminuya el terror que le ocasiona la marcha del tren.

Varios son los sistemas de rampas empleados para el embarque simultáneo de los caballos, pero es preferible el embarque por uno de los lados del coche por medio de rampas cerradas por sus costados, y que por un mecanismo especial formen parte del vagón. Es sabido que desde el momento en que un caballo entra, los demás que están detrás siguen su ejemplo sin vacilar. Para el caballo receloso puede adoptarse un sistema tal que, una vez dentro de la ram-

pa, ésta se levante por medio de una charnela en sentido horizontal y en el mismo plano del coche, pero procurando antes de levantarla cerrarla, para que el caballo en su movimiento de retroceso no cayera á la vía.

Para los transportes de tropas sirven los mismos coches de viajeros. Para los de la artillería no hacen falta coches especiales, y los parques móviles ó de municiones se colocan perfectamente dentro de los vagones de equipajes. Las piezas pueden ir en vagones descubiertos.

Los carruajes para la conducción de heridos son objeto de meditado estudio en todos los países.

Los norteamericanos fueron los primeros que desde principios de la guerra separatista, al ver las funestas consecuencias de trasladar los enfermos y heridos en los coches de viajeros, inventaron la formación de un tren sanitario que les permitía transportar de una vez 1.000 enfermos y heridos desde Frederichbourg á Wáshington. Cada coche tenía 20 metros de longitud, permitiendo recibir 30 heridos colocados sobre camas sobrepuestas y colgadas como las literas de los buques sobre uno y otro lado del coche en el sentido de su longitud. Cada coche recibía la ventilación y claridad necesaria, teniendo en el centro una estufa para calefacción del tren y cocer los alimentos de los enfermos.

Después de la guerra de Alemania con Bohemia, el Gobierno prusiano adoptó el sistema americano con las variaciones introducidas por el Dr. Esmasch, que consistían en pasar de un lado al otro de los coches; que éstos fueran corridos de un lado á otro del tren, unido cada uno á los demás por dos puentes; que los heridos se colocasen en camillas de lienzo con colchoncillo, suspendidas por dos anillas de cautchouc de los costados del carruaje, sobrepuestas estas camillas en dos hileras, quedando así libre el paso á todo lo largo del tren y desocupado el centro de cada coche. Estas camillas son las mismas en las que se colocan los heridos en los campos de batalla, transportándolos en esa forma á los trenes sin necesidad de mudarlos de sitio. Los vagones van provistos de sábanas, mantas, almohadas, y de todo cuanto pueden los heridos ó enfermos desear ó necesitar, sin que les falte la ventilación y luz suficiente.

En el Wurtemberg se ha perfeccionado este sistema con el del Dr. Gurlt, siendo los coches-ambulancias más largos, pues cuentan con una longitud de 12 metros, y cada camilla 2 metros 50 centímetros.

Al estallar la guerra franco-alemana, las unidades de ferrocarriles militares contaban con 200 vagones de Sanidad entre todos estos sistemas, mientras que los franceses, completamente desprevenidos (como los españoles), se encontraron sin coches apropiados para estos hospitales de campaña, habiendo tenido que pasar por la triste necesidad, en los desastres que sufrían, de dejar abandonados sus heridos al cuidado del enemigo, por carecer de medios para transportarlos en sus ferrocarriles.

Después de la guerra es cuando los franceses están montando este servicio de una manera admirable, existiendo trenes de ambulancias con sus vagones para los médicos, enfermerías de distintas clases y cuantos departamentos puedan existir en un hospital.

Mucho se ha legislado sobre el número de coches de que ha de componerse un tren militar, pero esto depende de la fuerza de las máquinas. Regularmente los trenes de tropas se componen de 50 á 60 carruajes. En la guerra franco-alemana algunos trenes de Sanidad militar llevaban hasta 80 carruajes.

El número de coches que concurren á la formación de un tren está relacionado con la potencia de la máquina que lo arrastra y con el peso que los coches llevan. Consta que por término medio un soldado con su armamento y equipo pesa 86 kilogramos; el caballo ensillado, 512; el mulo, mula ó caballo de la artillería ensillado y atalajado, 557. El peso de los cañones se sabe exactamente según el calibre de las piezas, como asimismo el de todos los montajes, arzones ó carruajes. Así pues, según el número de hombres, ganado y piezas y demás material que se embarca, se sabe exactamente el peso de carga que el tren ha de arrastrar.

Cada arma, y por cuerpos de ésta, lleva los estados de fuerza y material, y con estos estados unidos á los que debe poseer el Estado Mayor, el cálculo del peso total es facilísimo de hacer.

Debe cada brigada embarcarse con su infantería, caballería, artillería, ingenieros y todos sus servicios auxiliares. Como en un solo tren no puede ir, se distribuye en proporciones iguales entre los que compongan la expedición, teniendo cuidado que las tropas de vanguardia ó aquellas que inmediatamente han de operar sean las que ocupen el primer tren, siguiendo las que apoyan á éstas, y últimamente el tren que transporte el material más pesado.

Actualmente, á la caballería le está confiado el reconocimiento del terreno, como asimismo la protección de la misma vía férrea, razón por la que la fracción de caballería que forme parte de la

vanguardia se coloca en los primeros vagones, ó sea á la cabeza del primer tren, llevando siempre á mano dentro de estos carruajes ó en furgones inmediatos las rampas para el desembarco del ganado.

Jamás conviene y es siempre perjudicialísimo que se mezclen tropas de distintos cuerpos de un arma, ó de diferentes unidades orgánicas. Cada arma y cada cuerpo va siempre unido, ocupando sus jefes y oficiales entre la tropa los puestos que les están señalados en el orden táctico.

En los intervalos que ocupe un arma no se intercalará otra, tanto en las operaciones preliminares de embarque como en la marcha de los trenes, ó sea dentro de los carruajes. En éstos el orden que las tropas ocupen debe ser el mismo que antes guardaban en su formación de columna al llegar á la estación.

Dentro de los andenes sólo se consiente la entrada de las tropas que han de embarcarse. Las que hayan de hacerlo en los trenes siguientes, permanecerán formadas dentro ó fuera de la estación, pero sin que estorben en lo más mínimo las operaciones de embarque de las que estén efectuándolo.

Los trenes que conduzcan una brigada partirán simultáneamente sin guardar entre sí otros intervalos que los que marca el mismo espacio de tiempo invertido en las operaciones de embarque, las que, como las de composición de cada tren, deben ser muy rápidas.

Los coches que conducen paja y forrajes para el ganado y las materias explosivas de la artillería marchan á la cola del tren.

Cada tren de tropas conviene que lleve consigo todo el material necesario para reparar sobre la marcha cualquiera ligero accidente que ocurra, como descarrilamiento de algún coche, reposición de la vía, etc., etc.

Las tropas á pie se embarcan en los andenes de viajeros; la caballería, artillería y material de guerra, en los andenes de mercancías.

Todos los múltiples detalles que encierra el embarco de tropas se previenen en reglamentos especiales en todos los países, y de los que nosotros por hoy carecemos. Durante la paz, en los ejercicios anuales por brigadas, divisiones y cuerpos de ejército, se ejercita á las tropas en estas maniobras puramente tácticas, como lo son el tendido de un puente, de una línea telegráfica y el emplazamiento ó levantamiento de un camino de hierro por las tropas técnicas de Ingenieros.

La caballería, que es la que ofrece más dificultad y exige especial estudio para su transporte, debe ejercitársela en determinadas épo-

cas del año en los ejercicios de embarco y desembarco en las estaciones en que estén de guarnición, ejercicios que en todos sus detalles es preciso que los oficiales conozcan perfectamente, instruyéndoseles oportunamente en las academias. Los oficiales de Estado Mayor, cualquiera que sea su categoría, presenciarán estos ejercicios, á fin de conocer en todas sus múltiples aplicaciones cuanto concierne al transporte de cada arma, viendo las dificultades que sólo la práctica da á conocer, para estudiarlas y dictar las disposiciones conducentes á su remedio para los ejercicios sucesivos, única manera de que estos servicios se perfeccionen de continuo.

En las traslaciones de un cuerpo de ejército, el material de la artillería de grueso calibre se embarca en los últimos trenes. Los parques sanitarios, como las subsistencias á cargo de la Administración Militar, hornos de campaña y todo el menaje y utensilio afecto á este cuerpo auxiliar, van con las tropas en los mismos trenes en que éstas viajan.

En las naciones donde se cuenta, como en Alemania, Italia, Austria, Francia, Bélgica y Rusia, con todo el material dispuesto y reglamentados estos servicios, la duración de embarque es precisamente de veinte minutos para un batallón de infantería, de una hora para 150 caballos y de hora y media para una batería de seis piezas.

Para llenar un tren compuesto de treinta á cuarenta carruajes con tropas de las tres armas, no se tarda más de hora y media á dos horas.

De la instrucción de los oficiales depende el orden y rapidez con que se efectúan los embarques; cada uno tiene su cometido, y éste debe cumplirlo con la misma seguridad y silencio que en los campos de maniobras ejecuta con su tropa las evoluciones que manda el jefe de un batallón, escuadrón ó batería.

El desembarco se efectúa en la misma forma por medios inversos á los empleados para el embarque, debiendo las tropas salir de los andenes en el mismo orden táctico de formación que antes entraron. Tanto en una como en otra operación, los vagones del tren se colocarán de manera que, una vez dada la orden de entrar ó bajar, la maniobra se efectúe simultáneamente.

El desembarco es siempre más rápido, calculándose la mitad del tiempo para todas las armas que el empleado para el embarque. Á todo tren de tropas precede una locomotora llamada piloto, para reconocimiento de la vía, aparte de los avisos que de cada estación se reciban de hallarse expedita la vía, y de la vigilancia ejercida en

toda la línea, según la proximidad á que se sepa ó se suponga se encuentre el enemigo.

En toda vía situada en el teatro de la guerra ó zona donde se libran combates, tienen su puesto los trenes especiales sanitarios para trasladar á éstos los heridos ó enfermos, sirviendo dichos trenes de verdaderos hospitales. Las asociaciones benéficas y la internacional de la Cruz Roja son las que se encargan de los servicios interiores de estos trenes militarmente montados, que el derecho de gentes considera inatacables y completamente neutrales dentro de las líneas de fuego, desde el momento que enarbolan la bandera blanca.

Una vez recibidos los heridos, marchan los expresados trenes á las poblaciones más inmediatas para entregarlos en los hospitales, regresando de nuevo al campo de batalla.

Los coches, de cualquier clase que sean, cuando por desgracia no los hay especiales, como en España, se habilitan con sólo quitarles los asientos y colocar en los costados de su interior las anillas ó argollas que han de suspender las camillas de los heridos. Las cocinas económicas se instalan inmediatamente dentro de los coches. Las ambulancias de sanidad llevarán consigo todo cuanto sea necesario para esta transformación.

Los caminos de hierro son hoy en la guerra el punto de apoyo de todas las operaciones, y por consiguiente, el objetivo principal que trata de destruir el enemigo. De esto se inferiría fácilmente, si la historia militar no lo demostrara con la elocuencia de los hechos, que las grandes batallas se empeñan cerca de las líneas generales, y principalmente en las estaciones que sirven de nudo ó enlace á varios trayectos, pues es evidente que su ocupación por el enemigo le ofrece inmensas ventajas que le conducen de seguro á obtener decisivas victorias. La ocupación de una estación de enlace estratégica de primer orden basta para cambiar por completo la faz de una guerra. Si nosotros en una guerra de invasión perdiésemos estaciones como Miranda de Ebro, Castejón ó Tudela, Venta de Baños y Lérida, habríamos perdido con ellas la mitad de nuestro territorio, las Vascongadas, Aragón, Cataluña y parte de Castilla. Con la pérdida de las estaciones de enlace de Alcázar de San Juan, Almansa ó Chinchilla, Manzanares y Venta de Cárdenas, nuestro territorio se hallaría á merced del invasor.

Los norteamericanos consignan en su historia «que la historia de la guerra americana es la historia de los trabajos realizados por las divisiones de los caminos de hierro.»

Las recientes guerras, desde la de los Estados Unidos de América, pueden considerarse como una serie de combates librados para poseer las líneas férreas y ocupar sus nudos ó estaciones de enlace, idea que ha prevalecido sobre la antigua de posesionarse de las plazas fuertes, las que hoy no se atacan, por regla general, sino que se dejan aisladas y privadas de todo género de comunicaciones, con lo que se las hace por el pronto impotentes, encargándose el tiempo de que se rindan.

La defensa, pues, de las líneas férreas debe reconcentrarse en nuestro País en las estaciones de enlace ya nombradas; y si tuviéramos que llevar la guerra fuera de nuestras fronteras, precisaría hacer lo mismo con las que estuviesen en las mismas condiciones en el país que ocupásemos.

Las líneas férreas deben, en nuestro concepto, defenderse de tres maneras: fortificando, según las condiciones topográficas y estratégicas del país, las estaciones de bifurcación, reconociendo constantemente la caballería, con su servicio llamado de exploración, las zonas lindantes á las líneas férreas, y con cuerpos de tropas ligeras formadas de todas las armas, convenientemente escalonadas, comunicándose de continuo con el grueso del ejército y cuartel general, base de operaciones. En el caso de una retirada, al propio tiempo que se realiza y en el sentido que se verifica, es necesario dejar por completo inutilizada la vía, retirando todo el material fijo ó rails y todo el material locomóvil, sin olvidar hacer lo mismo con las líneas telegráficas. Pasado el peligro, si el terreno perdido vuelve á conquistarse, al mismo tiempo se procede á la restauración ó reconstrucción de las vías inutilizadas ó destruídas por completo, siendo ésta la misión confiada á las *tropas de tren* del cuerpo de Ingenieros.

La primera idea que preocupa á todo ejército invasor es el estudio de la red de las vías férreas del país que intenta ocupar, fijándose, ante todo, en las estaciones de nudo ó enlace de varias líneas. Ocupadas éstas, el material de guerra que se halla en circulación sobre las mismas cae fácilmente en poder del enemigo con solo flanquear éste una de las líneas, que con relación á la estación de enlace sea el lado opuesto al vértice de un ángulo.

En la campaña franco-alemana, en el momento que numerosos trenes franceses se dirigían hacia la frontera alemana con pertrechos de guerra de todo género, el ejército de esta última Nación ocupó las líneas de Wisemburgo á Haguenau y á Forbach, apoderándose de

los mencionados trenes, que en su retirada ya no pudieron salvar los franceses. Después se posesionaron los alemanes de la importante estación de enlace de Frouard, impidiendo de esta manera que saliese de la plaza de Metz el numeroso y potente material de guerra de que disponían los franceses.

Toca ahora ocuparnos de la organización militar de los ferrocarriles de campaña.

Los elementos constitutivos de un ejército son análogos en todas las naciones, pues la guerra, que es la misma en todas partes, dispone también de los mismos medios y la organización de los ejércitos se amolda á éstos. Estos medios son á manera de piezas que, matemática y artísticamente engranadas cual las de un reloj, constituyen ese conjunto armónico que se llama ejército, y así como si una de las piezas falta al reloj no marcha, así también si en un ejército falta uno de sus elementos, ese ejército es impotente para la guerra moderna.

En España nada hay legislado, ni se conoce en sus aplicaciones tácticas estratégicas á la guerra organización militar alguna sobre ferrocarriles de campaña.

Sólo existe un regimiento montado de Ingenieros compuesto de dos batallones, uno de pontoneros y otro dividido en dos unidades de telégrafos y dos de ferrocarriles. Los servicios de pontoneros y telégrafos están organizados, pero el de ferrocarriles permanece en estado embrionario.

La Junta superior facultativa de Ingenieros y la consultiva de Guerra se ocupan ahora de este ramo esencialísimo, pero deben luchar con insuperables dificultades, cuando aun nada hay resuelto, ni en los proyectos de organización del ejército se ha presentado nada concreto sobre ferrocarriles.

En su consecuencia, expondremos los principales puntos sobre los que se asienta la organización de los ferrocarriles militares en las naciones más importantes, puesto que casi igual había de ser la que en España se adopte.

Los Estados Unidos, en caso de guerra, cuentan con un General director de ferrocarriles.

El servicio se divide en dos cuerpos, el cuerpo de explotación y el cuerpo de constructores.

El primero se compone de los directores de las líneas y los ingenieros constructores de las mismas. El segundo de los ingenieros mecánicos y de los empleados y obreros de las vías férreas. En el

momento en que estalla la guerra, todos están subordinados á la autoridad militar, sujetos á las ordenanzas militares y el fallo de los consejos de guerra.

El cuerpo de constructores lo manda un coronel, ayudante del General en jefe de los caminos de hierro. Dicho cuerpo está fraccionado en dos divisiones, dirigida cada una por un ingeniero de división. Una de éstas la constituyen los carpinteros y los constructores de puentes, y la otra los constructores de las vías y de su material locomóvil.

Cada una de dichas divisiones se descompone en varias subdivisiones de 500 obreros cada una, mandadas respectivamente por un ingeniero. Cada subdivisión se divide en cinco secciones de 100 hombres cada una.

Las secciones se fraccionan en escuadras ó cuadrillas de fuerza indeterminada, dirigidas por sobrestantes ó maestros de obras.

Cada sección está mandada por un oficial del ejército, que mantiene la disciplina y socorre y administra á los ciudadanos que están á sus órdenes y que desde este momento son soldados.

Estos cuerpos de constructores siguen al ejército en todas sus marchas y operaciones de campaña, levantan las vías, las restauran y construyen otras nuevas, se encargan del material de transporte, dirigen la marcha de los trenes, en una palabra, realizan en esa gran Nación, la primera y más adelantada del mundo, todos los servicios de los ferrocarriles aplicados á la guerra de una manera que no dejó nada que desear en la última que sostuvieron, y cuya organización han venido aceptando todas las naciones europeas.

Alemania profesa el principio de que durante la guerra, el Estado dispone en absoluto de las vías férreas de la Nación. Las compañías concesionarias no tienen derecho alguno á indemnización por las destrucciones de las vías, ocasionadas por la guerra, considerados los ferrocarriles como instrumentos de guerra.

Un reglamento especial del Ministerio de la Guerra determina cuanto concierne al transporte de tropas, conducción, carga y descarga del material de los ejércitos y trenes sanitarios.

Otro reglamento expedido por los Ministerios de Gobernación y de Comercio contribuye á poner en manos del ejército los ferrocarriles en tiempo de guerra.

Toda esta organización, basada en la americana, se perfeccionó al terminar la guerra franco-alemana en 1872.

Se creó en dicha época el cargo de *inspector general de servicios*

*de tránsito y de caminos de hierro*, teniendo á su cargo, además de los transportes, los servicios de la administración, ambulancias de la sanidad, telégrafos y correos. El inspector general acompaña al gran cuartel general durante todas las operaciones de la guerra.

El inspector general tiene también á sus órdenes un oficial general denominado *jefe del servicio de los caminos de hierro*, que auna bajo su mando todos los servicios de las líneas del Estado, dependiendo de él los ingenieros de las vías con el personal que éstos cuentan.

*El jefe del servicio de los caminos de hierro* tiene á sus órdenes las direcciones militares de éstos, direcciones desempeñadas por coroneles, á los que les está confiada una línea, y que durante las operaciones de la campaña son los jefes de explotación. Además tiene á su cargo la *sección de caminos de hierro del Estado Mayor general*, cuyo jefe de sección sustituye al de los servicios de caminos de hierro en caso necesario. El General jefe de estos servicios es la autoridad militar, revestida de omnímodas facultades sobre las líneas declaradas en estado de guerra, y en las que no lo están dispone también de los servicios que en ellas hayan de efectuarse para los transportes y embarcos militares, por conducto de los comandantes de las líneas. Dicho General tiene á sus órdenes los empleados civiles que son necesarios para los servicios técnicos.

*Los comandantes de las líneas* son cargos desempeñados por coroneles, que sustituyen con arreglo á ordenanza, en caso necesario, al *jefe de sección del Estado Mayor general*. Cada *comandante de línea* tiene la obligación de verificar los transportes de tropa que se le ordenen, contando con un empleado superior de las compañías concesionarias y los empleados subalternos que sean ó crea necesarios. Los comandantes de las líneas dependen directamente del General jefe de los servicios de los caminos de hierro.

Los comandantes de línea tienen á sus órdenes los *jefes de estación de caminos de hierro*, cargos desempeñados por comandantes ó capitanes, que están en relación directa con los jefes de tránsito, y no pueden intervenir el servicio técnico de los verdaderos jefes de estación de las compañías. De *los jefes de tránsito* nos ocuparemos en breve, al hacerlo de la organización de los caminos de hierro en tiempo de paz.

Para las vías férreas internacionales de la Confederación germánica ó Imperio alemán, las estaciones de enlace de unos Estados

con otros están á las inmediatas órdenes del Canciller del Imperio por medio de una *comisión central*, cómpuesta de elevados funcionarios que designan los dos Estados vecinos.

Durante la paz, *los comandantes de las líneas y los jefes de estación* se perfeccionan en la práctica de sus respectivas obligaciones, conociendo de esta manera los detalles de tan importante servicio.

En tiempo de paz hay una *comisión central* que dispone de un centro administrativo, compuesto de empleados civiles, ingenieros de las líneas y militares de todas las armas que cuidan de que exista todo el material necesario y de cuantos detalles sea indispensable tener previstos, para que al pasar del estado de paz al de guerra no falte nada. Además, existen *comisiones de línea y comisiones de tránsito*. Los *jefes de tránsito* ocupan los extremos de las líneas y los puntos donde han de verificarse los embarques de la artillería, caballería y material de guerra.

Siempre que el comandante de una línea reclame tren especial para el transporte de tropas, las compañías tienen el deber de facilitarlos en el acto, sin que puedan hacer objeción alguna. El Ministro de Comercio dirige cada año al de la Guerra relación nominal de todos los empleados de las vías férreas.

Prusia cuenta con un regimiento de caminos de hierro, compuesto de tres batallones. Estas tropas continuamente se instruyen en la construcción de las vías, en su explotación y en la conducción de los trenes. Á estos batallones se agregan oficiales de distintas armas que durante un año se instruyen en lo relativo al servicio de los caminos de hierro, en la construcción de las líneas nuevas, reparación de las existentes y en la práctica del embarco y desembarco de tropas y material de guerra. Las tropas de ferrocarrilas pertenecen al cuerpo de Ingenieros, al que está confiado el servicio técnico, pero la dirección militar está confiada al inspector general de tránsitos y caminos de hierro.

SUIZA.—Merece consignarse el precepto de la ley militar de la República suiza, previniendo que «todo el personal de explotación de los caminos de hierro puede en caso de necesidad someterse á la disciplina militar y ponerse á disposición del general en jefe para las necesidades de la guerra.»

Un decreto del Consejo federal determina claramente el cumplimiento del anterior precepto legal en los términos siguientes: «Los empleados designados á continuación quedan sometidos al servicio militar durante el tiempo de la guerra: los inspectores de explota-

ción, los jefes y subjefes de depósito, los maquinistas, los fogoneros, los engrasadores, los ingenieros de la vía, los obreros, los guarda-agujas, los jefes y subjefes de estación y de los apeaderos, los jefes de tren y guardafrenos y los guardas de las vías. Los administradores de los caminos de hierro tienen el deber en todo tiempo y lugar de dar las noticias con expresión de la edad, nombre, lugar de nacimiento y de residencia, y de la posición de los agentes mencionados á las autoridades militares del cantón, lo mismo que al Estado Mayor federal agregado al departamento militar» (Ministerio de la Guerra).

Las compañías de los caminos de hierro disfrutaban de entera libertad sobre la explotación de los mismos, pero desde el momento en que se declara el estado de guerra, la autoridad militar toma el mando y dirige los caminos de hierro. En tiempo de paz existe una comisión consultiva compuesta de cinco delegados de las compañías de los caminos de hierro suizos, presidida por el jefe del departamento militar (Ministro de la Guerra), el que tiene atribuciones para convocarle siempre que lo cree conveniente. Dicha comisión tiene el deber de suministrar al departamento militar de la Confederación helvética los medios apropiados para asegurarla el empleo de los caminos de hierro en los transportes de tropas. En caso de guerra se nombra una dirección central compuesta de cinco funcionarios elegidos por las compañías, cuya dirección recibe y cumplimenta las órdenes de la autoridad militar comunicadas por el jefe de Estado Mayor. Mientras las vías férreas dependen de la dirección central, los empleados de las líneas permanecen sometidos á la misma disciplina y obediencia que el resto de las tropas de la Confederación.

RUSIA.—La organización de los caminos de hierro del Imperio ruso es la más perfecta en nuestro concepto, y supera en mucho á la organización general de su ejército, que por cierto deja bastante que desear.

En Rusia, cada línea general tiene su *comandancia militar de caminos de hierro*.

Cada comandancia comprende una dirección técnica, compuesta de un ingeniero civil y otro militar, el jefe del movimiento, el jefe de los maquinistas, el del servicio de explotación y una sección de obreros escogidos por el comandante militar entre los soldados de las *tropas técnicas de ferrocarriles*.

El comandante de cada línea lo es regularmente un coronel de

las armas generales, el que depende del Estado Mayor general en cuanto se relaciona con la reparación, construcción y explotación de las vías férreas en tiempo de guerra, y de los transportes en todas épocas.

Los conductores de tren y el personal de servicio establecido sobre la vía para su vigilancia se recluta en el ejército, escogiendo los soldados que incorporados en las filas hayan cumplido cierto tiempo de servicio en los cuerpos de *tropas técnicas de ingenieros*.

Desde el instante en que se declara el estado de guerra, los empleados de los caminos de hierro se presentan al comandante militar de la línea, que, encargado entonces del servicio de explotación, los distribuye donde lo cree más conveniente.

El comandante de cada línea lleva el alta y baja de los soldados, ya de la reserva, ya empleados en las líneas, con expresión del servicio que cada uno presta ó ha prestado y su aptitud.

Estas tropas se dividen en dos categorías; la primera comprende aquellos individuos que previo examen obtuvieron certificado de aptitud para el servicio de guardavías, obreros de talleres, telegrafistas, guardaagujas, conductores, formadores de tren, maquinistas y fogoneros. La segunda categoría comprende los peones camineros, mozos de estación y los demás obreros dedicados á las diferentes faenas de las vías.

Existen compañías ó unidades de *tropas de caminos de hierro*, compuestas de individuos comprendidos en la primera categoría, ó sean tropas técnicas de ingenieros.

Cada comandancia tiene á sus órdenes *una compañía de caminos de hierro*, y á ésta le están agregados medio batallón de Ingenieros y un regimiento de Infantería compuesto de soldados comprendidos en la segunda categoría, que son los cuerpos que nosotros llamamos con propiedad, como en otros países, *tropas de tren de ingenieros*. Esta es la organización permanente de cada línea general del Imperio ruso.

Además, hay que contar con las tropas que, como dijimos en la primera parte de este artículo, se dedican á la construcción de esos inmensos trayectos de línea férrea desde las regiones del Cáucaso á las de la India.

Á las tropas de ferrocarriles se agregan de continuo oficiales de todas las armas, para que se instruyan teórica y prácticamente y se familiaricen en cuanto se relaciona con la construcción, reparación de vías férreas y material de todas clases; en la conducción de tre-

nes, como maquinistas, conductores y guardafrenos; en el servicio de jefes de estación, para el embarco y desembarco de tropas, y jefes de muelle, para los transportes del material de guerra. Es tal la preferencia con que Rusia tan sabiamente consagra su atención á este ramo esencialísimo de la guerra, que en 1871, reunidas varias fracciones ó unidades de estas tres clases de tropas de ferrocarriles, construyeron en seis meses una línea férrea de 9.400 metros de longitud, para enlazar la línea general de Petershof á Varsovia por la estación de Ligova á la de San Petersburgo.

AUSTRIA-HUNGRÍA.—La organización de las vías férreas militares en este País descansa en el común acuerdo entre las compañías concesionarias y el elemento militar, interviniendo el primero todo lo que se refiere al servicio técnico, y el segundo, en caso de guerra, en cuanto concierne á todo género de transportes generales.

Para la organización militar de los ferrocarriles en tiempo de guerra existen: la *dirección central de transportes por los caminos de hierro*, y la *dirección de transportes militares en campaña*.

Además, existen las *comisiones de línea* y las *comisiones de tránsito*.

La dirección central está encargada de los grandes transportes militares, y se compone de un oficial general, un capitán de Estado Mayor, de los inspectores generales del Gobierno y de un representante de cada compañía. Esta comisión reside en Viena, presidida por el Ministro de la Guerra.

La dirección de transportes militares en campaña la constituye una comisión ejecutiva de la dirección central, compuesta de los delegados de las líneas comprendidas ó situadas en el teatro de la guerra, á las órdenes de los jefes de cuerpo de ejército, con la ayuda de los jefes militares que se agregan.

Esta dirección reside en el sitio que señala el General en jefe, próxima al cuartel general ó en este mismo si así se previene.

Las comisiones de línea llenan de manera parecida la misma misión que los comandantes de línea en Alemania.

Para asegurar el cumplimiento de los reglamentos y órdenes que se transmiten, se establecen comisiones en el sitio de embarque, que son las que se denominan *comisiones de tránsito*, compuestas de un capitán y un subalterno y dos empleados de las compañías, uno de éstos jefe y el otro subalterno.

Las mencionadas comisiones de tránsito están subordinadas como las de línea á la comisión central y al cuartel general.

En tiempo de paz hay diez secciones de tropas de caminos de hierro y de telégrafos, afectas á diferentes cuerpos de ejército, y compuesta cada una de un oficial de pontoneros, otro de ingenieros y de una unidad de cada uno de estos cuerpos. Estas fuerzas se agregan en tiempos de paz á las compañías concesionarias que lo solicitan, previa cierta indemnización al Estado. En caso de guerra se forman cinco secciones más de tropas de caminos de hierro y de telégrafos. La organización de dichas tropas es análoga á la que tienen en Alemania y Rusia.

FRANCIA.—En estos momentos se ocupa con prodigiosa actividad en la organización militar de sus vías férreas, á fin de colocarlas á la altura de las alemanas y belgas. Tan luego como haya terminado la reforma de su administración militar, someterá á las Cámaras una serie de importantes proyectos para asegurar en caso de guerra para el ejército la posesión absoluta de todas las líneas militarmente servidas con *tropas técnicas* y de *tren de ferrocarriles*, instruídas y prácticas en todos los detalles que abraza tan importante cometido.

Hoy día, cada línea tiene un jefe superior del cuerpo de Estado Mayor, que con el ingeniero jefe de la misma se ocupan de todos los detalles que han de servir en breve para constituir un plan orgánico completo de ferrocarriles de campaña.

BÉLGICA.—Esta es la Nación que más acertadamente ha sabido constituir sus líneas generales y después las transversales. La red de ferrocarriles de esta Nación es la más perfecta del mundo. La organización militar de los ferrocarriles está tan discretamente dispuesta, que pasan del estado de paz al de guerra con el mayor orden y la más perfecta disciplina, quedando el ejército dueño absoluto de todas las vías férreas, militarmente servidas con el auxilio de todos los empleados de las líneas concesionarias, como en Suiza, sujetos á las leyes de la guerra.

ITALIA.—Actualmente Italia, como España, aunque mucho más adelantada que nosotros en la buena organización de sus ejércitos, se halla empeñada en la grandiosa obra de demoler sus vetustas y carcomidas instituciones militares, colocándolas á la altura que la guerra moderna y los adelantos de la época exigen y se imponen allí como aquí, y aquí como en todas partes, sin excluir las naciones asiáticas, como la China y el Japón.

Además de las compañías de caminos de hierro y de telégrafos que de continuo crea, ha empezado su obra con un curso de instruc-

ción práctica, que hace obligatorio á los oficiales de todas las armas procedentes de las academias, sobre telegrafía militar y servicio técnico y de explotación de ferrocarriles, repartiendo á los oficiales que aprenden este curso entre las estaciones más principales.

Hoy que nuestro Gobierno, con el planteamiento de la Dirección de Instrucción Militar, ha dado un gran paso en el camino del enaltecimiento de las instituciones militares, por el único medio con que se engrandece todo en las modernas sociedades, la enseñanza y el trabajo, no dudamos ha de establecer cursos prácticos para que los oficiales que salgan de la Academia general se eduquen convenientemente en ramos tan esenciales de la guerra moderna, como los ferrocarriles y telégrafos de campaña.

ESPAÑA.—Brevísimas ideas son las que hemos de emitir sobre la organización que en España debieran tener los ferrocarriles de campaña, que no existen entre nosotros.

Una vez establecidos la división militar, el servicio obligatorio sin redención y la localización del ejército, bases sobre las que únicamente pueden asentarse los servicios auxiliares del mismo, sería problema muy fácil de resolver la organización de los ferrocarriles militares. La organización de éstos ha de obedecer á un principio esencialísimo en todo país previsor, «el de permanecer en la paz atento á las contingencias del porvenir, para que el pase al estado de guerra sea rápido, contando con todos los elementos de lucha de antemano dispuestos.»

Así se sostienen reducidos ejércitos permanentes en tiempos normales, que en un instante se convierten en numerosas masas instruídas y disciplinadas para la guerra. De esta manera los ejércitos cuestan poco; el sostenimiento del nuestro costaría muchísimo menos y estaría mejor remunerado.

Sin crear nuevos centros para colocar nuevos empleados, que es afán de todos los Gobiernos, consumiendo los empleados lo que es necesario para costear las instituciones que se fundan, debería existir un *comité central de ferrocarriles*, presidido por el Ministro de la Guerra y dirigido por un General, compuesto además dicho comité de un empleado superior y de un ingeniero jefe de línea por cada una de las compañías concesionarias, el jefe de Estado Mayor del distrito central (Madrid), el intendente del cuerpo de ejército del distrito, el jefe de Sanidad del mismo, los coroneles de las unidades de pontoneros, telégrafos y ferrocarriles y un coronel por cada una de las armas de Infantería, Caballería y Artillería.

Cada distrito militar deberá tener su comité, presidido por el General en jefe del cuerpo de ejército, y su composición análoga á la del comité central, pero sin que los funcionarios civiles y militares que lo constituyan sean destinos creados para estas atenciones, sino cargos compatibles con el puesto oficial que cada uno ejerza.

Cada una de las líneas férreas que atraviese un distrito militar tendrá un comité presidido por un coronel, y compuesto de un capitán secretario, un oficial de Estado Mayor, uno de Administración y otro de Sanidad.

Los *jefes de línea* y personal militar á sus órdenes son los únicos destinos de nueva creación, entre otras razones por el servicio permanente que en tiempo de paz prestan en los transportes del ejército, y en facilitar la instrucción de las tropas de telégrafos y ferrocarriles. En tiempo de guerra, el jefe de línea toma el mando de todos los servicios como jefe de explotación, á cuyas órdenes quedan sujetos todos los demás empleados de la compañía.

Los jefes de línea, dentro de cada distrito, se establecerán en las estaciones centrales ó de la capital del distrito, en las fronterizas, marítimas, en las de enlace y estratégicas de primer orden que ya describimos anteriormente al tratar de la división territorial, con relación á las vías férreas establecidas, trayectos que recorren y sus ventajas para la defensa nacional.

Con estos datos, réstanos tan sólo recordar, más bien que indicar de nuevo, los puntos que deben ocupar los jefes de línea en cada distrito militar.

El primer distrito establecerá sus jefes de línea en las estaciones siguientes: en la central de Barcelona, fronteriza de Figueras, marítimas de Tarragona y Tortosa, y en la de enlace y estratégica de Lérida.

El segundo distrito designará como punto de residencia para los jefes de línea las estaciones siguientes: central de Zaragoza; casi fronteriza, pero como tal considerada militarmente de Pamplona, y las de enlace y estratégicas de Castejón, Miranda de Ebro y Venta de Baños.

El tercer distrito, la central de Valladolid y la de enlace y estratégica de Medina del Campo.

El cuarto distrito designará para los jefes de línea las estaciones que á continuación se expresan: la central de Lugo, las marítimas de Gijón y Vigo, la de enlace de Orense y la de enlace y estratégica de León.

Quinto distrito. Las estaciones centrales de Madrid, puntos de partida de todas las grandes líneas, deben ser objeto de especial organización. En cada una de ellas, la del Norte, Mediodía y la de Ciudad Real á Portugal, debe establecerse un jefe de línea con su comité respectivo ó personal subalterno, lo mismo que en las demás que hemos mencionado.

Además, las dos vías férreas fronterizas del distrito situarán sus jefes de línea en las estaciones de Badajoz y Placencia. Los caminos de hierro del interior colocarán sus jefes de línea en las estaciones de enlace y estratégicas de Alcázar de San Juan, Manzanares y Venta de Cárdenas, siendo Alcázar de San Juan la estación más importante de todas, por ser la que enlaza las vías férreas generales del Mediodía de España.

En el sexto distrito, los jefes de línea deben residir en las estaciones siguientes: en la central de Valencia y en la de enlace y estratégica de Chinchilla.

El séptimo distrito, la central de Córdoba, la fronteriza de Llerena (á Mérida), la de enlace de Bobadilla, la de enlace y estratégica de Sevilla; serán todas estas las estaciones donde deben residir los jefes de las líneas.

Además, cada línea tendrá sus estaciones militares en las poblaciones que sean capitales de provincia por donde crucen vías férreas. El jefe de estas estaciones debe ser un capitán, teniendo á sus órdenes un oficial subalterno. Los jefes de las líneas son á la vez jefes de las estaciones donde residen y que hemos señalado.

Réstanos, para concluir, apuntar ligeramente la organización más conveniente para las tropas de ferrocarriles.

Actualmente existen dos unidades de ferrocarriles que pertenecen al regimiento montado de Ingenieros. Salta á la simple vista la insuficiencia de dos compañías para cubrir tan vastos é importantes servicios en caso de guerra, más aun teniendo estas tropas, que son técnicas, que atender á faenas que no son de su cometido. Las *tropas de tren*, á las que incumben los trabajos materiales, son las que necesitan crearse, como se ha hecho en las demás naciones.

Con arreglo á la división territorial formulada, hacen falta siete compañías que se denominarán *unidades técnicas de ferrocarriles*, tropas del cuerpo de Ingenieros.

Cada distrito ó cuerpo de ejército deberá tener afecto al mismo, una unidad de tropas técnicas, y cada una de estas compañías, divididas en tantas secciones como líneas tenga el distrito. Estas *tropas*

*técnicas* se componen de maquinistas, fogoneros, maestros y oficiales de talleres, conductores de tren, guardafrenos, guardaagujas y formadores de tren, en cuyas especialidades deben instruirse y ejercitarse de continuo. Para los trabajos materiales es indispensable la creación de tropas llamadas, *compañías de tren de ferrocarriles*, compuestas de soldados acostumbrados á las faenas que practican las tropas de la segunda categoría, llamadas en Rusia *tropas de ferrocarriles*, y de *tren* en Alemania, Bélgica y otros países. Estas fuerzas pertenecen al arma de Infantería, mandadas por sus jefes y oficiales naturales, y son las auxiliares de las técnicas del cuerpo de Ingenieros.

Es preciso que reglamentos y leyes especiales determinen la relación, obligaciones y dependencias de las compañías concesionarias con el Gobierno y los comandantes de cuerpo de ejército en cada una de las dos situaciones de paz y de guerra, las funciones del comité central, las de los comités de distrito y las atribuciones de los jefes de las líneas militares.

Falta reglamentar el servicio de transportes de tropas y material de guerra.

Ultimamente debe fijarse de una manera clara y terminante el material para transportes de todo género que para las necesidades de nuestro ejército en tiempo de guerra deban tener aparcado ó en circulación las compañías concesionarias, conservando en perfecto estado y sin olvidar la construcción de los trenes sanitarios de que carecemos en absoluto. En una palabra, hace falta todo cuanto las empresas y el Estado deben tener dispuesto para los trenes ó ferrocarriles de campaña.

El coronel de Infantería,

JOSÉ PONS DE DOÑA.

---

---

## ALGO SOBRE ESTILO DIPLOMÁTICO

---

Contestes están todos los autores, y no necesitamos enumerarlos uno por uno, haciendo gala de una erudición indigesta, en aconsejar á los diplomáticos un estilo breve, claro, conciso y sin generalizaciones, al ocuparse de los negocios propios de su carrera y de los cargos que les han confiado sus respectivos Gobiernos.

Como escuela, dice Calvo (1), de enseñanza práctica, los documentos diplomáticos son importantísimos; y Bello (2) aconseja «circunspeccion, reserva y decoro en las comunicaciones verbales y escritas. El estilo debe ser, añade, como el de las demás concepciones epistolares y didácticas; sencillo, claro y correcto, sin excluir la fuerza y vigor cuando el asunto lo exija. Nada afearía más los escritos de este género que un tono jactancioso y sarcástico. Las hipóboles, los apóstrofes y en general las figuras del estilo elevado de los oradores y poetas deben desterrarse del lenguaje de los Gobiernos y de sus Ministros, y reservarse únicamente á las proclamas dirigidas al pueblo, que permiten y aun requieren todo el calor y ornato de la elocuencia.»

De esta opinión, más ó menos pronunciada, son Klüber, Martens, Wildman, Fiore, Bluntschli y otros; tanto antiguos como modernos.

Inglaterra y Alemania nos dan un ejemplo digno de imitación en sus comunicaciones oficiales.

Tomando al acaso cualquiera de los documentos publicados en los *libros azules* de la Gran Bretaña, nos encontramos con un estilo sobrio y conciso acerca de las cuestiones palpitantes de la época á que se refieren.

Sin comentarios, y como modelos en su clase, trasladamos á continuación los siguientes:

---

(1) *Derecho internacional.*

2) *Derecho internacional.*

*Correspondencia relativa á los asuntos de Túnez, presentada á ambas Cámaras del Parlamento por orden de S. M. en 1881.*

**Núm. 2.**—Mr. Read al Conde de Granville.—(*Recibido en 31 de marzo.*)

«TÚNEZ 24 de marzo de 1881.—Con referencia á mi despacho de ayer, relativo á la actitud amenazadora de Francia y á los inconvenientes que esto ha causado, tengo el honor de incluir á V. E. copia de una carta dirigida por el Bey á Mr. Roustán. Por encargo de S. A. remito este documento á V. E.

»Mis colegas de Italia y de Alemania han recibido copias de dicha carta, con encargo de S. A. de someterlas á la consideración de sus respectivos Gobiernos.»

**Núm. 3.**—Sir A. Paget al Conde de Granville.—(*Recibido en 5 de abril.*)

«Telegrama.—ROMA 5 de abril de 1881.—Reina aquí gran ansiedad respecto á las intenciones de Francia en Túnez. Se han recibido noticias de que Francia prepara tropas que reemplacen á los contingentes que han de enviarse de Alger á la frontera tunecina.»

**Núm. 4.**—Lord Lyons al Conde de Granville.—(*Recibido el 6 de abril.*)

«PARÍS 5 de abril de 1881.—My Lord: Tengo el honor de informar á V. E. que Mr. Jules Ferry hizo ayer declaraciones en el Senado con relación al asunto de Túnez, y el General Farre, Ministro de la Guerra, en la Cámara de Diputados.

»Mr. Jules Ferry manifestó al Senado las medidas que se habían tomado con objeto de poner término á un estado de cosas intolerable, y que se habían reunido fuerzas suficientes para castigar y subyugar á las tribus rebeldes.

»Dijo el General Farre en la Cámara de Diputados que tan pronto como se reunieran las fuerzas necesarias, el Gobierno obraría con toda energía en el asunto.

»Tengo el honor de incluir adjunto á V. E. el texto de estas declaraciones, publicadas en el *Journal Officiel* de esta mañana.»

*Comercio de esclavos.*—**Número 1** (1879).—*Correspondencia con los representantes y agentes ingleses en el extranjero.*

El Conde de Derby á Mr. Lumley.

«FOREING OFFICE.—Enero 15 de 1878.—Sir: Tengo el gusto de

informar á V. que el Dr. Kirk, agente de S. M. y cónsul general en Zanzíbar, me dice con fecha 13 del mes último que en la noche anterior llegó el buque *Kaffir* conduciendo á la comisión de exploradores belgas en África.

»Sírvasse V. comunicar estas noticias al Gobierno belga.»

**Núm. 2.**—Sir H. Barron al Conde de Derby.—(*Recibido el 21 de enero.*)

«BRUSELAS 19 de enero de 1878.—My Lord: Obedeciendo las instrucciones de V. E. en su despacho de 15 del corriente, he dado cuenta á este Ministro de Negocios Extranjeros de la llegada á Zanzíbar de la comisión belga.

»El barón de Lambermont me ruega dé las gracias en nombre del Gobierno belga por esta noticia.»

*Correspondencia respecto á la esclavitud en Cuba.*

**Núm. 5.**—El Marqués de Salisbury á Mr. West.

«FOREING OFFICE 14 de abril de 1879.—Sir: He recibido su despacho de 27 del mes último, relativo á la emancipación de los esclavos en Cuba, y debo manifestar que el Gobierno de S. M. tiene el mayor interés en saber lo que piensa el español y la decisión que sobre el particular trata de tomar. Para conseguir esto, se servirá V. conferenciar con el Gobierno de España.»

**Núm. 6.**—Mr. West al Marqués de Salisbury.—(*Recibido en 24 de junio.*)

«MADRID 21 de junio de 1879.—My Lord: Ha concluído el debate en el Senado. Tengo el honor de incluir á V. E. la traducción del párrafo del discurso del Presidente del Consejo relativo á la cuestión de esclavitud en Cuba.»

*Correspondencia respecto á los judíos en Servia y Rumanía.*

**Núm. 16.**—Lord Stanley á Lord Lyons.

«FOREING OFFICE 20 de abril de 1867.—My Lord: El Gobierno de S. M. aprueba lo manifestado por V. E. al Príncipe de Servia durante la visita de S. A. á Constantinopla, con respecto á los judíos de Servia, á que se refiere el despacho de V. E. de 8 del corriente.»

**Núm. 17.**—Mr. Hammond á Sir J. Golsmid.

«FOREING OFFICE 20 de abril de 1867.—Sir: Lord Stanley me informa de que Lord Lyons ha aprovechado la ocasión de hablar

al Príncipe de Servia durante su estancia en Constantinopla, con motivo del mal tratamiento que reciben los judíos en Servia.

»El Príncipe manifestó á Lord Lyons que lamentaba las medidas adoptadas contra los judíos, y que haría cuanto estuviese de su parte con el fin de remediar los males denunciados, dentro de su poder é influencias constitucionales.»

Ahora bien; en cambio de la sobriedad y precisión que contienen los anteriores despachos, en los cuáles y en corto espacio se va derecho al asunto, sin que sobre ó falte un concepto, las naciones bañadas por un sol meridional, oriental ó tropical se afanan por alcanzar en esta clase de escritos cierto refinamiento literario y un cierto pulimento de la frase, defecto que parece tradicional y hereditario.

En algunos países de raza latina hay una inclinación decidida á escribir largos períodos, frases de relumbrón y sendos pliegos sobre cosas asaz insignificantes.

Media docena de ideas vulgares bastan para una gimnasia intelectual, en que el funcionario, extasiado con la embriaguez del estilo campanudo, consume varias horas en la lucubración y parto de un verdadero fenómeno oficial y burocrático.

Por regla general, los hombres políticos, los oradores y los hombres de acción de los partidos no suelen dar el más sazonado fruto, ni en su estilo, ni en sus gestiones, ni en sus relaciones sociales.

No estará de más recordar aquella frase que un Ministro de Estado español dirigía á Donoso Cortés: «Menos fantasía y más negocios, menos hinchazón y más sentido práctico.»

Tal era la síntesis de una carta que el Marqués de Pidal escribía al fogoso tribuno, nuestro ministro plenipotenciario en Berlín por aquel tiempo.

Ciertos hombres de Estado están en un error lamentable cuando creen que el estilo poético, la rimbombancia, la sonoridad del concepto y la majestad de la frase hacen efecto en los Gabinetes extranjeros, cuando precisamente ocurre todo lo contrario. Lo que se busca y se prefiere es el estilo breve, sencillo, claro y exacto en telegramas, notas y despachos.

Hijos nosotros de la prensa, y en cuyo culto penoso y delicado hemos visto deslizarse los mejores y más floridos años de nuestra juventud, sentimos una honda pena al tener que criticar la conducta de algunos periódicos en los asuntos internacionales.

Apenas se inicia una cuestión grave, apenas hay noticia de ha-

berse promovido un incidente internacional, comienzan varios periódicos á pedir explicaciones al Gobierno y á que se les dé cuenta de las negociaciones entabladas.

Esto es un absurdo que las más de las veces perjudica, en vez de favorecer nuestros intereses.

Recuérdese lo que sucede en Inglaterra cuando algún periódico se ocupa de un asunto internacional; nadie toma en cuenta sus exigencias y nadie le da explicaciones, ni por medio de comunicado, ni por medio de la prensa oficial.

Cuando un diputado ó senador pide al Gobierno que hable sobre esta ó la otra cuestión internacional, se levanta el Ministro de Relaciones Exteriores ó su Subsecretario, y dice seca y concisamente: «El asunto sigue su tramitación ordinaria; el Gobierno dará explicaciones cuando lo tenga por conveniente.»

Esta respuesta es de las más políticas en su clase, porque otras conocemos de una rudeza y de un desdén inconcebibles en nuestra Patria. Y hay que observar que Inglaterra es un país considerado por muchos como tipo de libertad política y de excelentes costumbres parlamentarias.

Ni periódicos ni individuos del Parlamento se quejan de esta sequedad y reserva del Gobierno, considerando que obran en consonancia con el mejor servicio público y para el éxito más favorable de las negociaciones pendientes.

Tampoco en Inglaterra es costumbre barajar los nombres y ocuparse de la conducta pública y privada de los representantes extranjeros acreditados cerca de la corte de Saint James; semejantes familiaridades son impropias de todo País culto y civilizado.

Tenemos fe en el progreso humano, y esperamos que, en época no lejana, habrá de sufrir variación cierta forma pesadamente tradicional y la idea que tiene la mayoría de nuestro País político de lo que son y de lo que deben ser los asuntos internacionales.

X.

---

# LA PENSATIVA

(APUNTES PARA UNA NOVELA.)

V.

IDILIOS.

«El cielo en la tierra;  
eso he hallado yo en tí.»

SAKESPEARE.

«Don Luis de Acosta, caballero de la estólida irreflexión, gran cruz del desorden, desgobernador de donde quiera, maestro en vanidades, etc.,

HA FALLECIDO

de un celestial ataque de primer amor.—Su existencia, cansada de él, ruega á V. le dé la enhorabuena y lo encomiende al mismísimo Cupido, su dueño actual.

El duelo se recibe en casa de

HARPAGÓN SALAZAR.»

Con esta papeleta de mi defunción moral quisiera yo, *my dear*, hacer sabedor al mundo entero de la gran revolución operada en las entrañas de mi naturaleza.—Sí, ingrato *joven* mío (ingrato porque todavía me dejas solo con una felicidad que me asusta), yo siento ahora algo parecido á uno de esos arrepentimientos que se complacen en confesarse y publicarse por todo el mundo. El caso, en efecto, bien merece, por su rareza, los honores de hacerse saber, aunque no fuera más que para escarmiento de pícaros.—De las ruinas del truhan, del demente, del duelista, del frívolo, del chiquillo, ha nacido, como el fénix de sus cenizas, el hombre.—Cuando vengas lo conocerás.—Es un apreciable caballerito, que cuida todavía de su persona, porque todavía, ó, mejor dicho, porque ahora más que nunca necesita *agradar*; pero ya no se adorna con la vana ostentación pasada, sino que cumple y practica la verdadera elegancia, que

es la del gusto en la sencillez.—Es un estudiante modelo, que estudia todos los días en su libro de texto; es un señor formal que apenas dirige ya una broma al malhechor de un pupilero; es, en fin, el joven *simpático*, que á la undécima hora de todas las noches vuelve del nido de su cariño, y entra puntual y gustosamente en su cuarto y en su lecho, sin acordarse siquiera de que hay casinos, ni teatro, ni reuniones, ni naipes, ni mujeres bellas, ni hombres insoportables.—*¡Quantum mutatus ab illo!...*

¿Y qué menos he de hacer, amigo mío; y qué menos he de ofrecer en aras de la ventura que Dios me concede? ¡Con qué menos he de pagarla que con procurar ser digno de ella! Figúrate que yo soy el amigo querido de los dos seres más buenos de la tierra, la única, constante visita de aquel hogar de flores y pureza, en el que pasan para mí ordinariamente la apacible tarde, las primeras horas de la noche, y á veces la radiante mañana. Para ganar el ingenuo, creciente afecto de la madre y de la hija, no he tenido que hacer otra cosa que ser leal, ó, lo que es lo mismo, perseverar en mi honrado propósito, y no decir ni hacer nada que espontáneamente no me inspire mi profundo amor.

De ambas voy á hablarte hoy: es necesario que tú también las conozcas. Oye, pues, primeramente, en rápido resumen, la tierna historia de la madre.

D.<sup>a</sup> María es una de esas santas criaturas á quienes la virtud y el deber nada tienen que enseñar, porque nacen con todos sus preceptos en el alma. Hace veinte años era una bella joven, hija de un oficial del ejército, retirado; y su vida transcurría en el cumplimiento de sus deberes filiales cerca del padre achacoso. No tenía éste, cuyos padecimientos le impedían moverse, más consuelo que la lectura de los Evangelios, que le enseñaban la resignación, ni más que un placer, el de oír tocar á su hija el piano. El maestro de ella era un buen señor, anciano, vástago de una casa de la antigua nobleza, cuya ruina le había obligado á ganarse la vida enseñando sus conocimientos en el arte divino de la armonía.—Hízolo, sin embargo, con tan buen éxito, que pudo con sus productos atender también á la educación artística de su único hijo, enviado por él á Italia con este objeto, y en agradecimiento á la profesión que había hecho tranquila su vejez.—D.<sup>a</sup> María y su padre querían al profesor como cosa propia.—Una noche dejó de ir á dar lecciones á su discípula, y á charlar un rato, según costumbre, con el veterano.—Al día siguiente vinieron á decirles que el valetudinario maestro estaba espirando.—D.<sup>a</sup> María hizo que la llevasen á verle, y le halló, en efecto, herido de muerte, en su lecho, por una congestión cerebral.—Fueron inútiles todos los remedios; y la afectuosa joven no pudo hacer más que cerrar los ojos de aquel hombre excelente, que murió en sus brazos.—La escasa vida del enfermo militar se hizo, con este motivo, doblemente triste. La palabra y la música de su único amigo habían llegado á ser para él dos elementos de su trabajosa existencia. Su abnegada hija trató en vano de compensar esta falta,

esforzando sus cuidadosas ternuras: el pobre melancólico viejo la sonreía agradecido, pero se dejaba morir de tristeza.

Una tarde se presentó á visitarlos un enlutado caballero, que se anunció como llegado de Italia. Era un agradable joven, de honrado y serio aspecto, D. Lucas, el hijo del difunto músico, cuyo último suspiro no le había sido dable recoger. El buen recuerdo de su familia, sus propios merecimientos de inteligencia y cultura, la simpatía que la histórica desgracia de su opulenta familia seguía inspirando, le hicieron recoger como única herencia todas las lecciones de su padre. Él, por lo demás, era muy capaz de aquella sustitución. Italia había hecho de él, cultivando y perfeccionando su disposición natural, un verdadero maestro.

La casa del retirado, á donde la gratitud le llevó primero con asiduidad, fué al poco tiempo el centro de su corazón.—No sólo llegó á estimar entrañablemente al pobre impedido, cuya mortal melancolía disipó, como su padre lo había hecho, con sus relatos de viajes y con sus magistrales tocatas, sino que la bella María inflamó su honrada alma con la llama purificadora de un tímido amor primero. La joven, por su parte, no tardó tampoco en amarle con toda la inocente vehemencia de sus castos ensueños.—Sin embargo, las visitas de D. Lucas empezaron poco á poco á no ser tan frecuentes; primero se verificaban de dos en dos días, luego de cuatro en cuatro, y por último quedaron reducidas á una por semana.—El veterano callaba y volvía á su taciturnidad alarmante, sin atreverse á pedir á D. Lucas explicaciones á que su delicadeza le demostraba que no tenía derecho. Su hija, silenciosa también, enjugaba á un lado sus lágrimas.—«Pero ¿qué le hemos hecho, decía frecuentemente el exasperado inválido, para que así se haya decidido á retirarnos poco á poco su amistad?... ¡Ah, si su padre viviera, cómo le enseñaría á no ser ingrato!... ¡Ya se vé! ¡Se aburrirá aquí tanto! ¡Habrá ido á olvidar en otra parte esta pobre casa y estos dos solitarios!...» Una de las veces que el anciano exhaló con mayor dureza estos reproches, su hija, puesta de rodillas, se lo confió todo.—Don Lucas no podía ir con frecuencia á aquella casa, donde tanta confianza merecía, porque amaba y era amado; porque su honradez conceptuaba un verdadero abuso indecoroso el guardar al anciano tal secreto; y como, por otra parte, no creía que su situación le permitía poder aspirar á la mano de María, había con ella resuelto poner en el cielo su confianza y esperar mejores días. Al siguiente recibió D. Lucas recado del veterano citándole en su casa para aquella misma tarde. Cuando, trémulo y agitado, se presentó en ella, halló á María al lado del anciano en compañía del cura de la próxima parroquia, su habitual confesor. El buen viejo, apenas entró el joven, dijo al clérigo con afectuosa y alta voz: «Señor cura, ese es el hombre de bien de quien he hablado á V. Hágame el favor de enseñarle á conocer á los que le estiman como se merece, y dígame V. que está pronto á unirle con la bendición divina á esta pobre niña!...» A los pocos días D. Lucas y D.<sup>a</sup> María eran esposos.

Pasaron tres ó cuatro años de felicidad íntima. La paz, la modestia y la religiosidad extendían sobre aquellas tres personas sus benéficas alas. Un día en que la joven esposa hacía labor al lado de una florida ventana, el paralítico tenía ante sí el atril en que yacía abierto el libro santo, y D. Lucas, sentado al piano, llenaba el ámbito de aquella grata estancia con una de las melodías preferidas por el enfermo, oyóse á éste exhalar un débil gemido. Corrieron á él presurosos sus hijos: aquel quejido fué el último del anciano. Estaba muerto.

Comenzó desde entonces una época de trabajosa amargura para el matrimonio.—La pensión del veterano entraba por dos terceras partes en los recursos de aquella modesta familia.—D. Lucas, á pesar de su mérito, veía disminuirse sus lecciones.—Las de su padre se iban terminando por el trascurso natural del tiempo.—Las nuevas eran generalmente encargadas á profesores más elegantes, más *á la moda* que él.—Fué, pues, aquella virtuosa unión asaltada y trabajada por una escasez que casi rayaba en la miseria.—No impidió ésta, sin embargo, que D. Lucas realizase por entonces un acto de caridad, heroico en su situación, recogiendo y adoptando paternalmente á un pobre niño, hijo de un modesto artesano, amigo suyo, que lo había dejado solo en el mundo.—D.<sup>a</sup> María lo acogió con igual cristiano contento.—Este niño es Raimundo, el joven que ya conocemos de nombre.—D. Lucas se propuso hacer de él un hombre honrado y dedicarle á una carrera literaria.

La Providencia entonces dió por terminada aquella amorosa, cristiana prueba de largos sufrimientos.—Cierta día entró D. Lucas en su casa resplandeciente de alegría.—Un opulento caballero á cuya hija servía de profesor, espontáneamente y movido sólo por los informes que de su honradez y su capacidad tenía, le había propuesto desempeñar la administración de sus bienes.—Era el Vizconde de..., padre del actual.—Cuando el buen artista llegó á anunciar á su esposa este realizado término de sus afanes, se encontró con que también aquella mitad de su alma se hallaba inundada de santo gozo; iba á ser madre.

Pocos meses después, en efecto, nació Julieta, y desde entonces el supremo objeto de aquellos excelentes padres fué la educación de sus hijos.—Todo el espíritu y la ternura evangélica de D.<sup>a</sup> María, y con ellas todas sus inquebrantables virtudes; toda la serena inteligencia, vasta instrucción y el sentimiento artístico de D. Lucas se concentraron, por decirlo así, en la esencia de una vida moral que fué fácilmente transmitida por ellos á aquellos seres amados.—La muerte, empero, del pundonoroso administrador, víctima de su gratitud, vino, hace dos años, á romper tan dulces lazos.—La grosera y torpe conducta del Vizconde amenazó sumir á esta familia en una nueva miseria; pero el cielo no lo ha permitido.—Raimundo solicitó y obtuvo entonces, con cariñosa energía superior á su edad, un destino que le ha relegado al corazón de Sierra Morena, donde una empresa de minas, de cuyos intereses cuida, le señaló un sueldo de mil

duros, cuya mayor parte envía aquel valeroso, honrado joven á estas sus amadas prendas.—Una de sus cartas, verdaderos poemas de fraternal y de filial ternura, pero en las cuales no ha exhalado todavía una sola queja contra la trabajosa soledad en que pasa su juventud, es la que vimos nosotros leer á la *Pensativa* en su florida torre, y la que, fuera de la vista de su tierna madre, la arrancó lágrimas de purísimo afecto. ¡Lágrimas preciosas; rocío de mi alma, que han hecho brotar en ella la flor de la ventura!...

Mas héme aquí ya en el deber de hablarte de *ella*. ¡Oh! ¡Cuánto necesito, para hacerlo, la inspiración del más profundo sentimiento de poética pureza!... La pluma de un ángel sería sola la que dignamente pudiera retratarte á mi adorado *prodigio*. Sufre, pues, con benévola paciencia, *mío caro*, los vanos esfuerzos que voy á hacer para presentártelo, siquiera sea á grandes y rápidos rasgos.

Para darte desde luego una idea exacta de cómo juzgo á esta dulce niña, te confesaré con fraternal ingenuidad una sospecha que ha echado ya raíces en mi corazón. Yo creo que Julieta no es criatura terrenal. Si me viese en el caso de confesar obligadamente lo que me parece, diría con íntima convicción que es ni más ni menos un querubín celestial, al cual ha sido permitido venir por algún tiempo á este valle de lágrimas, á llenar en él una misión de santa ternura. Ya conoces su belleza espiritual, maravillosa, angélica; pues ella no es más que el reflejo de su alma. Su mirada, como su palabra; sus alegrías, como su persona toda, enseñan á mi comprensión verdaderas inmensidades de inocencia, de amor immaculado, de fe religiosa. Tiene, en efecto, esta encantadora criatura un profundo carácter de algo que es divino, de algo que no es de esta vida. Su educación piadosa ha dirigido indudablemente á su verdadero fin todos los tesoros de sus virtuosas inclinaciones. Nada ni nadie en el mundo me ha hecho formar un concepto tan elevado y tan consolador de la naturaleza humana como este precioso sér.

Su inteligencia es exquisitamente clara y serena. Con ella suple lo que puede faltarle de instrucción en ciertos casos. La otra tarde salimos en coche á dar un paseo por los alrededores del Generalife. Lléveles al *carmen* de un amigo mío, linda quinta situada en el promedio de la histórica colina de la Alhambra. D.<sup>a</sup> María, cuya salud es muy delicada (tan delicada que me asusta á veces), quedó sentada mientras nosotros íbamos á coger flores para un ramillete cuyo destino sabrás luego. Al llegar Julia y yo al límite de una especie de *parterre* ó jardín alto desde el cual se alcanza á contemplar el magnífico cuadro de la ciudad y sus poéticas cercanías, ambos quedamos sumidos por algunos instantes en silenciosa abstracción. Julieta salió de ella la primera, diciéndome:

—¿En qué piensa V., Luis?

—Pienso, Julieta,—le contesté,—en lo que no me es posible dejar de pensar siempre que observan mis ojos el conjunto de esta población y de su hermosa comarca, tan llenas de recuerdos para el hombre pensador. Pienso en el triste fin que tuvo el pueblo arábigo-

español; aquel pueblo tan inteligente, tan caballeroso, tan altivo, relativamente tan civilizador y civilizado; aquel pueblo que fundó y realizó en nuestro territorio tantas cosas admirables y que hoy se confunde con las tribus bárbaras del Norte de África, en cuyo seno se ha perdido como en un Océano de olvido y de retroceso. Pienso en que aquel pueblo y aquella cultura eran dignas de distinto porvenir. Pienso, en fin, en que no es fácil señalar ni hallar de un modo satisfactorio y conveniente la causa verdadera de la muerte moral y nacional á que aquel pueblo fué condenado.

—Pues algo parecido á eso pensaba yo también, *señor filósofo*— me contestó Julieta sonriendo afectuosamente.—Sólo que, como yo no puedo meterme en esas *honduras*, lo que yo hacía era compadecer á aquellas pobres generaciones que pasaron y se extinguieron sin conocer al Dios verdadero. Y ya que de esto hablamos, me permitirá V. la *audacia* de decírselo; yo creo que es bien fácil de hallar esa explicación por V. buscada; yo creo que desde aquí estamos viendo algo, que nos da generosamente esa explicación.

—¿Y qué es ello?—pregunté.

—Es—añadió *mi ángel*, extendiendo su bellísima mano hacia la ciudad,—aquella bienhechora casa, aquel hermoso templo, la catedral, la cruz bendita que sobre ella tiende sus brazos al pueblo de Jesús. Este pueblo que la posee y la adora, es el representante de la civilización verdadera.—¿Cómo no había de desaparecer ante él, y de ser por él derrotado el pueblo de Mahoma? El porvenir triunfará siempre del pasado, y la cruz es el porvenir eterno, porque es la eterna verdad... Pero olvidamos á mi madre, que se va á enfadar; volvamos á la casa...

Y, rápida como un pajarillo, se alejó de mi lado.

Te dije que luego sabrías el destino del ramillete que en aquel jardín hacíamos. Sabe, pues, que todas las tardes que paseamos vamos á coger ó comprar flores; y que todas las flores que traemos se las dedicamos á una *Señora* que debe ser muy amiga de Julieta, á juzgar por el inmenso cariño que ésta la dedica.

Aquella señora es la excelsa Patrona granadina, la Virgen de las Angustias.—De regreso de nuestras excursiones, vamos al templo. Julieta se adelanta hasta el altar, coloca en él su florida ofrenda, y se arrodilla; cruza sus torneadas manos sobre el pecho, alza sus hermosos ojos á la divina Imagen y la dirige, sin duda en el lenguaje de los serafines, que es su idioma *primitivo*, una tierna plegaria.—¡Ah! ¡Si la vieras en este momento! Su madre y yo la contemplamos extasiados. Allí entre la misteriosa suave oscuridad de la iglesia, con aquella divina actitud, en aquella mística concentración de su alma purísima, parece que va á tender de pronto sus alas, y á desaparecer por las altas bóvedas...

Frecuentemente al volver de paseo, Julieta se sienta al piano y nos toca sus piezas favoritas. Es una verdadera artista, amigo mío; pero aun en la abstracta esfera del arte, es también un ángel. Su ópera favorita es la *Sonámbula*, inmortal *idilio* de tan exquisito sen-

timiento, de tan delicada inspiración.—Julietta dice que su padre la hizo conocer al malogrado *Bellini* como al rey del arte. *Bellini* es para ella la música por excelencia, la música del alma más que del oído; la melodía, en una palabra. ¡Qué poca cosa cree ella que es, ante esta música eternamente nueva y conmovedora, la música *matemática*, la sabia música alemana, por ejemplo, tan llena de pretensiones, tan oscura como su filosofía antievangélica! Sin embargo, el mismo *Bellini* cometió á sus ojos un error imperdonable, cuando dedicó al libreto de *Norma* sus más bellos acentos.

—Yo no puedo nunca, me dijo un día, recordar sin tristeza aquella divina frase:

«Moriamo insieme  
Ah! si, moriamo!...»

porque me parece que en ella quiso animar el genio á un verdadero cadáver.—No merece, en efecto, el amor pagano, el amor que acaba en la tierra, tan divina vestidura.—Yo, pues, siempre que aquel pasaje recuerdo, me *vengo* de *Bellini* con el grandioso y cristiano autor de los *Mártires*; y al «moriamo» opongo:

«Al son del arpa angélica...»

es decir, le opongo la aspiración del amor inmortal, le opongo la *subida al cielo*, como mi buen padre llamaba á esta bellísima partitura!...

Á las diez, poco más ó menos, termina la *soirée* musical, y yo me despido de mis amigas. Julietta me dirige su última sonrisa desde la meseta de la escalera.—Su libro de oraciones está ya entre sus manos; su madre la aguarda para oírse las leer; las lauréolas de las macetas la rodean; la excelente criada, que la vió nacer, la mira con cariñosa complacencia despedirme; su mano me envía el último adiós, y yo salgo de aquel templo de mi ventura siempre con ganas de orar, y arrepentido de lo poco y de lo mal que lo he hecho hasta aquí...

Hace pocas tardes (ya te he dicho, caro *joven* mío, que aunque sólo sea á grandes rasgos, quiero que la conozcas), al entrar yo en su casa encontré sentada á los pies de Julietta á una bella niña de seis á ocho años, vestida con modesto, pero limpísimo vestido, muy peinadita y arreglada; la cual miraba á *mi ángel* con cariñosa atención que nada bastaba á distraer. Pregunté quién era aquella *visita nueva*.—Es, me dijo Julia, un buen conocimiento que he tenido la suerte de hacer hoy; pero ya nos queremos como antiguas amigas. ¿Verdad, Luisita? Y acaricióla tiernamente. La niña, por toda respuesta, ocultó su rostro en la falda de Julietta. Cuando lo levantó lo tenía surcado de blancas lágrimas. Eran las lágrimas de la gratitud sentida más que expresada.

Aquella niña (así me lo contó D.<sup>a</sup> María) se había acercado, llena

de andrajos y hambrienta á la puerta de la casa, á Julieta, al volver ésta de misa aquella mañana, pidiéndole limosna. Era una de tantas infelices criaturas á quienes la miseria de sus padres arroja diariamente por calles y plazas á mendigar. Su madre la reñía forzosamente cuando *llevaba* poco ó nada. Cuando había recogido algo, comía por la noche *todo el pan que quería*. Julieta, más conmovida y sufriendo más que la misma heroína de tan triste historia, la hizo entrar en su casa, la bañó y aseó, le arregló ropas interiores y vestidos suyos, le dió calzado y de comer, y después se puso á conversar cariñosamente con ella. Una de las cosas que le preguntó fué si su madre la llevaba á misa. La niña no contestó. No entendía lo que su bienhechora le preguntaba.—¿Qué, pobrecita, añadió Julia, no sabes lo que es la misa?—No, señora.—Julieta se levantó en seguida, y obtenido el permiso de D.<sup>a</sup> María, que adivinó su objeto, salió con la niña y con Ana. Vió á su madre en la miserable vivienda que en un callejón de Albaicín ocupaba, la socorrió con todo el dinero que pudo, le ofreció darle semanalmente cuanto pudiera, le aconsejó del modo más persuasivo y bondadoso, y obtuvo de ella permiso para hacer entrar á la niña, por tres ó cuatro años, ó más, á educarse y sostenerse gratis en un convento de monjas, donde ella aseguró tener influencia bastante para conseguirlo.

En efecto, amigo mío; este convento (al cual fué llamada al día siguiente la pequeña Luisa) existe. Es el de Carmelitas descalzas, cuya antigua fábrica y vasto huerto conocemos todos exteriormente. El bueno de D. Lucas, que era su organista, hizo á las madres conocer á Julieta, y desde los primeros albores de su razón, Julieta se hizo querer entrañablemente por aquellas ejemplares religiosas. Todas las semanas las dedica un día, llevándolas siempre algún primor hecho por sus manos, ó algún modesto enser que les sea útil. Ellas colman de atenciones y de caricias á la *santita*, como la dicen; y á una imagen de la Madre del Señor, que Julieta cuida y viste por sí sola, llaman *la Virgen de la niña*.

El día que Julieta va al convento ¿querrás creerlo?... se lo conozco antes que ella me lo haga saber. No te rías de mi pueril doble vista; pero brillan sus ojos azules con tan intenso, divino fulgor, la habitual serena aureola de inocente paz y de mágica alegría, que siempre parece rodearla, se hace en estas ocasiones tan perceptible, tan singular, tan fascinadora, que es imposible desconocer su causa inmediata, sobre todo, quien como yo la ama: Y... todo te lo he de decir: cuando la veo venir con tal ventura de la santa mansión; cuando el corazón me dice que la atmósfera que allí respira es más digna de su alma que la del mundo; cuando yo, en fin, conozco que el *ángel desterrado* lo ha estado menos *allá*, por algunas horas, tengo miedo, verdadero miedo, el miedo del presentimiento. ¡Me parece que el día menos pensado no vuelve de allí!

Rasgos y detalles de su vida, de su carácter y de sus sentimientos, iguales á los que de recordar brevísimamente acabo, no me faltarían para hacérteles conocer en cien volúmenes. Pero no lo creo

necesario. Estoy seguro de que tú habrás, con uno solo de ellos, sacado por inducción el perfecto conocimiento de Julieta.—Ya lo ves; es mucho más que una mujer. Es uno de aquellos seres sin nombre en el pobre lenguaje humano, cuyo amor te da religión, dicha, esperanza y virtud para toda la vida...

Sólo me queda, pues, para que seas del todo sabedor de cuál es mi estado moral ante la santa incomparable pasión que esa perfecta criatura me ha inspirado, hacerte ¡oh *joven!* otra confesión, aunque creo que también te la habrá hecho adivinar el tono con que acabo de escribir esta larga carta (la empecé á lo *maestro* y la concluí á lo *discípulo*); y es que cuando estoy junto á Julieta, hay en mí una cosa tan grande y tan invencible como mi amor: la pudorosa timidez de mi corazón y de mi lengua.

No sólo, en efecto, aleja esta inmaculada criatura de mi pensamiento toda idea que no sea digna de su pureza, sino que mi boca elige por instinto para hablarla las palabras de más estricta conveniencia. Otra cosa, sobre no serme posible, me parecería una profanación.—Yo, pues, el intrépido lenguaraz de lo pasado, el audaz en obras y palabras, yo, nada menos que el *maestro* Acosta, no me he atrevido todavía á decir directamente á Julieta: «te amo.»—Me contento con que mis ojos y mis acciones, mi leal respeto, mi sér todo, lo den á entender; pero por nada del mundo usaría con esta encantadora niña el vulgar lenguaje que hasta ahora me enseñara mi estéril vida; por nada del mundo me permitiría abusar, ni con la intención, de la confianza que en mí ha depositado su buena madre.—¡Ah! ¿No te lo decía yo, amigo mío? ¡Este solo es el verdadero amor; el amor que hace un sagrado de la estimación, del pudor, de la inocencia, de la pobreza, de la amistad, de todo lo grande, de todo lo noble, de todo lo bello y lo triste!...

Sin embargo, una sola vez he hablado con *ella* de amor; voy á decirte cómo y cuándo.

Al anocheecer de uno de estos días hermosos, que cualquier ruso transplantado creería de mayo, hallé á Julieta en su florida torre, en aquella torre tan admirada por tí y por mí.—Tenía entre sus manos un libro: *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint Pierre.

—¿Qué le parece á V. esa tierna relación, Julieta?—le pregunté.

—Mi pobre padre—contestó—decía que era el más bello libro de amor que se ha escrito. Yo no puedo ser voto en la materia; pero lo que sí puedo decir á V. es que estas páginas me conmueven profundamente, y me dejan en el corazón algún parecido al perfume de un ramo de violetas.

—¡Pobre Virginia!—exclamé yo sin darme cuenta de por qué lo decía.

—¿Por qué compadece V. á *nuestra* heroína, Luis?

—La compadezco por su prematuro, desgraciado fin; como he compadecido siempre toda belleza disipada, toda pureza agotada, toda flor muerta.

Breve instante de silencio. Julieta se acercó pensativa á una de

las barandillas; alzó sus ojos al sereno cielo, en el que ya se mostraba la casta, amorosa luna, y después, volviéndose repentinamente hacia mí, me dijo:

—No somos de la misma opinión, amigo mío. Para mí, Virginia es un ideal de felicidad.

—De la *felicidad triste*, insinué yo.

—No; de la *felicidad* más *feliz* que puede soñar criatura humana. Pura, buena y bella como un ángel, su vida en la tierra fué un dichoso ensueño, pasado en el seno de la hermosa naturaleza. Antes que la desgracia y sus asperezas la combatieran, Dios la llamó á proseguir en el cielo aquella dulce existencia, libre de toda mancha y de todo desengaño. ¿Cabe mayor ventura? Seamos francos, Luis; la flor que muere, el avecilla que cae, el niño arrebatado á la vida, nos contristan sólo por una instintiva exigencia del egoísmo. Pero para el que  *Cree y espera*, esa muerte no es tristeza; esa muerte es una especie de bienaventuranza continuada. Morir en la pureza, en la hermosura, en la fe, sin necesidad del arrepentimiento, sin desear el fin como un alivio, y con la segura esperanza de que tenemos abierto y expedito el camino al seno de Dios; pasar, en una palabra, de los brazos de la dicha transitoria á los de la eterna dicha, es nacer al cielo, vivir entre los ángeles, es contarse entre los elegidos...

—Pero, Julieta—le interrumpí yo, contristado á mi pesar por lo que me parecía un misterioso anhelo de la muerte;—¿y la memoria de los objetos que en la tierra quedan llorándonos?...

—Esos objetos—replicó,—esos seres, si tienen la misma fe salvadora, deben abrigar profundamente la creencia de nuestra eterna ventura y prometerse el consuelo de que en ella se nos han de reunir...

Calló, y yo no tuve palabras con que replicarle; ¡aquella lección de *amor inmortal* era tan nueva y tan conmovedora para mí! Sentía yo tanto en el fondo de mi ser la celestial verdad de su esperanza... que no podía contradecirla.

Hé aquí, pues, *diletto* mío, hecho, como te prometí, á grandes rasgos, el retrato de mi ídolo.—Belleza, misticismo, inmaterialidad, ternura inagotable, inteligencia; instintos y sentimientos que parecen inspirados del Evangelio; todo esto reúne Julieta; y sobre todo esto, algo como una atmósfera de santa tristeza, algo como un fulgor misterioso y divino la envuelve. ¿Comprendes mi adoración? ¿Comprendes mi felicidad?

¡Ah!... Pues á pesar de todo, no es completa.—Temo á veces ver abrirse el cielo, bajar de él un querube, colocar á *su hermana* sobre sus alas, y llevársela, dejándome huérfano y á solas sobre la tierra.»

## VI.

## Á LAS PUERTAS DE LA DICHA.

*(Tercera carta de Luis.)*

«Ocho días hace, amigo mío, que te escribí la última vez desde Granada, desde aquella Granada, fuente de nuestro fraternal cariño, templo de mi ventura.—Hoy lo hago desde esta solitaria campiña del reino de Jaén, desde este mi hogar natal, donde ya he visto tres veces salir el sol de Dios. Por este solo hecho tienes, pues, explicado mi silencio. Y ahora voy, *joven* querido, á explicarte mi repentino viaje.

Dos días después de haberte escrito, al entrar en nuestro hospedaje de vuelta de un matinal paseo, durante el cual las alamedas del Darro me habían visto, como de costumbre, ebrio de dicha y llena el alma con la dulce imagen de mi Julieta, me encontré con un recado de D.<sup>a</sup> María para que pasase luego á su casa. Así lo hice sin detenerme un solo instante y lleno de vivísima inquietud, pues era la primera vez que tal recado recibía. Ana, la buena sirvienta, salió á abrirme y me recibió presa de la más dolorosa conmoción.—Esta mañana—me dijo, sin dar lugar á que yo la preguntara—llevé á la señorita al convento. Poco después de mi vuelta, la señora se sintió mal y tuvo necesidad de acostarse. Quise inmediatamente volver por la niña; pero mi ama me lo ha impedido, diciéndome sólo que fuese á avisar á V., como lo he hecho.—Ahora creo que se siente mejor...  
Entre V.

Entré, en efecto, en la alcoba de D.<sup>a</sup> María. Pálida, con una palidez sepulcral, pero sonriendo con su eterna santa sonrisa, tendióme su descarnada mano, me hizo seña de que me sentase, y me dijo con débil, cariñosa voz:

—Luis, los dolorosos vaticinios de V., que yo sola he leído en sus ojos, van á cumplirse. Siento que mi fin se acerca...

—¡Señora—exclamé,—no tenga V., por Dios, tan infundado temor!

—Es inútil, amigo mío—añadió,—que se esfuerce V. por tranquilizarme. Le repito que así como V. conoció el mal estado de mi salud desde el primer día, lo cual no pudo ocultarme su afectuosa mirada, así lo conozco yo desde hace mucho tiempo.—Tengo una afección pulmonar en su último grado. El médico mismo lo ha declarado así á instancias mías. Le he consultado sin que la hija de mi alma lo supiera; porque yo, que he afrontado todos los dolores de la vida con el valor de mi fe, no he podido, sin embargo, decidirme á desgarrar por mí misma el corazón de mi Julieta. Conozco, por tanto, el verdadero estado en que me hallo. Oiga V., pues, mi buen amigo, lo que tengo que decirle.

Y después de una breve pausa, en que pareció tomar aliento, continuó:

—La muerte, mi estimado Luis, que es aurora de la verdadera vida para el cristiano, ha sido, sin embargo, temida por mí, como madre del bendito sér en que se cifra mi cariño. La idea de dejar sola y desamparada á mi amada hija, era superior á mi resignación. —Dios, empero, me ha oído, y hoy que me veo llegar al sepulcro, mi corazón se inunda en la amante esperanza de que Julieta no queda abandonada sobre la tierra.—Otro corazón noble y generoso se ha de encargar de su felicidad, y este corazón es el de V.; ¿verdad, amigo mío?...

—¡Oh, D.<sup>a</sup> María!—la contesté.—V. sabe muy bien que desde el día en que me permitió pisar su santa casa, mi destino quedó unido al de su hija purísima...

—Pues bien, Luis: ya lo ve V.; mi hora postrera se adelanta.—Esta crisis de hoy será, sin duda, una de las últimas. Y como le conozco á V. quizá mejor que V. á sí mismo, no vacilo en dirigirle mi último ruego de amiga, de madre, de moribunda.—Luis, que antes de morir, mi esperanza se vea realizada...

—¡Y con ella mi soñada ventura, señora!—exclamé, postrándome de rodillas ante el lecho y besando con respeto su mano.—Si ya no lo está, es porque yo quería hacerme merecedor de ella; es porque me parecía que todavía no me creían VV. de ella digno. Pero hoy mismo, esta misma noche partiré á obtener el permiso de mi padre querido y á arreglar todo lo necesario para que muy en breve bendiga V. en mí á su hijo...

Y á pesar mío un torrente de lágrimas y de comprimidos sollozos ahogó mi voz. D.<sup>a</sup> María, derramando también abundoso llanto, murmuró:

—¡Gracias, Luis, gracias, hijo mío!...

Y después de tributarle algunos afectuosos cuidados, salí de aquella casa, si por una parte afligido, por otra abrumado bajo el peso de inmenso gozo. La tierra, el sol, el universo, brillaban á mis ojos como teñidos en un iris purísimo. No quería, no podía creer en la gravedad del mal de aquella inmejorable madre. Creía y creo, amigo mío, que Dios le concederá el gusto de ver realizado lo que tanto desea...

La escena de mi despedida, que tuvo lugar aquella misma noche, no podría ser por mí fiel y prolijamente referida. Ni mi cerebro ni mi corazón estaban entonces capaces de dar ningún grave encargo á mi memoria. Recuerdo como dulce vago ensueño á Julieta, agitada y trémula cual la azucena que el aura matinal conmueve, colocada en la cabecera del lecho de su madre. Al verla allí, guardando entre sus pequeñas, nítidas manos las de la enferma, y dirigiendo su celestial mirada, ya á ella, que la veía sin duda como el ángel de su guarda, ya á mí, que la contemplaba en éxtasis, me pareció que rodeaba su frente una aureola luminosa.—Recuerdo que sólo pude articular algunas frases, hijas de mi corazón, entre las cuales dije á mi

*ángel*, superando heroicamente mi dichosa timidez:—Julieta, ¿me cree V. verdaderamente digno del honor y de la ventura que motivan esta nuestra última separación?—Y al pronunciar «sí, Luis,» con melancólica voz casi imperceptible, mi *ángel* me tendió por vez primera su mano, y dejó en la mía un pequeño objeto. A muy poco abandoné la estancia; y algunas horas después me encontraba camino de Jaén, en la berlina de una diligencia, cuyos tres asientos había pagado para ir solo. Esto hice porque mi felicidad íntima me parecía un sagrado que la comunicación con extraños seres profanaría. Recuerdo que pasé la noche corriendo en mi coche *bajo las estrellas*, pero sin dejar de mirarlas, porque me es imposible dejar de pensar en mi serafín sin mirar al cielo; y recuerdo, en fin, que, dormido por brevísimo tiempo, me desperté con el alba, teniendo siempre en mi mano izquierda, que lo estrechaba contra mi pecho, un estuchito de terciopelo, que era lo que Julieta me había dado, y que hasta entonces no había podido reconocer; y era... era, en una preciosa miniatura, la imagen de mi adorada *Pensativa*. Beséla una y mil veces con el puro entusiasmo con que besara el más precioso de los talismanes. Mas ¡oh delicia!... dentro del estuche venía doblado un papelito, el mismo que arrojé un día á los pies de mi ídolo, y que me traía entonces la respuesta *de la Hada de la torre de las flores*.

Yo había escrito en él, entre otros *ecos* de mi corazón, lo siguiente: «Por V. conozco que no se ama más que una vez en la vida. ¿No cree V. lo mismo?...» Y ella había escrito á continuación: «Lo creo, porque lo siento.»—¡Ah, *joven* mío! Estas dulces palabras son el poema de mi felicidad, son la patente de mí dicha. Ni ¿qué desventura puede ofrecerme el destino que esas encantadoras palabras no disipen?...

Llegué á Jaén; allí me esperaba, por orden de mi padre, uno de nuestros criados con mi caballo favorito. Ya lo conoces de *oídas*: es el *Rayo*, el hermoso alazán cuyas proezas te he contado.—Las seis leguas del camino las salvé casi de un galope. Necesitaba aquel vertiginoso movimiento, en armonía con la agitación de mi espíritu. Desde el *Rayo* caí en los brazos de mi amado viejo, de mi buen padre, que había salido á recibirme á una legua de nuestra posesión.—Volvimos á ella abrazándonos cada cinco minutos, y aquí me tienes.—La santa, benéfica paz de mi hogar bendito, no basta, empero, como otras veces, á mi tranquilidad; conozco que aquí está la mitad de mi alma, la otra mitad está con *ella*, y es preciso recuperarla...

Del resultado de mi gestión cerca del mejor de los padres, sólo te diré que leas la carta que copio á continuación. Ella dice más y mejor que cuanto yo te escribiera. Mi padre querido, dirigiéndose á D.<sup>a</sup> María, se expresa así:

«Mi corazón da á V. gracias, señora, y á su hija, que ya tengo por mía. La felicidad del hijo que es mi orgullo y mi amor, es la mía. Vengan V.V. pronto, se lo ruego, á honrar esta casa, donde pa-

rece que al fin quiere entrar el contento. Veinte años hace que la pobre madre de mi Luis la dejó para siempre. Veinte años de orfandad para él, de amarga soledad para este oscuro campesino: veinte años de dolor. ¡Ah! V. y yo, señora, que ya somos poco de este mundo, lo dejaremos contentos, porque sin duda nos ha de acompañar á la otra vida el recuerdo y el sentimiento de los seres queridos á quienes confiaremos nuestra memoria.»

¿Ves qué padre tan noble y tan bueno tengo, *joven?* ¿Ves cómo no eres tú el único que puede jactarse de poseer semejante vivo ejemplo de generosidad?

Pero me es preciso concluir esta carta. Tengo que escribir... á Granada, ya lo supondrás. Lo hago todos los días desde que llegué; y sin embargo, no he recibido la primera carta de Julieta. ¿Habrá pasado algo? ¿Se habrá agravado nuestra enferma? ¡Ah! no; tengo confianza en mi ventura. Ahora no pueden conmigo los negros presentimientos. El cielo me sonríe. Sin embargo, la pícara envidia me conturba un poco; y es envidia de tí; de tí, *fortunatus discipulus*, que, según me anuncias, vas á volver antes que yo á las orillas del Genil... Lo primero que quiero que hagas, es ir á *verla*. Ella te conoce, porque yo he sido para con ella tu *historiador*. Avísame, por Dios, de cualquiera novedad. Dile que todavía pasaré en ésta una semana; pero no le digas que si no regreso antes, es *por ella*; es porque estoy construyendo, como mejor puedo, el risueño templo de mi ídolo.—Quiero que, en cuanto lo permiten los recursos de este país, el *nido* de mi ventura la merezca.—¡Si me vieras, y, sobre todo, si vieras á mi amado y venerable anciano dirigiendo los trabajos de artífices y criados en las que serán habitaciones de Julia! Todo nos parece poco, feo y malo. Yo quisiera fabricar un palacio de flores, y fijar sobre él el sol. Pero ya que no soy más que un hombre, que es como quien dice impotencia, forzoso será contentarse con ofrecer á *mi ángel* esta pobre morada terrena. En ella, pues, quedo, amigo mío. Desde *las puertas de la dicha*, te saludo y te abrazo.—Ojalá pronto las salve, y entre por fin en el paraíso á donde me ha guiado la *estrella* de mi vida... Adiós.»

## VII.

### DESENLACE EN QUE HABLA UN ÁNGEL.

Pero este amor, que os revelo,  
que hondo y puro aquí se encierra,  
irá, sin tocar la tierra,  
de mi corazón al cielo!...

R. RUBÍ.

Había yo, en efecto, anunciado á Luis de Acosta mi próxima vuelta á Granada. Verifiquéla pocas horas después de recibir en mi ciudad natal su última, anterior carta, y mi primer cuidado, apenas

tomé nuevamente posesión del hotel Salazar, fué el dirigirme á casa de la nueva familia de mi amigo.—Con dolorosa sorpresa ví, sin embargo, que aquella casa tenía herméticamente cerrados puertas y balcones; y esto me bastó desde luego para que el solo aspecto de aquella modesta vivienda, que yo creía encontrar llena de alegría, me revelase el triste suceso, origen de su soledad.—Supe inmediatamente por algunos vecinos á quienes pregunté, que mi pronóstico no era, por desgracia, infundado.—Hacía cuatro días que doña María, víctima de su terrible dolencia, había muerto. Su hija estaba desde entonces en el convento de las Carmelitas.

Creendo, naturalmente, que Julieta había buscado sólo un transitorio albergue en aquella santa mansión, me dirigí allá sin vacilar, y expuse á la madre superiora, que tras del torno me recibió, mi deseo, ó, mejor dicho, mi deber de verla y de hablarla. Pero con mayor sorpresa mía se me dijo que por voluntad expresa de la misma Julieta, ni á mí ni á nadie podía concederse el permiso. Insistí en vano, asegurando que me creía con derecho á representar en aquella ocasión á D. Luis de Acosta.

—Ya sabrá V., hermana, añadí, quién es el sujeto que acabo de nombrar.—Lo ignoro absolutamente, me contestó aquella voz que parecía salir de las entrañas de la tierra. Lo que repito á V. es que *la niña pertenece ya á la casa*, y que es ella quien ha dispuesto no ver á persona alguna extraña.

Hecho un mar de confusiones, me retiré. Escribí á Julieta algunas respetuosas líneas, y á Luis el relato de lo que me había pasado, y esperé ansioso respuesta de alguno de ellos. Mas esperé en vano durante algunos días. No llegué á recibir la menor noticia.

Tomé, en vista de tales para mí inexplicables circunstancias, la resolución de buscar por mí mismo el término de aquella expectación anhelosa; y zanjando todas las dificultades que mi posición estudiantil me creaba, partí una mañana de Granada en la diligencia de Jaén. Un secreto acento me decía en el fondo del pecho que con ello iba á cumplir un fraternal deber consolador cerca de mi pobre amigo.

¡Triste cuadro, en efecto, me ofreció la casa de Luis!—Cuando llegué á ella, atravesando anhelosamente sus poéticos, campestres alrededores, un silencioso criado me condujo á través de varias habitaciones, hasta llegar á la puerta de otra en que me dejó.—Era ésta un vasto salón severamente adornado con muebles antiguos, y espesas, largas cortinas que lo oscurecían. Al entrar en él, mis deslumbrados ojos nada vieron; mas bien pronto pude darme cuenta de que mis melancólicos temores no eran infundados. En uno de los ángulos de la habitación, y sobre ancho lecho de clásica forma, yacía sumido en febril estupor mi amigo querido. A su cabecera, y silencioso como él, estaba sentado su anciano padre, cuya plateada cabeza se destacaba en aquel sombrío fondo.—Lleguéme á él calladamente, pronuncié mi nombre á su oído, estreché la temblorosa mano que afectuosamente me tendió, sentéme á su lado y oí de sus

labios que hacía tres días que se encontraba Luis en aquel peligroso estado, el cual hizo temer al principio una mortal congestión. Por fortuna, la eficacia de los remedios que se le habían prodigado le había sacado ya, según el médico, de todo serio peligro, dejándole solo en la natural debilidad consiguiente á repetidas sangrías. —Pero ¿qué le había deparado aquel padecimiento? Su padre, ó creyéndome enterado, ó no teniendo valor para hablar de ello, nada me dijo.—Yo no creía prudente aventurar la dolorosa pregunta.

De este modo, y en esta para mí ansiosa incertidumbre, pasaron las primeras horas que á mi llegada sucedieron. Al día siguiente, el enfermo, que me había conocido, y que, aunque débilmente, nos hablaba de vez en cuando, me sacó él mismo de mi duda. En uno de los momentos en que, suplicando á su padre que fuese á descansar, se halló solo conmigo, le ví sacar con trémula mano de debajo de su almohada un pequeño rollo de papeles. Miróme luego con cariñosa, triste expresión, y me alargó aquéllos, diciéndome:

—He comprendido, mi buen amigo, que *no sabes nada*. Toma, y lee...

Salí, en efecto, á leer, en la estancia que me había sido destinada, aquellos papeles. Eran las tres cartas que copio á continuación, y de las cuales he sido depositario durante muchos años.

#### CARTA DE RAIMUNDO Á JULIA.

«¡Qué inmenso dolor para nuestros corazones, hermana mía! ¡Nuestra madre, la mujer santa y virtuosa que nos enseñó á orar, á creer y á esperar, no existe ya!—¡Y eres tú, su hija adorada, tú, pobre corazón herido, quien me lo anuncia!... ¡Ah! ¡Qué podría yo decirte en este instante! Mi dolor debe callar ante tu dolor; pero ella que me ve desde el cielo, ella sabe toda la inmensa pena que su eterna separación me depara. Oremos, pues, por ella, hermana mía; bendigamos su memoria, y, como tú dices, seamos dignos, por nuestra transitoria carrera, de hallarla algún día entre los ángeles.

Oyeme ahora, mi Julieta, porque en estos supremos instantes tengo que decirte lo que quizá nunca, á no llegar ocasión tan dolorosa, te hubiera confesado. Hace mucho tiempo, desde que en mí empezó el hombre á suceder al niño, que la naturaleza de mis sentimientos hacia tí se modificó á despecho de mi voluntad y de mi existencia moral. Sabía y sé bien que para tí nunca he sido más que hermano, tu hermano adoptivo; pero yo no he sido dueño de ahogar en mi corazón el vehemente, puro y respetuoso amor que tu belleza y tu virtud me han inspirado. El deber de ocultarlo me hizo buscar con anhelo nuestra separación y la soledad en que vivo; pero vanamente, porque la soledad y la ausencia le han aumentado. Aquí, lo mismo que si á tu lado estuviera, tú sola llenas mi alma.

¿Quieres, pues, hermana mía, cambiar ese dulce título por el de la compañera de un hombre honrado que tanto te ama? ¿Quieres que nuestra orfandad se cambie en la unión inmutable de nuestra

vida? ¿No crees tú, como yo creo, que esta unión será bendecida desde su mansión de gloria por los seres queridos de nuestro recuerdo?

Una sola palabra tuya, y vuelo á ser á tu lado el más feliz de los hombres.—Si no puedes ni debes pronunciarla, envíame, al menos, el perdón por esa falta involuntaria que mi corazón comete, aumentando acaso tus sufrimientos. La historia de mi existencia hasta hoy va compendiada en estas pobres líneas; de mi porvenir, tú eres la árbitra; pero cree siempre, Julia mía, en la religiosa pureza de mi cariño y en mi deseo por tu felicidad.»

#### CARTA DE JULIA Á RAIMUNDO.

«Hermano mío: Si fuera posible que mi cariñosa gratitud hacia tí se aumentara, tu carta última lo consiguiera. Tienes un nobilísimo corazón, y yo dedicaré mi vida á pedir á Dios por tu dicha; pero ¡ah! ¡mi buen Raimundo, que esto es lo único que me es dable hacer por ella! Te lo confesaré desde luego, porque tu ánimo generoso resistiría cualquier falta de franqueza. Para mí, en efecto, eres y serás siempre un hermano querido; pero aunque así no fuera, aunque mis sentimientos hacia tí pudieran ser otros, yo no podría aceptar la honra que me propones. Mi elección está hecha; quiero consagrarme á un Esposo Divino.—Mañana mismo entro, para no salir de él nunca, en mi amado convento. Tú que me conoces, sabes que con esto no hago más que cumplir la verdadera *vocación* de mi alma. Yo, pues, soy la que debo pedirte perdón por no poder contribuir á la dicha cuya esperanza has alimentado. Búscala y hállala, hermano mío, y yo creo que la hallarás en otra á quien sea dado recompensar tu generosidad y tus virtudes, cambiando los sacrificios de tu vida en la risueña tranquilidad que tanto mereces. Adiós.»

#### CARTA DE JULIA Á LUIS.

«Mi buen amigo: Prepare V., antes de leer ésta, su ánimo generoso y fuerte á la dolorosa prueba que con sincero dolor de mi corazón voy á depararle. Mi santa, adorada madre, no existe ya. El ángel que cubría con sus benéficas alas aquella pura frente, ha llevado en paz su alma al Señor. Cuando vi llegar el inolvidable instante, mi razón y mi corazón se confirmaron en el deseo de ser para con V. lo que aquella bendita madre mía fué para con mi buen padre. Aquel venerado ejemplo de virtud y de ternura me trazaba el camino de los deberes que yo, aceptando nombre, hogar y protección de V., debía llenar á su lado. Hoy, empero, es decir, muy pocos días después de aquel amarguísimo trance, ese deseo, ese propósito, son un verdadero imposible que obliga á mi alma á renunciar con ellos á lo que era mi única aspiración en la tierra.

Adjuntas hallará V., amigo mío, copias de dos cartas que le darán la explicación de esta cruel, pero necesaria variación de mis sentimientos. Por la de Raimundo verá V. que aquel noble hermano,

cuya vida ha sido un constante sacrificio en aras del bienestar de mi familia; aquel pobre niño, á quien el trabajo y el padecer no han concedido una sola hora de verdadera juventud, de verdadera alegría, me pide también su ventura. Yo no puedo concedérsela, porque V., Luis, ha sido y debía ser el único elegido de mi corazón.

Yo he tenido valor para negársela, aunque no para decirle la verdad completa. Yo no me siento tampoco con fuerzas para aceptar egoístamente mi felicidad á costa de la suya. Á V., pues, acudo; usted, cuya experiencia y cuya inteligencia le dan sensato dominio sobre sí mismo, V. me autorizará á cumplir lo que es hoy mi único, verdadero deseo: entrar para siempre en la casa de Dios; profesar en las Carmelitas. Cuando, pasado el trance que hoy tan contra mi deseo le deparo, V., cuya posición y cuyo destino le ofrecerán sin duda goces muy superiores á los que, oscureciendo su vida á mi lado, conseguiría; cuando V., á quien la fortuna y la alegría no podrán menos de sonreír, me recuerde, estoy cierta de que hallará justa mi actual determinación, como yo la hallo cuando leo en el fondo de mi conciencia.

Porque la verdad íntima y profunda de esta decisión mía no está sólo, Luis, en que yo no puedo ir al lado de V., hollando cruelmente el corazón del compañero de mi infancia, del heroico niño que dió á mi madre pan y quietud; está á la vez en mi verdadera manera de ser. V. lo sabe; mi naturaleza moral y física, mi educación, la historia de mi pobre vida, todo cuanto soy capaz de sentir, de creer y de comprender, todo me aparta instintivamente de la vida social, tal como la generalidad es justo que la comprenda y la practique. Lo que para las organizaciones enérgicas es la prueba suprema, ese combate de la común existencia, con sus dolores y sus placeres, entiendo yo y confieso que es superior á mis débiles fuerzas. Hay un sentimiento que sirve de esencia á todos los míos: la fe religiosa, el amor de los amores, la esperanza del cielo.

Yo no comprendo cómo el sér humano inteligente, que para sentir imperecedero en su pecho ese amor sólo necesita alzar una vez sus ojos al firmamento, no le consagra, uno por uno, todos sus momentos; yo no comprendo cómo nuestro frágil vivir tiene en la tierra otra ocupación, otro objeto, otro anhelo, otro propósito que los de hacerse digno de la inmortalidad por que ha de cambiarse. Mis deberes filiales han sido el único lazo que me ha unido verdaderamente al mundo.—Roto éste por mano Omnipotente, déjeme V., amigo mío, que vuelva á mi *hogar*, que vea realizarse mi cariñoso ensueño, que entre de una vez en el único camino que yo me siento capaz de emprender.—Ya lo ve V.; á pesar de mis propósitos, yo no podría hacerle feliz, porque lamentaría siempre en el fondo de mi alma el haber cambiado por lo terrenal, por lo transitorio, por lo que es lucha, egoísmo, fiebre y placer efímero, lo divino, lo inmutable.—Yo, Luis, menos que cualquier otra criatura humana, *soy de este mundo*; pertenezco siempre al número de las que no dejan de sentir un solo instante la ausencia de la *eterna patria*...

Adiós, pues, amigo mío, y para siempre en esta vida. La voz de una inefable esperanza me hace creer con santa evidencia que llegará el instante de nuestra unión en el seno del que es bondad y amor supremos.—Nuestras almas, libres en Él de toda vana impureza, se regocijarán entonces de haber dado aquí principio, con immaculado afecto, á esa unión dichosa.»

.....

Un año después de los sucesos que rápida y desaliñadamente acabo de recordar, celebróse en el convento de Carmelitas de Granada la profesión de Julia. Estaban aún muy vivos en mi memoria los recuerdos de aquellos acontecimientos para que no me apresurase á asistir al acto. Ví en él, con efecto, á la dulce y espiritual niña ceñir el blanco velo de las vírgenes del Señor y dar un adiós eterno al mundo. Sagrados cánticos la despidieron de él; olorosa nube del místico incienso parecía querer arrebatarla precozmente á la tierra; el templo, majestuosamente iluminado, poéticamente lleno de flores, parecía brindarla una mansión de purísimo, invariable contento. Y ella, el *ángel desterrado*, la blanca oveja vuelta á su redil amado, parecía abismada en un sentimiento divino y no tener conciencia de cuanto la rodeaba.—Llegó al fin un momento en que no ví más su pálida frente, sus misteriosos ojos alzados incesantemente al cielo; el claustro, terrestre crisálida del ángel, la ocultó para siempre á la profana mirada de los hombres.

.....

Luis, á quien me fué forzoso dejar sumido en profundísima pena, siguió conmigo durante algún tiempo fraternal correspondencia, que fué para él desahogo afectuoso de aquel dolor que había rasgado, por decirlo así, todas las fibras de su noble corazón, y para mí el medio de intentar vanamente consolarle.—Sin embargo, sus cartas fueron tomando progresivamente el carácter de una religiosidad profunda, y llegué á creer que aquella tempestad de su alma se disiparía en el seno de una cristiana resignación.

Su casi octogenario padre murió á los pocos meses. La carta en que mi amigo me lo hizo saber fué la última que de él recibí; en ella me anunciaba su propósito de hacer un viaje al extranjero, aunque sin decirme el objeto. No tardé, empero, en conocerlo. Repasando un día un periódico francés, hallé en sus columnas el anuncio de una expedición de jóvenes misioneros al centro inexplorado del África. Entre los nombres de aquellos valerosos enviados del Evangelio hallé, con viva emoción, el de Luis de Acosta. «Este caballero español, decía el diario, ha cedido toda su fortuna al Colegio de las Misiones de Marsella y abrazado con verdadera y heroica vocación religiosa su nuevo estado.»

Por mi parte, no he vuelto á tener noticias tuyas. ¡Quién sabe si el que yo conocí lleno de alegría, de inteligencia y de vida, la habrá cambiado por horrible martirio en ignotas regiones! ¡Quién sabe si el holocausto de aquel sér generoso habrá ya obtenido su inmortal recompensa!...

SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO.

---

## CRÓNICA POLÍTICA

---

15 Setiembre.

¿Es una gran necesidad moral de la Monarquía constitucional el que los Martínez sean ministros? ¿Puede vivir la Monarquía constitucional sin la presencia de los Martínez en el poder? ¿Dejarían los Martínez de ser Gobierno sin que, como se decía otras veces, se hundieran en el abismo Patria, Libertad y Trono?—No tire el lector lejos de sí, en un arranque de sentido comun, este número de nuestro periódico, al leer las descabelladas y descomunales preguntas anteriores. Por absurdas que á su buen juicio parezcan, ello es lo cierto que el espectáculo de la desgraciadísima política española invita y obliga á hacerlas; ello es lo cierto que todo el que considera la cosa pública de España aunque no sea más que con un centímetro de elevacion, que es, sin embargo, una altura vertiginosa si se compara con la talla ética del Sr. Camacho, no tiene más remedio que hacerse esas preguntas bárbaras y necesarias, sintiéndolas formularse en su fuero interno y agolparse á sus labios ó á su pluma como la única consecuencia de su meditacion.—¡Ah!, sí: será que estaba escrito, será que nuestro país, autor calamitoso de los progresistas, esté condenado á ciertos castigos expiatorios por la indirecta pero tremenda severidad de la Providencia ante los malos usos del libre arbitrio en pueblos y personas, será lo que ustedes quieran; pero así Dios nos perdone el haber creído á principios de 1881 que acaso el llamamiento de la izquierda pudiera servir para algo más provechoso que para su descrédito, como es verdad que en el fondo oscuro y antipático de la política nacional en estos instantes no hay más cuestion esencial ni trascendental que la que esas preguntas, al parecer insensatas, entrañan y plantean: la cuestion de los Martínez. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que la desdicha española haya llegado, por flagelante permision del Cielo, á este bochornoso extremo, ni con qué mínimo grado de razon y de justicia nos exigiría hoy el lector be-

nigno que apartásemos de esa cuestión nuestro pensamiento? La cuestión está ahí, sobre el tapete de la quincena, viva, palpitante, única en la hondura de la realidad; los Martínez están ahí, en el ministerio, al lado de las instituciones, ó detrás de ellas, que es lo mismo, dando color, tono y pauta á la situación, desafiando prensa, reuniones, discursos, autoridades, opinión pública, disidencias, liberalismos y democracias, haciendo, en fin, su centinela de vista al señor Sagasta, sin reemplazarse, con una resistencia, y una intención, y una frescura dignas de veteranos de la Edad Media, de la gran Edad de los centinelas. ¿Es posible, en su virtud, tratar de otra cosa que de ellos, de su significación desastrosa, peligrosa y odiosa, de la sombra mortífera y manzanillesca que vienen proyectando sobre su cautivo Presidente, y de los daños, cada día más graves é irremediables, que están haciendo y tienen que hacer á cuanto pueda haber de respetable y de importante en España? Á no inventar cuestiones puramente fantásticas, la cuestión de los Martínez se impone hoy á todo el mundo, viene imponiéndose á la política balnearia y correspondiente que ha predominado en el verano, se ha impuesto á los hombres públicos que durante las dos últimas semanas han hablado récio, y se seguirá imponiendo, con la inexorable lógica de lo fatal, al Otoño sin Córtes y á la segunda legislatura sin mayoría. Considere, por tanto, y reconozca, el suscriptor amable, que toda la fanática solicitud con que le servimos es impotente para sacarnos del único camino de la política española en estos instantes; y permítanos, en su virtud, que ya que otra cosa no podemos darle, le demos hoy cuenta de los nuevos trámites que ha recorrido en la primera quincena de este Setiembre, segundo de la plaga ó era fusionista, la susodicha cuestión de los susodichos Martínez, que Dios y la régia prerogativa confundan.

Parece mentira, á pesar de verla y de tocarla, la inmensa perturbación que, en efecto, ha traído á la política española ese *martinismo* ó centralismo, propiamente dicho, alrededor del cual giran hoy todas las palpitations de nuestros partidos. Las generaciones del porvenir han de creerlo difícilmente. Nosotros mismos, los infelices testigos presenciales del fenómeno, hay momentos en que pensamos ser presa de una alucinación. Seis años llevaba de restablecida la Monarquía legítima, y con ella el régimen constitucional, la paz y la que bien podemos llamar esperanza pública en un porvenir compensador de las desdichas y vergüenzas revolucionarias. Formada la izquierda legal, y llegada por la iniciativa soberana la hora de su

exaltacion, parecía resuelto el problema de la normalidad constitucional en nuestro país; cuando hé aquí que ese malhadado centralismo, echado por su propia injustificada ambicion de su albergue conservador, y recibido al parecer por el constitucionalismo con la secundaria importancia de un mero refuerzo personal, que nada le llevaba ni podía llevarle en el orden de los principios; hé aquí que ese centralismo aparece inmediata y rápidamente hecho dueño y señor de su nuevo campo de maniobras, de su nuevo solicitado hospedaje, y hé aquí la izquierda, la pacienzuda izquierda del quinquenio opositorista desnaturalizada, desvirtuada en su significacion, y obligada á emprender torpemente un camino contrario al que sus antecedentes, su deber y su dignidad le aconsejaban. Aquella gran solucion de la izquierda legal quedó convertida en un simple Ministerio alonsista, ó martinista; y las iniciativas concretas y particulares de algun Ministro intermitentemente animoso y resuelto, nada pudieron para quitar á la situacion dominada por la corruptora astucia centralista, su irremediable, triste carácter, su ineficacia inmensa, esa ineficacia que ya la tiene herida de muerte al borde del sepulcro. Y lo más triste de esta victoria martinista, lo que no ofrece consuelo ni remedio posibles para ningun político alto ni bajo, es precisamente su origen personal, es precisamente la calidad de sus inventores. Podía comprenderse al cabo, dada la mala suerte de la España de la decadencia, que fuésemos, como pueblo, una excepcion desconsoladora respecto á la aplicacion, que todo el mundo culto condena, de los hombres necesarios. Habíamos sido un país de pronunciamientos, un país de progresistas y de federales. ¿Qué extraño que tambien pasásemos por la irritante etapa de los hombres irremplazables? Las desventuras nacionales, como las privadas, se encadenan siempre unas con otras, y nunca vienen solas. Pero lo más triste en este gran caso de tristeza española son los hombres, los sugetos, los individuos cuya necesidad en el poder se viene sufriendo hace año y medio. ¿Quién podía sospechar en el Sr. Alonso Martínez, por muchos y muy cuantiosos que hubiesen sido los pleitos llevados á su bufete, la estofa de un dictador? Por notable que fuera esa figura política, conocida de todos los partidos por haber actuado, con tanta fortuna como provecho, en todos ellos, nadie había imaginado que su personalidad tomase un día la importancia que siempre le habían negado, de perfecto acuerdo, la naturaleza y la historia. El Sr. Alonso Martínez podía ser Ministro, desde el momento en que el serlo no es por desgracia una aspiracion vana para

sus similares en nuestro país; pero soñar con que el Sr. Alonso Martínez se habría de imponer, ni poco ni mucho, á los españoles, eso no había poeta que lo soñara entre nosotros. Y respecto al Sr. Martínez Campos, cuyos ascensos todos no han podido ni podrán quitar á sus admiradores la creencia de que, fuera del terreno oficial, sigue siendo todavía un mediano capitán de cazadores; respecto al Sr. Martínez Campos, no digamos: porque basta conocerle de vista para cerciorarse de que no hay en su organismo una astilla sola de la madera con que se hacen los hombres de inteligencia alta, reposada, luminosa y sólida, dignos de imponer á sus conciudadanos un respeto gubernamental. Pues éstos son, sin embargo, los personajes que hoy se discuten é influyen supremamente en la política española; los hombres que han anulado y despedazado al sagastismo, viniendo á interponerse como un obstáculo grave en el camino de la segunda etapa de la Restauración.—De manera que no sólo padecemos el hecho, sino á los autores; de manera que no sólo sufrimos las consecuencias de la acción deletérea de un elemento cuyos antecedentes de grandeza positiva ó negativa eran nulos en la política española hace dos años, sino que sufrimos la humillación de tener que confesar que recibimos ese sufrimiento de manos baladíes á quienes no hemos ofrecido un solo día el honor de temer ni de respetar. Es la triste historia del león y los mosquitos, resucitada por la fatalidad burlona en la España de Narvaez, de O'Donnell, de Prim y de Cánovas.

Pero como esa España es también la de Sagasta, y como todo lo del orden humano tiene su explicación, ese martinismo, ese centralismo que tantas y tan graves dificultades ha ofrecido y ofrece á la buena gobernación española, tiene su explicación perfecta en el señor Sagasta, que es, dicho sea sin agraviar á nadie, el peor de los gobernantes españoles. Si esa profunda debilidad de carácter que le distingue, y que es fruto, por iguales partes, de su egoísmo iletrado y de su ineptitud perezosa, no hubiera hecho un ministerio centralista de lo que debió ser un ministerio constitucional, la situación de las cosas sería hoy muy distinta. Con un par de embajadas y algún mando militar importante fuera de la jurisdicción de la calle de Alcalá, el centralismo de 1881 se hubiera dado por muy contento, teniendo la conciencia de que con ello recibía más, mucho más de lo que parlamentaria y cortesánamente se había ganado. Pero la mala ventura nacional se había disfrazado de jefe de oposición, y ella fué, sin duda, la que, por conducto del Sr. Sagasta, se dedicó á ha-

cer del centralismo lo que hoy es, á saber: la causa primordial y reconocida de todas las contrariedades en que el acto trascendental de Febrero se viene estrellando por culpa precisamente de sus favorecidos, y el objetivo de toda la série de protestas que escalonándose vienen frente á esta situacion apóstata y comediante. Convertido Sagasta de liberal en centralista, el edificio febreril se vino abajo cuando apenas acababa de construirse, y en su lugar se ha ido levantando esa especie de guarida insalubre y churrigueresca de un liberalismo apócrifo, cuya representacion llevan con tanto disgusto desde el señor Albareda á D. Venancio. Con el Sr. Sagasta fiel á su historia y á su solemne palabra empeñada ante el país, ni la disidencia constitucional hubiera nacido, ni el Sr. Moret se hubiera convertido de simple ministerial en jefe pretense de un partido nuevo, ni la protesta de Montero Ríos se hubiera formulado, ni el alejamiento desdeñoso de Martos sería un hecho, ni la sonrisa de Ruiz Zorrilla hubiera seguido con razon de ser, ni la melancolía aislada de Castelar hubiera impreso sus últimas endechas. Las mil y una protestas que se han ido compartiendo la atencion pública, sucesivamente, desde Febrero acá, se han dirigido todas, como era natural, contra ese martinismo, contra ese centralismo, contra esa obcecacion suicida de D. Práxedes, sin que sea lícito, hoy por hoy, creer ni imaginar que ninguna de ellas, ni todas juntas, sean bastantes á desviar un ápice al Sr. Sagasta de su emprendido camino, ni á suspender el estrecho abrazo con que mantiene unidos contra su corazon á los autores del protocolo de Saida y de las cuarenta y nueve Audiencias. Porque la única esperanza de éxito de esas protestas, la de la modificacion ministerial en sentido izquierdo, fuera de algun optimista cándido á quien convenga seguir creyendo en ella, para nadie tiene otro carácter que el del sueño del ciego.

De algo habían de servir al Sr. Duque de la Torre, no ya sólo sus legítimos resentimientos personales y políticos con la situacion, sino tambien su larga experiencia y el conocimiento profundo del personaje que todavía se titula jefe del fusionismo impenitente, para no ser ni el último, ni el menos convencido de que la cosa no tiene remedio, de que el Sr. Sagasta, si es algo, es un centralista de corazon, y de que antes que pedir una verdadera política liberal, amplia, conciliadora, reparadora, y expresion verdadera de la verdadera izquierda legal, á una situacion que hace gala de la omnipotencia martinista, valdría más, y tendría más probabilidades de satisfaccion, el pedir peras al olmo. Pero el General Serrano venía ahogando, por decirlo

así, en una clemencia sistemática ese convencimiento suyo y universal, por un resto, sin duda, de interés amistoso hacia el político adocenado cuya proteccion le legára el Conde de Reus, y cuya inverosímil carrera ministerial ha sostenido y fomentado, magnánimamente, durante tantos años. El testimonio de los hechos y de los amigos, por incontestable que fuese, no había logrado aún que el Duque de la Torre retirase su proteccion y su mirada del personaje que tanto ha medrado á su sombra. Todavía seguía el General creyendo que en el fondo de aquella naturaleza fría é inerte para la gratitud, pudiera entrar, providencialmente, una mañana, un rayo de luz tardía, un noble propósito de enmienda que, obligándole á hacer noble alarde de arrepentimiento, y fundiendo el dogal martinezco que rodea el cuello del cautivo, lo volviese á presentar á su antiguo partido y á sus elementos afines sinceramente dispuesto á no seguir burlándose de su antiguo credo, á llamar con la voz de una compuncion fecunda á todos los fugitivos, á todos los ausentes, á todos los descontentos y aún á todos los expectantes, reconociendo que había errado la direccion de sus pasos febreriles y protestando que iba á cumplir, honrada y firmemente, para con las instituciones, para con sus auxiliares de siempre y para con el país, la mision verdadera en cuyo nombre se le confiaron las riendas del Estado. Un desengaño, un desencanto final no podía, sin embargo, hacerse esperar. La creencia pública no podía ya tardar mucho en contar entre sus partícipes al hombre experto y á la inteligencia clara que conocen al dedillo todos los rincones morales del histórico poblador de las Marianas. El Duque de la Torre no podía, al cabo, quedarse siendo el único español que creyese en la sinceridad liberal y constitucional del amigo del alma de los Martínez; y al fin tuvo que rendirse, y se rindió á la evidencia. Un fino sabueso periodístico tuvo la buena suerte de olfatear el lógico y definitivo estado de ánimo del Sr. Duque, y con una actividad y una utilidad que la opinion no ha podido menos de agradecerle, consiguió abrirse paso hasta el personaje, y recabar de su cansancio, de su bondad, de su patriotismo y hasta de su probidad política, la declaracion solemne, contundente y explícita que ha dado en estos días vuelta á la prensa, definiendo con líneas matemáticas y precisas la situacion del antiguo caudillo revolucionario, y fijando de una vez por todas su parecer y sus aspiraciones. Esa declaracion había sido consignada por el Duque de la Torre en un escrito que el año 75 había entregado al Sr. Sagasta para que lo leyese en su nombre en la reunion célebre del Circo de Price, en aquel cónclave del progre-

sismo recién vencido, que cambió hábil y patrióticamente la hueste de la dictadura desvanecida, en un elemento legal, liberal y monárquico. El Sr. Sagasta, que llevó á aquella reunion el deber de dar á conocer en ella los propósitos con que el General Serrano entraba en el nuevo orden de cosas, y para lo cual debía haberle bastado dar lectura al escrito susodicho, ya que el carácter militar de su autor le obligaba á no asistir al acto; el Sr. Sagasta, que, leyendo allí el papel del Duque de la Torre, y asociándose á su espíritu y á su letra, y promoviendo una votacion inmediata de asociados, que hubiera sido unánime, habría cumplido con un simple deber de lealtad política y amistosa, y habría rendido el debido homenaje de acatamiento á la indisputable jefatura del que había sido su jefe, y lo era de su partido, no creyó tener oportunidad de semejante lectura, y distraído además con lo que tuvo que decir por cuenta propia, y con lo que tuvo que oír á otros leales, se salió del Circo con el papel indeseado, y lo devolvió á su autor con la frescura que para tales devoluciones y para proceder tales sería injusto no reconocerle. Pero el Duque de la Torre, que entre otras ostensibles superioridades sobre su ex-protegido, tiene la de una excelente memoria á prueba de faltas de oportunidad, y que conservaba, sin desdoblar, el documento, lo ha desdoblado, al fin, el día en que el Sr. Sagasta, optando por la proteccion política de los Martínez, y encargando la redaccion de su nueva historia á la pluma internacional del Sr. Vega de Armijo, ha declarado que le importa un ardite lo que el General Serrano haya dicho, diga y pueda decir. Hé aquí, pues, lo que escribía y decía el Sr. Duque de la Torre en 1875. El célebre documento, que creemos deber copiar, es literalmente como sigue:

«Restaurada la Monarquía y la dinastía caída en Setiembre de 1868 y creada una nueva legalidad con el advenimiento de D. Alfonso al trono constitucional, los partidos políticos deben sufrir necesariamente una gran trasformacion. Partiendo, pues, de la legalidad existente, es lógico, natural y digno que los hombres liberales que contribuyeron á la revolucion se reúnan y concierten para formar una grande y respetable agrupacion política con bandera clara y definida.

»Se dijo con elocuencia en las Córtes del 69 que aquéllas tenían la mision de hacer una Constitucion, un Rey y un presupuesto; de estos tres grandes objetos sólo queda la Constitucion que fué discutida, votada y firmada por la mayoría de los diputados elegidos por

sufragio universal, ensayado por primera vez en España cuando no se había aprendido á falsearlo, y dió por resultado una Asamblea en la que tenían representacion todos los partidos, desde el absolutista hasta el más liberal, y todas las clases sociales, desde las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado hasta los más modestos obreros.

»Fué la Constitucion de 1869 una gran transaccion entre los partidos que tomaron parte en los sucesos del 68, y contiene las aspiraciones de la época actual, sin peligro para la libertad y el orden.

»Ensayóse dicha Constitucion en momentos de perturbaciones y peligros y entre los horrores de la guerra civil que nos desgarró, y no ha podido, por lo tanto, ser juzgada imparcialmente. Si en la práctica ha presentado ó puede presentar defectos de aplicacion en el gobierno de los pueblos, contiene en sus artículos los procedimientos para corregirlos y reformarlos. Deben, pues, todos los hombres verdaderamente liberales y de buena voluntad para la patria y para la liberad sostener aquel Código constitucional, levantarlo como lema y bandera del partido liberal más avanzado dentro de la legalidad existente, llevarlo á los comicios, defenderlo en las primeras Córtes de la Monarquía restaurada y presentar al país, con la agrupacion de tantos hombres, importantes soluciones liberales y de orden para salvar la patria de todos los peligros y conflictos en la Península y en Ultramar.

»A nadie debe preguntarse de dónde viene; sean la abnegacion y el patriotismo los únicos vínculos de union, y el propósito del gran partido liberal asentar sólidamente la Constitucion de 1869.»

La resonancia de esa declaracion, de ese documento, de ese acto, ha sido grande, ha sido, como debía ser por su significacion y por su origen, superior á la que han tenido los demás actos análogos en que se ha repartido el interés estival de la política. Si la índole de nuestra publicacion lo permitiera, y si no hubiésemos ya traspasado, hace rato, los dinteles del ardor juvenil, hoy sería para nosotros la ocasion de ofrecer al lector pío, con presencia de ese documento, destinado á larga celebridad, el cuadro pintoresco que la fundada hipótesis de sus resultados venideros brinda y regala á nuestra meridional imaginacion. Pintaríamos, en efecto, al Duque de la Torre, llevando con una mano experta y firme el timon de su esquife izquierdo á través de las encrespadas y contradictorias olas del fusionismo, teñidas del color oscuro de su fondo, mientras que con la otra mano, no menos vigorosa, asesta un arpon certero, puntiagudo

y mortífero sobre el lomo izquierdo del ballenato centralista, que herido, atolondrado y desangrándose, intenta alejarse mar adentro, dando inútiles golpes de cola al récio cable que une al arpon con el triunfante bajel. Y añadiríamos al lienzo, como detalle de segundo término, la costa, la ansiada y tranquila costa, con su inevitable público de interesados y de curiosos aguardando la llegada del sereno vencedor y del malhadado cetáceo que lleva en su huida la muerte en el seno... Pero haremos gracia á nuestros lectores de la pintura, porque sospechamos que nuestro especial punto de vista no es lo que más les interesa; y en su lugar les diremos breve y fielmente lo que ha dicho y dice sobre el trascendental suceso el partido liberal-conservador, cuya opinion y cuya actitud siguen teniendo para el país grande y creciente importancia, con honda desesperacion de los Martínez. Otro documento, de ya conquistada notoriedad, puede servirnos de preámbulo en el propósito. Es una interesante é *imparcial* correspondencia dirigida á un importante diario democrático por su corresponsal de Biarritz, albergue actual del jefe ilustre de los conservadores, sobre los que, entre otras atinadas apreciaciones, dice:

«Se presentan en primer lugar liberales tolerantes y nada refractarios á las reformas.

»En su credo político no reconocen sino un dogma. La Monarquía constitucional de D. Alfonso XII. Lo demás lo consideran, como si dijéramos, cuestion de disciplina.

»La política para ellos tiene un carácter esencialmente práctico; caben en ella transacciones, caben arreglos, y permite determinados sacrificios, si éstos han de redundar en ventaja de lo que consideran principio inmutable de su credo político.

«Creemos, dicen, que nuestra política es la mejor y la más buena para la gobernacion del Estado; por eso somos conservadores. La inauguramos con la Restauracion, pero fuimos tolerantes y admitimos de la revolucion de Setiembre todos los principios que podían aceptarse en aquellos momentos sin peligro para la Monarquía.

»La conducta de entonces abona la sinceridad de nuestras actuales intenciones. No sustentamos en política ningun principio absoluto; las circunstancias varían, los tiempos cambian, y sería locura aplicar reglas fijas á lo que de suyo puede variar por el mero transcurso de los años. La Monarquía de D. Alfonso era entonces combatida y discutida. Fué preciso vigorizarla y defenderla acentuando la política en sentido conservador. Á medida que la discusion y el combate sean más débiles, menos necesaria es la defensa. Á medida

que elementos políticos de más valía entren en la legalidad, menos peligro hay en plantear las reformas. Nosotros aceptamos desde luego cuantas encontremos establecidas, si han logrado aclimatarse, si funcionan con regularidad, si no son motivo de perturbación para el país.»

Debe, pues, el malhadado fusionismo sudar de rabia, tras de su camisa, al ver á nuestros correligionarios hacer tan sistemático, tan imperturbable uso del buen sentido. Esa gran dosis de sinceridad liberal dentro de un monarquismo que se acrecienta y consolida en la desgracia, debe, pues, parecer al caduco progresismo de la oposición conspiradora y del hambre cuartelera, la más fenomenal é insoportable de las cosas. Pero, no hay remedio; ya lo oye el martirismo: á la cachaza monárquica y dinástica del partido liberal-conservador, no asustan las condiciones, más ó menos trasnochadas, con que el Sr. Duque de la Torre y los elementos avanzados que puedan seguirle, quieran entrar en la legalidad. El partido liberal-conservador no puede hermanarse con el cómico terror que afecta el sagastismo ante la que llama evocacion-exabrupto del Código revolucionario. Por ventura, lo que decía, ó escribía el General Serrano antes de regir la Constitución de 1876, ¿no lo ha estado diciendo el Sr. Sagasta cinco años después? ¿No íbamos á ver, por lo menos, por lo menos, aplicado el espíritu, el propio espíritu quitamanchas del 69 á la gobernación sagastina; y no hemos visto luego, y vemos aún por desgracia, que todo aquello del ideal y de la letra, y de la esencia ha quedado reducido á pura agua de cerrajas? Con la diferencia, empero, de que la oferta y la tesis que en boca del constitucionalismo no fueron más que un *bú* utilitario y maquiavélico, pueden ser, y no dudamos que sean, en labios del Duque de la Torre y de su contingente benévolo, un propósito sincero. Pero como esta sinceridad no bastaría el día de mañana para hacer una cosa hacedera de lo imposible, es de creer que el patriotismo y el sentido comun de los nuevos prometedores se atenderían *á lo posible* en el día de la aplicación. Mas en todo caso; ¿es el sagastismo, partidario de la anulacion del juramento monárquico, quien pueda execrar ninguna Constitución que lo mantenga? ¿Hasta cuándo se propone embromarnos la farsa progresista? En resumen: el criterio liberal-conservador cree que el programa, por decirlo así, del que aspira á ser el verdadero partido de la izquierda legal, exagerado, malo, inaplicable y utópico como es, es al menos un programa liberal, igual, absolutamente igual en el fondo al que sostenía, explicaba y defendía en la oposición el constitucio-

nalismo sin Martínez. ¿Qué programa definido, serio y discutible tiene el centralismo imperante? ¿Ni con qué título de justicia pueden llamarse la izquierda legal los abandonados por las autoridades de aquella oposición y de aquel programa? Porque, Dios nos perdone la sospecha; pero de todo el cúmulo de las insensateces fusionistas, lo que parece destacarse y deducirse es que estos señores del liberalismo martinezco creen que la cada día más triste crisis de Febrero se hizo sólo por ellos y para ellos. ¿Qué dirá, empero, el país, de una petulancia liberalesca que pierde á Serrano, á López Domínguez, á Linares Rivas, á Navarro Rodrigo, á González Fiori, y que hace descansar toda la grave pesadumbre del edificio monárquico-constitucional en la importancia científica del camachismo?

G.

---

---

# MOVIMIENTO LITERARIO

EN EL EXTRANJERO

---

## AMENA LITERATURA.

FRANCIA.

*La Faustin*, de Edmundo Goncourt, es una de esas novelas en que no parece sino que el autor se ha propuesto que la forma abigarrada y grosera compita con el fondo inmoral y vulgar. Vacuada en el modelo de las de Zola, sería digna rival de ellas si no ofreciera dos capítulos dignos de Mr. Goncourt cuando escribía siguiendo su instinto y no la moda: uno la explicación de la Fedra de Eurípides por el viejo Athanasiades á la caprichosa actriz Faustina, y el otro la comida que esta actriz da á varios amigos, y en los cuales los críticos franceses han creído ver retratados personajes contemporáneos, como Teófilo Gautier, el Duque de Morny, Fromentín, el general Bataille y otros. Aparte de estos dos trozos, la novela no es recomendable por cosa alguna, ni interesa por ningún concepto.

Después de *Le Mâle*, Camilo Lemonnier ha escrito otro libro titulado *Le Mort*. Claro es que el éxito del primero ha animado al autor á escribir y publicar el segundo con mayor violencia de lenguaje y formas más repugnantes. Cosas bellas no le faltan al nuevo libro de Lemonnier, pero las feas se sobreponen, y en vez de un libro agradable, resulta una lectura fastidiosa y repulsiva; tanto abunda en esta novela el naturalismo de las cosas groseras y repugnantes. El talento del autor aparece en su último libro; pero éste no es recomendable (1).

Augusto Lacroix ha publicado un libro que, aunque en realidad no es una novela, puede clasificarse entre ellas: llámase *La*

---

(1) *Le Mort*, par Camille Lemonnier. — Buxelles, Kistemacckers, 1882.—3 frs. 50.

*Famille Robert*, y no es otra cosa que la narración de lo que cada uno de los individuos de esta familia hace en el mundo. El asunto no merecía que se le consagrara un libro, porque nada de extraordinario pasa en él; pero así y todo, el escritor ha sabido darle interés por el realismo que en él campea: llévalo el autor al punto de faltar premeditadamente á la pureza y corrección del lenguaje para que su obra resulte más realista. No es esta ciertamente ni interesante ni instructiva; pero tampoco se ofrecen al lector en ella escenas repugnantes y groseras (1).

*Les Petits Pieds d'une aristocrate* se llama una novela escrita no há mucho por Paul Brill, que aunque no muy nueva en la intriga, tiene episodios interesantísimos, y en ella aparece la época del Terror pintado con todos los colores propios de la verdad. Las reflexiones que por todas partes ofrece el autor sobre el estado de los espíritus en la época, y algunas descripciones de las violencias é injusticias cometidas, dan más carácter y valor al libro que la misma fábula, la cual, sin embargo, es interesante, de sano propósito y presentada en buen francés, fácil y sencillo. Por estas cualidades se recomienda el trabajo de Paul Brill, y los aficionados á la lectura de novelas pueden leer ésta en la seguridad de que nada malo enseña y entretiene el tiempo agradablemente.

Entre las novelas católicas últimamente publicadas es una de las de más agradable lectura, la escrita por Mr. Raime con el título de *Le Prix de la foi*. El asunto se concreta á los sufrimientos de dos hijos católicos dentro de una familia protestante, ofreciéndose con tal motivo la aridez y la frialdad, la impotencia del protestantismo para consolar á los afligidos y dar resignación á los desventurados. La intriga de la novela se desarrolla con naturalidad é interés; los caracteres están bien presentados y sostenidos, hay en la acción bastante movimiento y el estilo es sobrio, natural y claro. En suma, la novela puede contarse entre las pocas que no se contentan con ser inofensivas, sino que aspiran á ser benéficas y á afirmar la fe católica en el corazón de los lectores.

Mad. J. Lavergne, con el título de *Les Jours de cristal*, ha publicado un librito que contiene varias novelas cortas de diversa índole, pero todas con igual tendencia moralizadora. Sólo aspira en ellas á entretener al lector, dejándole una impresión grata y

---

(1) *La Famille Robert*, par Aguste Lacroix.—Paris, Dentu, 1882.—3 francos.

saludable, y en verdad, que el propósito de la autora queda cumplido á maravilla; pues hay pocos libros de esta índole donde más clara aparezca una enseñanza de moral familiar, en lectura tan fácil y amena. *Los días de cristal* merecen, pues, especial recomendación, por estar dotados de muchas de las cualidades que debe tener todo libro de amena literatura.

La *Benjamine*, de Mad. S. Blandy, es una de las más bonitas novelas que ha producido el talento de esta discretísima escritora; la educación en el hogar doméstico, es el tema de su libro, expuesto con claridad y precisión, desarrollado en una fábula interesante y llena de situaciones patéticas. Probar los efectos de las contemplaciones sin límites de los padres con sus hijos, es lo que se ha propuesto Mad. Blandy en su novela, y sin violentar las cosas ni llevarlas á puntos exagerados, lo consigue por completo, dejando en el ánimo del lector una impresión sana y eficaz. Es, pues, la *Benjamine* uno de esos libros que puede leer todo el mundo en la seguridad de hallar en él agradable solaz y sana enseñanza.

Cuatro palabras nada más sobre la última quisicosa de E. Zola. *Pot-Bouille* es á la clase media lo que *L'Assommoir* al pueblo ó lo que *Nana* al mundo de las galanterías. Zola es á la literatura ni más ni menos que lo que ciertos Ministros son á la política francesa. Las modas pasan: las hemos visto ridículas, molestas y groseras, imperar en todo el mundo. ¿Y qué?... Han durado unos pocos meses, y después ni memoria han dejado de sí. Zola y su género es una moda atentatoria al buen sentido, y como tal durará lo que las modas; porque lo que en su esencia es malo, no puede prevalecer. Ya se notan en Francia los primeros síntomas de la caída del novelista famoso, y es de esperar que muy pronto dejará el sitio á otra novedad.

Los autores de las llamadas novelas nacionales, Erckmann-Chatrian, han publicado una que apellidan patriótica y que merece más esta calificación que las anteriores. *Le Banni* no es, como las novelas nacionales, un libro escrito de mala fe para hacer propaganda política contraria á la tradición y las glorias de Francia; es una novela verdaderamente patriótica bajo el punto de vista francés, que sin atropellar la historia ni excitar las pasiones políticas, levanta el espíritu nacional y antialemán, ofreciendo cuadros patéticos y conmovedores de la guerra y de las consecuencias de la guerra franco-prusiana. La obra es muy interesante y digna de ser leída por todo buen francés, pudiéndose calificar

como una de las mejores que han producido tan célebres autores.

*La Robe du moine*, de Francisco Poictevin, es una novela para presentar la apostasía del P. Jacinto, que con demasiada transparencia aparece bajo el nombre de P. Hysonne. En ella se intenta dar noticia de la vida de los conventos, pero sin penetrar su espíritu, fijándose sólo en ciertas prácticas exteriores. Las figuras que el autor ha intentado copiar del natural resultan defectuosas y faltas de calor y de vida. Mr. Poictevin es un escritor que ha querido imitar en el estilo á Alfonso Daudet, y en ello también ha fracasado, pues sin alcanzar las cualidades del modelo, ha exagerado sus defectos hasta un punto que raya con lo inverosímil. Tal es *La Robe du moine*, que, sin embargo, no carece de algunas cualidades.

Mad. María Guerrier de Haupt, ya conocida como escritora por su novela *Un Chatelain au dix-neuvième siècle*, acaba de publicar otra con el título de *Le Roman d'un athée*, en la cual no ha logrado el éxito que en la anterior, porque realmente es muy inferior á aquélla. Buena intención hay en el pensamiento de su obra; pero la acción se desarrolla lentamente, y sobre todo, los personajes que toman parte en ella no están tomados de nuestra sociedad, ni son los impíos de estos tiempos, sino más bien figuras del siglo pasado que por obra de la apreciable novelista vienen á vivir ahora.

*Las mujeres que deshonran*, novela escrita en colaboración por MM. Leverdier y Sirven, tiene un argumento vulgar y poco nuevo. Sobresalen en ella las descripciones, que alguna vez llegan á ser notabilísimas; pero los personajes son completamente convencionales, y la mayor parte de ellos proceden de obras antiguas escritas por antiguos autores. De Sand, de Sue, de Karr y de otros hay creaciones en la novela, en la cual se ve claramente que los autores no se completan, sino que más bien se perjudican, y que en ellos hay tendencias contrarias y aptitudes distintas, que separadas serían más fecundas para las letras.

Una de esas novelas que no excitan entusiasmo, pero que entretienen y conmueven, es la de Luciano Biart, titulada *Jeanne de Maurice*. Un padre á cuyo exagerado cariño confía una hija su porvenir y su amor sirve de asunto á la novela, y aunque la acción peca de demasiada sencillez, no por eso deja de interesar, pues se desarrolla humana y naturalmente, satisface á la moral y no ofende á la verdad. Si tuviera un poco más de vida y algo de pasión, la obra habría ganado mucho; pero así y todo, es de las

que pueden leerse sin peligro y ser recomendada á todos, en la seguridad de que su lectura entretiene agradablemente.

*Les Etapes d'une passion* llama Gustavo Desnoireterres á una novela que, careciendo de novedad, pues se reduce ni más ni menos á que una mujer que aborrece á un hombre concluye por casarse con él, tiene otras cualidades que la hacen interesante y digna de aplauso. Diálogos llenos de gracia é ingenio, espíritu de observación, desenvolvimiento psicológico de la obra y estilo elegante y ameno, la hacen agradable, compensando lo anticuado de sus personajes y el espíritu de otros tiempos que en ella campea, y haciéndola aceptable y de buen tono.

Abundante en catástrofes, situaciones dramáticas, desafíos, envenenamientos é inverosimilitudes á porrillo es la novela de Mr. de Leyden, titulada *La Revanche d'Octavien*. Pero así y todo, es de las mejores que se publican en folletín, pues el interés en toda ella es palpitante; puede leerse por todo el mundo sin ofensa de la moral, y ofrece en algunos trozos muestras evidentes de que su autor, sujetándose un poco, podría hacer obras verdaderamente literarias. De cualquier manera, la obra puede recomendarse á los aficionados á este género de lectura.

## HISTORIA.

### INGLATERRA.

Uno de los libros que más han llamado la atención del público de Inglaterra en los últimos meses ha sido la *Vida de Ricardo Cóbden*, escrita por Mr. Morley. La importancia política del personaje cuyos hechos se narran, y el nombre literario del autor de la biografía, justifican el interés del pueblo inglés por este trabajo, que además puede citarse como modelo en su género, y seguramente hace ya años que no se ha dado á luz estudio biográfico más completo. Su autor, que goza de envidiable reputación entre los políticos y los literatos, ha puesto en esta obra todo su cariño y cuidado, resultando un libro lleno de claridad y lucidez y con aquel atractivo y encanto que tienen las obras bien pensadas, bien escritas, expuestas además con sencillez y buen método.

Una colección de cuadros históricos, ya publicados en diferentes Revistas, ha visto la luz pública en Londres, ocupando ahora dos volúmenes. Su autor, Carlos Ewald, es ya muy conocido por sus estimables trabajos históricos, y estos que ahora aparecen coleccio-

nados tienen todas las cualidades del autor, con más una amenidad que casi hace que se lean con el interés de novelas. Ewald ha sabido elegir asuntos dramáticos en sí y revestirlos de forma á propósito, sin que por eso se entienda que falta en nada á la exactitud de los hechos, antes bien, se afana por depurarlos, no perdonando archivo ni biblioteca que pueda suministrarle algún pormenor interesante. La lectura de esta obra es agradabilísima y muy instructiva (1).

La necesidad de conocer á fondo los pormenores de la conquista normanda y de estudiar sus resultados, está satisfecha con la obra de Eduardo A. Freeman titulada *The Reign of William Rufus and the accession of Henry I*. Este es indudablemente el trabajo que se ha publicado en Inglaterra sobre la materia de más importancia y más útil para la historia del País. La narración del reinado de Guillermo el Rojo ocupa los dos volúmenes de que consta la obra, no omitiéndose en ella ningún incidente interesante y abundando los que ningún escritor había tratado hasta el día. En la parte que concierne á la historia eclesiástica durante la época normanda, el trabajo del insigne historiador no tiene precio y quedará como de los más interesantes. Sus conocimientos de arquitectura y de geografía le han auxiliado poderosamente, y los cuadros cronológicos y cortos que acompañan á la obra aquilatan más su valor (2).

Una biografía de Víctor Manuel bajo el punto de vista liberal, ha escrito Eduardo Dicey y publicado en la serie del *New Plutarch*. El autor comienza su trabajo por presentar una exposición del estado de Italia de fines del siglo último hasta 1848, considerando á la Península preparada por Napoleón para la unidad. Hace después una somera reseña histórica de la casa de Saboya y se extiende con pormenores en todo el reinado de Víctor Manuel. Las biografías de Garibaldi, Cavour, Gioberti, Napoleón III y Pío IX dan variedad y animación al cuadro, que bajo el punto de visto del autor está bastante bien hecho y no es indigno del buen éxito con que ha sido acogido por el público (3).

---

(1) *Stories from the State Papers*, by Alex. Charles Ewald.—London, Chatto and Windus, 1882.

(2) *The Reign of William Rufus and the accession of Henry I*.—Oxford, Clarendon, 1882.

(3) *Victor Emmanuel*, by Edward Dicey.—London Ward, 1882.

Después de la famosa *Historia constitucional* de Inglaterra, del eminente escritor Hallam, vino otra como continuación natural é indispensable, escrita por Erskine May. Creíase que la mayor parte de los personajes y acontecimientos juzgados por estos hombres eminentes no podían volver á ponerse en tela de juicio, cuando ha aparecido otra tercer historia, escrita por C. D. Youge, que intenta corregir las obras de sus predecesores; y si bien no está muy afortunado en esta empresa, tampoco su trabajo es despreciable, pues contiene muchos extractos de discursos parlamentarios, biografía y memorias que, en ocasiones dadas, pueden ser útiles á los hombres políticos y á los que emplean su tiempo en estudios de historia contemporánea (1).

La fecundísima y popular escritora Mrs. Oliphant, que ha cultivado con éxito casi todos los géneros literarios en novelas, ensayos filosóficos, estudios de costumbres y artículos de crítica, acaba de publicar una obra en tres tomos, puramente histórica y con pretensiones de seria y fundamental; pero en esta empresa ha sido menos feliz que en otras, por los muchos trabajos preparatorios que para llevarla á cabo necesitaba. La obra es una especie de galería de retratos, no despreciable seguramente, pero sin espíritu crítico verdadero, sin que dé idea en ella del movimiento literario, ni siquiera una apreciación comparativa de las diferentes escuelas (2).

El célebre teólogo y literato Wyclif ha merecido que sobre él escriba un libro Montagu Burrows, admirador suyo y de sus obras. La reciente publicación de éstas le ha facilitado los materiales, y en su libro trata de dilucidar los siguientes puntos: 1.º De qué materiales se puede disponer para estudiar la vida de Wyclif y su influencia como reformador y como escritor. 2.º Cuál fué su carrera antes de la abjuración. Y 3.º Hasta qué punto ha contribuído al desenvolvimiento del protestantismo y qué relaciones sostuvo con Oxford. Trata á conciencia el autor estos tres puntos en un sentido favorable á Wyclif, á quien considera como el pensador que más ha influído en el desenvolvimiento de la lengua, la lite-

(1) *The Constitutional History of England from*, by C. D. Youge.—London, Marius Ward, 1882.

(2) *The Literary History of England in the end of the eighteenth and beginning of the nineteenth century*, by Mrs. Oliphant.—London, Macmillan, 1882.

ratura y la teología en Inglaterra. El libro en conjunto es interesante y está bien escrito (1).

Una nueva historia de la ciudad de Brístol han publicado recientemente los Sres. Nicholls y Táylor, y á pesar de haberse escrito ya varias anteriormente, ésta aventaja á todas en mérito, pues los autores no se han contentado con investigaciones arqueológicas é históricas como sus antecesores, para darlas al público en tomos de lectura árida y pesada, sino que, hermanando la parte erudita con la amena, han ofrecido en dos tomos interesantísimos materia agradable por la animación y buen gusto con que está expuesta. Los dos volúmenes hasta hoy publicados contienen la historia de la ciudad y sus cercanías en la época antigua, consagrando uno á la parte civil y otro á la religiosa, y siendo ambos notables por la claridad y exactitud con que están expuestos los hechos (2).

Acerca de los orígenes de Inglaterra ha escrito un libro John Richard Green, con la misma pericia y erudición que todas las obras de este concienzudo escritor. Prescinde en su trabajo de las cuestiones arqueológicas, y se limita á narrar la parte que los Celtas, Daneses, Sajones, Romanos y Normandos han tomado en la formación del carácter nacional. Los conocimientos extensos y profundos que de Geografía tiene el autor, están sabia y oportunamente utilizados en este libro, que puede considerarse como introducción al que hace tiempo publicó con el título de *Historia del pueblo inglés*. El volumen va acompañado de cartas sumamente interesantes que facilitan su inteligencia, y es recomendable para todos los aficionados á este género de estudios (3).

C.

---

(1) *Wyelif's Place in History*, by Montagu Burrows.—London, Isbister, 1881.

(2) *Bristol: Past and Present. An Illustrated History of Bristol and its Neighbourhood*, by J. F. Nicholls and John Taylor.—Bristol, J. W. Arrowsmith, 1882.

(3) *The Making of England*, by Jhon Richard Green.—London, Macmillan, 1882.